

# Los puentes de Madison County

## Robert James Waller

*A los peregrinos*

### Prólogo del autor

---

Algunas canciones llegan de las praderas de flores azules, libres del polvo de mil caminos. Ésta es una de ellas. A última hora de una tarde de otoño de 1989 estoy sentado ante mi escritorio, mirando el titilar del cursor en la pantalla del ordenador, cuando suena el teléfono.

Me llama un tal Michael Johnson, que antes vivía en Iowa y ahora vive en Florida. Un amigo de Iowa le ha enviado uno de mis libros. Michael Johnson lo ha leído, también su hermana Carolyn, y tienen una historia que podría interesarme. Michael es parco en palabras, rehúsa decir nada sobre la historia; sólo repite que Carolyn y él están dispuestos a viajar a Iowa para hablarme de ello.

Me intriga que estén dispuestos a hacer ese esfuerzo a pesar de mi escepticismo sobre estos ofrecimientos. De manera que acepto encontrarme con ellos en Des Moines la semana siguiente. Nos vemos por primera vez en un hotel de la cadena «Holiday Inn» cerca del aeropuerto, disminuye gradualmente la tensión, y ahí están los dos, sentados frente a mí, mientras fuera cae la tarde y nieva suavemente.

Me arrancan una promesa: si decido no escribir la historia, debo dar mi palabra de que nunca revelaré lo que tuvo lugar en Madison County, Iowa, en 1965, ni otros acontecimientos relacionados que ocurrieron durante los siguientes veinticuatro años. Muy bien, es razonable. Al fin y al cabo la historia es suya, no mía.

De manera que me limito a escuchar. Escucho muy atentamente, y hago preguntas difíciles. Y ellos hablan. Hablan y hablan y hablan. En ciertos momentos, Carolyn llora abiertamente y Michael se esfuerza por no hacerla. Me muestran documentos y recortes de revistas, y una serie de cuadernos escritos por su madre, Francesca.

El camarero va y viene. Pedimos más café. Mientras hablan, comienzo a ver imágenes. Primero hay que formarse imágenes, luego vienen las palabras. Y comienzo a oír las palabras, a verlas escritas en el papel. Poco después de medianoche acepto escribir la historia. O al menos intentarlo.

Les costó tomar la decisión de hacer pública la historia. Las circunstancias son delicadas, involucran a su madre y, más tangencialmente, a su padre. Michael y Carolyn admitían que divulgar estos hechos podía desatar habladurías groseras y manchar la memoria de Richard y Francesca Johnson.

Sin embargo, en un mundo en que el compromiso personal en todas

sus formas parece desmoronarse y el amor se ha convertido en un asunto de conveniencia, los dos sentían que valía la pena contar esta notable historia. En ese momento pensé que tenían razón, y sigo pensándolo con mucha convicción ahora.

Durante mi investigación y mientras escribía el texto, solicité tres reuniones más con Michael y Carolyn. En cada ocasión, y sin ninguna protesta, viajaron a Iowa. Deseaban fervientemente que se narrara la historia con toda exactitud. Unas veces simplemente hablábamos; otras recorríamos lentamente los caminos de Madison County, mientras ellos me señalaban los lugares que habían tenido un papel significativo.

Además de utilizar la ayuda que me proporcionaron Michael y Carolyn, este relato está basado en la información encontrada en los cuadernos de Francesca Johnson; en la investigación realizada en el noroeste de los Estados Unidos, particularmente en Seattle y Bellingham, en el estado de Washington; en la indagación efectuada, sin que trascendiera, en Madison County, estado de Iowa. También me he inspirado en los ensayos fotográficos de Roben Kincaid; y en los detalles complementarios que me dieron los editores de las revistas y los fabricantes de películas y equipo fotográfico. Por fin, mantuve largas y enriquecedoras conversaciones con varios ancianos encantadores en la residencia del condado de Barnesville, en el estado de Ohio, que recordaban a Kincaid desde su infancia.

A pesar del esfuerzo en la investigación, quedan incógnitas. En esos casos he agregado algo de mi propia imaginación, pero sólo cuando podía deducido de mi íntimo conocimiento de Francesca y Roben Kincaid, a los que había ido descubriendo poco a poco. Confío en haber llegado muy cerca de lo que realmente sucedió.

Pero desconozco, por ejemplo, los pormenores de un viaje que hizo Robert Kincaid por el norte de los Estados Unidos. Sabemos que lo realizó por una serie de fotografías que luego se publicaron, notas manuscritas que dejó al editor de una revista y una breve mención que aparece en los cuadernos de Francesca Johnson. Usando estas fuentes como guía, creo haber adivinado el camino que tomó desde Bellingham hasta Madison County en agosto de 1965. Cuando volvía en coche a Madison County, al final de mis viajes, sentía que de alguna manera me había transformado en Robert Kincaid.

Sin embargo, tratar de capturar la esencia de Kincaid fue la parte más exigente de mi investigación y de la escritura del texto. Es una figura esquivada. A veces parece común y corriente, otras etéreo y hasta espectral. En su trabajo era un profesional consumado. Sin embargo, se veía a sí mismo como una especie de animal salvaje que se estaba quedando anticuado en un mundo cada vez más ordenado. Una vez habló del «implacable lamento» del tiempo dentro de su cabeza, y Francesca Johnson lo describía como «un ser que vive en lugares extraños, embrujados, muy anteriores a la lógica de Darwin».

Quedan dos apasionantes preguntas sin respuesta. En primer lugar, no hemos podido aclarar qué ocurrió con los archivos fotográficos de Kincaid. Dada la naturaleza de su trabajo, hubo probablemente

centenares, millares de fotografías. No se han recuperado. La hipótesis más creíble, y que sería coherente con la forma en que se veía a sí mismo y a su lugar en el mundo, es que las destruyera antes de su muerte.

El segundo interrogante se refiere a su vida entre 1975 y 1982. Hay muy poca información al respecto. Sabemos que vivió modestamente unos años haciendo retratos en Seattle y que siguió fotografiando la zona de Puget Sound. Aparte de eso no tenemos nada. Un detalle interesante es que todas las cartas que le envió la «Social Security Administration» y la «Veterans Administration» llevaban la inscripción «Devolver al remitente» escrita de su puño y letra, y, efectivamente, fueron devueltas.

La preparación y la redacción de este libro han modificado mi visión del mundo, han transformado mi manera de pensar y, sobre todo, han reducido mi nivel de cinismo respecto a lo que es posible en el campo de las relaciones humanas. Al llegar a conocer a Francesca Johnson y a Robert Kincaid como lo hice, a través de mi investigación, descubro que los límites de esas relaciones pueden extenderse mucho más allá de lo que yo pensaba. Tal vez ustedes experimenten lo mismo al leer esta historia.

No será fácil. En un mundo cada vez más insensible, todos hemos desarrollado caparazones contra la sensiblería. No sé bien dónde termina la gran pasión y empieza el sentimentalismo. Pero nuestra tendencia a mofarnos de la gran pasión, y a tildar de sensiblero a los sentimientos genuinos y profundos, dificulta la entrada al reino de la delicadeza, tan necesaria para comprender la historia de Francesca Johnson y Roben Kincaid. Sé que tuve que vencer esa tendencia inicial antes de poder empezar a escribir.

Sin embargo, si ustedes se acercan a este texto renunciando momentáneamente a su incredulidad, confío en que experimentarán lo que yo he experimentado. En los espacios imparciales de sus corazones, pueden incluso encontrar, como Francesca Johnson, un lugar para bailar otra vez.

ROBERT W ALLER  
*Cedar Palls, Iowa*  
*Verano de 1990*

## **Robert Kincaid**

---

En la mañana del 8 de agosto de 1965, Robert Kincaid cerró con llave la puerta de su apartamento de dos habitaciones en el tercer piso de un edificio destartalado de Bellingham, en el estado de Washington. Bajó por la escalera de madera con una mochila cargada con el equipo fotográfico y una maleta, y siguió por un corredor hasta la puerta del

fondo. Su vieja camioneta Chevrolet estaba estacionada en el espacio reservado a los residentes del edificio.

Otra mochila, una nevera portátil, dos trípodes, cartones de cigarrillos Camel, un termo y una bolsa de fruta se encontraban ya en el interior del coche.

Kincaid colocó las mochilas en el asiento y dejó la nevera y los trípodes en el suelo. Subió a la cabina y guardó el estuche de la guitarra y la maleta en un rincón, sujetándolos con la rueda de repuesto que había a un lado y atándolos a la rueda con una cuerda. Puso un hule negro bajo la rueda.

Se sentó al volante, encendió un Camel y repasó mentalmente la lista: doscientos rollos de películas de diversas clases, la mayor parte Kodachrome de velocidad lenta, trípodes, nevera, tres cámaras y cinco lentes, vaqueros y pantalones caqui, camisas, y chaqueta de fotógrafo. Bien. Si se había olvidado de algo, podía comprarlo por el camino.

Kincaid llevaba vaqueros desteñidos, botas de campo Red Wing bastante usadas y tirantes de color naranja. Del ancho cinturón, guardado en su vaina, colgaba un cuchillo del ejército suizo.

Miró su reloj. Las ocho y diecisiete. La camioneta arrancó en el segundo intento y retrocedió, cambió de velocidad y avanzó lentamente por la callejuela bajo un sol brumoso. Recorrió las calles de Bellingham, tomó la carretera 11 hacia el sur, siguió durante varios kilómetros la línea de la costa de Puget Sound y luego fue por la autopista, hacia el este, hasta un poco antes de la carretera 20.

Giró y, de cara al sol, Kincaid eligió el largo camino que serpenteaba en dirección a las cascadas. Le gustaba la región, y no tenía prisa; se detenía de vez en cuando a hacer anotaciones sobre posibilidades interesantes para futuros viajes o a sacar lo que él llamaba "instantáneas de la memoria». El propósito de esas rápidas fotos era recordarle lugares que podía volver a visitar y conocer con más detalle. Al final de la tarde dobló hacia el norte en Spokane y tomó la carretera 2, que lo llevaría por el norte de los Estados Unidos a Duluth, en el estado de Minnesota.

Por milésima vez en su vida deseó tener un perro, quizás un perdiguero dorado, para viajes como éste y para que le hiciera compañía en casa. Pero viajaba a menudo al extranjero, casi siempre del otro lado del océano, y no sería justo para el animal. Sin embargo, no abandonaba la idea. En unos años sería demasiado viejo para el duro trabajo de reportero. «Entonces tendré un perro», le dijo al verde pinar que veía pasar por la ventanilla de la camioneta.

En estos viajes siempre le daba por hacer un inventario. El perro era parte de ese inventario. Robert Kincaid estaba lo más solo que se puede estar. Era hijo único, sus padres habían muerto; sólo le quedaban unos parientes lejanos que lo habían perdido de vista, como él a ellos. Conocía el nombre del propietario del mercado deja esquina, en Bellingham, y el del dueño del negocio de fotografía donde compraba sus materiales. También mantenía relaciones profesionales con algunos editores de revistas. Fuera de ellos, no conocía bien a casi

nadie. A los gitanos les cuesta hacerse amigos de la gente común, y él era un poco gitano.

Pensó en Marian, que lo había dejado nueve años atrás, después de cinco de matrimonio. Ahora Kincaid tenía cincuenta y dos, lo cual significaba que ella estaba llegando a los cuarenta. Marian soñaba con dedicarse a la música, y ser cantante folk. Sabía todas las canciones de los Weavers y las cantaba muy bien en los cafés de Seattle. En aquellos tiempos, cuando Robert llegaba a casa, la llevaba en coche a reuniones de músicos de jazz y se sentaba entre el público a oír cantar.

Sus largas ausencias, a veces de dos o tres meses, eran perjudiciales para el matrimonio. Él lo sabía. Marian estaba enterada de lo que él hacía cuando se casaron, y pensaron que de algún modo podrían asumirlo. No pudieron. Cuando Robert volvió tras realizar un reportaje en Islandia ella no estaba. Había dejado una nota: «Robert, no ha funcionado. Te dejo la guitarra Harmony. Llámame».

No lo hizo. Ella tampoco. Firmó los papeles del divorcio cuando llegaron un año después y, al día siguiente, tomó un avión para Australia. Ella no pedía nada; sólo su libertad.

Se detuvo para pasar la noche en Kalispell, en Montana. Ya era tarde. El «Cozy Inn» parecía barato y lo era. Llevó sus cosas a una habitación que tenía dos lámparas de mesa, una de ellas con la bombilla fundida. Ya en la cama, mientras leía *Las verdes colinas de África* bebiendo una cerveza, sentía el olor de las fábricas de papel de Kalispell. Por la mañana salió a correr cuarenta minutos; después, hizo cincuenta flexiones y usó las cámaras como pequeñas pesas para completar el ejercicio rutinario.

Cruzó la parte alta de Montana, entró en Dakota del Norte, y la zona despojada, llana, le pareció tan fascinante como las montañas o el mar. El lugar emanaba una especie de austera belleza, y se detuvo varias veces, colocó un trípode y tomó varias fotos en blanco y negro de las viejas construcciones de las granjas. Ese paisaje respondía a sus inclinaciones minimalistas.

Las reservas indias eran deprimentes, por las razones que todo el mundo conoce e ignora. Ese tipo de población no era mejor en el noroeste de Washington ni en ninguna otra parte que él hubiese visto.

En la mañana del día 14, dos horas después de salir de Duluth, dobló hacia el nordeste y siguió por un camino secundario hacia Hibbing y las minas de hierro. El polvo rojo flotaba en el aire, y había grandes máquinas y trenes especialmente diseñados para llevar el mineral hasta los cargueros de Two Harbors, en el Lago Superior. Pasó la tarde visitando Hibbing y no lo encontró a su gusto, a pesar de que Bob Zimmerman-Dylan fuese originario de allí.

La única canción de Dylan que realmente le había gustado era *Muchacha del norte*. La cantaba para sí mismo mientras dejaba atrás esa región y sus gigantescos agujeros rojos en la tierra. «Si viajas por la feria del norte, donde golpea el viento en la frontera...».

Cantaba esa canción acompañándose con la guitarra. Marian le había enseñado algunos acordes y arpeggios. «Me dejó más ella a mí

que yo a ella», le dijo una vez a un lanchero borracho en una taberna llamada McElroy's Bar, en algún lugar de la cuenca del Amazonas. Y así era.

El Bosque Nacional Superior era hermoso, realmente hermoso. Era la patria de los transportistas de las empresas peleteras. Cuando era joven, deseaba que los días de aquellos transportistas no hubiesen terminado para poder ser uno de ellos.

Cruzó praderas, vio tres alces, un zorro rojo y muchos ciervos. Se detuvo junto a un estanque y fotografió algunos reflejos de una rama de árbol deformada en el agua.

Cuando terminó, se sentó en el estribo de la camioneta a beber café, a fumar un Camel y a escuchar el viento en los abedules.

Sería bueno tener a alguien, a una mujer, pensó, mirando flotar el humo del cigarrillo sobre el agua. Cuando uno envejece se pone así. Pero sus largas estancias lejos de Bellingham serían difíciles de soportar para ella. Ya lo había aprendido.

Cuando estaba en su casa, en Bellingham, veía de vez en cuando a la directora creativa de una agencia de publicidad de Seattle. La había conocido mientras hacían un trabajo juntos. Ella tenía cuarenta y dos años, era una persona inteligente y agradable; pero él no la amaba, no la amaría nunca.

Sin embargo, alguna noche los dos se sentían un poco solos y salían juntos. Iban al cine, tomaban unas cervezas, y más tarde se acostaban y todo salía bastante bien. Ella había tenido su vida; había trabajado de camarera en varios bares cuando iba a la universidad y se había casado dos veces.

Después de hacer el amor, mientras estaban acostados juntos, ella invariablemente le decía: «Eres el mejor, Robert, no tienes competencia, no hay quien se te acerque siquiera».

Él suponía que a un hombre debía gustarle que le dijeran eso, pero no era tan experimentado y de todos modos no tenía forma de saber si ella le decía la verdad. Una vez, ella dijo algo que no pudo olvidar. «Robert, hay un ser dentro de ti que yo no llego a sacar a la superficie, que no tengo fuerzas suficientes para alcanzar. A veces siento que hace mucho tiempo que estás aquí, más que una vida, y que has estado en lugares con los que ninguno de nosotros ha soñado jamás. Me asustas, a pesar de que eres muy delicado conmigo. Si no luchara por controlarme cuando estoy contigo, sentiría que puedo perderme a mí misma y no volver a encontrarme.»

Él comprendía, ambiguamente, de qué hablaba ella. Pero no podía apresado. Tenía esos pensamientos errantes, un melancólico sentido de lo trágico combinado con una intensa potencia física e intelectual, desde que era niño en un pueblecito de Ohio. Mientras otros chicos aprendían *Row, Row Your Boat*, él aprendía la melodía y la letra en inglés de una canción de cabaret francesa.

Le gustaban las palabras y las imágenes. Una de sus palabras favoritas era «azul». Le gustaba la sensación en los labios y en la lengua mientras la decía. «Las palabras provocan sensaciones físicas, no solamente transmiten significados», recordaba haber pensado cuando

era joven. Le atraían otras palabras por el sonido: distante, humo, camino, antiguo, pasaje, viajero, India. Disfrutaba del sonido y del sabor, y de lo que evocaban en su mente. En las paredes de su cuarto, había listas de palabras que le gustaban.

Luego combinaba las palabras en frases y también las ponía a la vista:

*Demasiado cerca del fuego.*

*Vine del este con un pequeño grupo de viajeros.*

*Los constantes murmullos de los que me salvarían y los que iban a venderme.*

*Talismán, talismán, muéstrame tus secretos.*

*Timonel, timonel, llévame de vuelta a casa.*

*Desnudo en el lugar donde nadan las ballenas azules.*

*Ella le deseó trenes con chimeneas humeantes que partieran de las estaciones en invierno.*

*Antes de ser hombre fui flecha; hace mucho tiempo.*

También le encantaban los nombres de algunos lugares: la corriente somalí, las Grandes Montañas Hatchet, el Estrecho de Malaca y muchos otros. A veces, las listas de palabras y frases cubrían totalmente su cuarto.

Hasta su madre notaba que en él había algo diferente. Robert no habló hasta los tres años, y luego empezó a hacerla con oraciones completas; a los cinco años sabía leer. En la escuela era un estudiante indiferente que frustraba a sus profesores. Miraban sus coeficientes de inteligencia y le hablaban de lograr cosas, de hacer lo que era capaz de hacer; le decían que podía llegar a ser lo que quisiese. Uno de sus profesores de la secundaria escribió lo siguiente en una evaluación: «Roben piensa que las pruebas de inteligencia son una forma muy deficiente de juzgar la capacidad de la gente porque no pueden explicar lo mágico, que tiene su propia importancia, no sólo en sí mismo sino como complemento de la lógica. Sugiero conversar con sus padres».

La madre habló con varios profesores. Cuando los profesores le hablaban de la conducta algo recalcitrante de Roben dadas sus posibilidades, decía: «Roben vive en un mundo propio, inventado por él. Sé que es mi hijo, pero a veces tengo la sensación de que no ha venido de mi marido y de mí, sino de otro lugar al que está intentando volver. Aprecio el interés que ustedes se toman, y trataré una vez más de estimularlo a que trabaje más en la escuela».

Pero él se contentaba con leer todos los libros de aventuras y de

viajes que encontraba en la biblioteca de la escuela, y el resto del tiempo andaba solo. Pasaba los días junto al río que corría por las afueras de la ciudad, y pasaba por alto fiestas, partidos de fútbol y las cosas así, que lo aburrían. Pescaba, nadaba, caminaba y se acostaba sobre la hierba, escuchando voces lejanas, y se imaginaba que era el único en oírlas. Hay brujos por aquí, se decía. Si uno calla y no se cierra, los oye, están ahí. Y le hubiera gustado tener un perro para compartir esos momentos.

No había dinero para la universidad. Tampoco deseaba ir. Su padre trabajaba mucho y era bueno con su madre y con él, pero el trabajo en una fábrica de válvulas no dejaba mucho para otras cosas, ni para alimentar a un perro. Robert tenía dieciocho años cuando murió su padre, de manera que se alistó en el ejército para poder mantenerse a sí mismo y a su madre en la época más dura de la Gran Depresión. Estuvo en el ejército cuatro años, pero esos cuatro años cambiaron su vida.

Por el misterioso funcionamiento de la mente militar, le asignaron la tarea de ayudante de fotógrafo, aunque ni siquiera sabía poner un rollo en la cámara. Pero ese trabajo le reveló su vocación. Los detalles técnicos no le plantearon dificultades. En un mes, no sólo hacía el revelado para dos fotógrafos del equipo, sino que también le permitían realizar solo los proyectos sencillos.

Uno de los fotógrafos, Jim Peterson, le tenía simpatía, y dedicó horas extra a enseñarle las sutilezas fotográficas. Robert Kincaid tomó prestados libros de fotografías y de arte de la biblioteca de Fort Monmouth y los estudió. Desde el principio le gustaron particularmente los impresionistas franceses y el uso de la luz en Rembrandt.

Con el tiempo, comenzó a darse cuenta de que era esa luz lo que fotografiaba, no los objetos. Los objetos eran meros vehículos para reflejar la luz. Si la luz era buena, siempre se podía encontrar algo que fotografiar. Entonces empezaban a venderse las cámaras de treinta y cinco milímetros; Robert compró una Leica usada en una tienda local. La llevó a Cape May, en New Jersey, y se pasó una semana de su permiso fotografiando la vida en la playa.

Otra vez fue en autobús a Maine e hizo autostop por la costa. Desde Stonington, la lancha correo le llevó de madrugada hasta la isla Au Haut, donde acampó. Luego, cruzó en ferry la Bahía de Fundy hasta Nueva Escocia. Empezó a tomar notas sobre sus composiciones fotográficas y sobre los lugares que quería volver a visitar. Cuando salió del ejército, a los veintidós años, era bastante buen fotógrafo y encontró trabajo en Nueva York como ayudante de un conocido fotógrafo de modas.

Las modelos eran hermosas; salió con unas cuantas y se enamoró un poco de una, hasta que ella se mudó a París y se separaron. Ella le dijo: «Roben, no estoy segura de quién eres o qué eres pero, por favor, ven a verme a París». Él le dijo que iría, y lo dijo en serio, pero nunca fue. Años más tarde, cuando hacía un reportaje sobre las playas de Normandía, encontró el nombre de esa muchacha en la guía de

teléfonos de París, la llamó y tomaron un café en un bar al aire libre. Ella estaba casada con un director de cine y tenía tres hijos.

A Robert, no le atraía demasiado la idea de la moda. La gente tiraba ropa perfectamente buena o la reformaba apresuradamente siguiendo las indicaciones de los dictadores de la moda europea. Le parecía muy estúpido, y se sentía minusvalorado por tener que hacer fotografías de modas, «Uno es lo que produce», dijo al dejar ese trabajo.

Su madre murió durante el segundo año que él estuvo en Nueva York. Volvió a Ohio, la enterró, y luego un abogado le leyó el testamento. No había quedado mucho. Él no esperaba nada. Pero le sorprendió enterarse de que sus padres habían ahorrado algo después de pagar la hipoteca de la casita de Franklin Street donde habían pasado toda su vida de casados. Roben vendió la casa y compró equipo fotográfico de primera clase con el dinero. Mientras le pagaba la cámara al vendedor, pensó en los años que su padre había trabajado para ganar esos dólares y en la vida sencilla que habían llevado.

Algunos de sus trabajos comenzaron a salir en revistas. Después, lo llamaron del *National Geographic*. Habían visto en un calendario, una foto tomada por él en Cape May. Habló con ellos, le dieron un trabajo de poca importancia, que realizó de forma muy profesional, y con eso se abrió camino.

El ejército volvió a llamarlo en 1943. Fue con los marines a arrastrarse por las playas del Pacífico sur, con las cámaras colgadas de los hombros, tendido de espaldas, fotografiando a los hombres que salían de los vehículos anfibios. Vio el terror en sus rostros, lo sintió él mismo. Los vio partidos en dos por el fuego de las ametralladoras, los vio pedir ayuda a Dios y a sus madres. Lo captó todo, sobrevivió y nunca se sintió fascinado por la supuesta gloria y aventura del reportaje de guerra.

Al ser desmovilizado en 1945, llamó al *National Geographic*. Lo estaban esperando. Se compró una motocicleta en San Francisco, fue con ella a Big Sur, hizo el amor en la playa con una violoncelista de Carmel, y volvió al norte para explorar el estado de Washington. Le gustó el lugar y lo eligió como base de operaciones.

Ahora, a los cincuenta y dos años, seguía estudiando la luz. Había estado en la mayor parte de los lugares cuyos nombres fijaba en las paredes de su cuarto cuando niño, y se maravillaba de estar allí cuando los visitaba, de sentarse en el Raffles Bar, de remontar el Amazonas en una ruidosa lancha fluvial o de balancearse sobre un camello por el desierto de Rajastani.

La costa del Lago Superior era tan bonita como le habían explicado. Tomó algunas fotos para poder recordar, y siguió bordeando el Misisipi hacia Iowa. Nunca había estado en Iowa, pero lo sedujeron las colinas al nordeste del gran río.

Se detuvo en la pequeña ciudad de Clayton, donde alquiló una habitación en un motel de pescadores, y pasó dos mañanas fotografiando los remolcadores, y una tarde en uno de ellos invitado por un piloto al que había conocido en un bar local.

Pasó la carretera 65, cruzó Des Moines a primera hora de la mañana de un lunes, el 16 de agosto de 1965, giró al oeste por la carretera de Iowa 92, y se dirigió a Madison County y a los puentes cubiertos que debía haber allí, según el *National Geographic*. Efectivamente, ahí estaban; el empleado de la estación de servicio Texaco se lo aseguró y le indicó vagamente cómo llegar a los siete puentes.

Encontró fácilmente los seis primeros, y fue anotando en el mapa la estrategia que adoptaría para fotografiados. Pero no lograba localizar el séptimo, llamado Roseman Bridge. Hacía calor; Robert tenía calor, Harry —su furgoneta— estaba ardiendo, y recorría caminos de grava que no parecían llevar a ninguna parte excepto al siguiente camino de grava.

Cuando se hallaba en un sitio desconocido, la regla de oro de Robert era «preguntar tres veces». Había descubierto que tres respuestas, aunque estuviesen las tres equivocadas, lo conducían a uno gradualmente adonde quería ir. Tal vez ahí bastaría con dos preguntas.

Se acercaba a un buzón que se avistaba al final de un sendero de menos de cien metros. El nombre del buzón decía «Richard Johnson, RR 2». Disminuyó la velocidad y entró en el sendero en busca de un guía.

Al llegar a la casa vio a una mujer sentada en el porche. Ese lugar parecía fresco, y la mujer tenía en la mano un vaso con una bebida de aspecto aún más fresco. Se levantó y fue hacia él. Robert bajó del camión y la miró, la miró más atentamente, y luego más atentamente aún.

Era hermosa, o lo había sido, o podía volver a serlo. Y de inmediato Robert empezó a sentir esa vieja torpeza que siempre lo acometía ante las mujeres que lo atraían, aunque sólo fuera un poco.

## Francesca

---

A mediados de otoño era el cumpleaños de Francesca, y la lluvia fría golpeaba contra su casa de madera en el campo, en el sur de Iowa. Miraba la lluvia y, a través de ella, veía las colinas que bordean Middle River, pensando en Richard. Richard había muerto un día así, ocho años atrás, de una enfermedad que Francesca prefería no recordar. Pero pensaba en él y en su tosca ternura, en sus actitudes firmes, y en la vida apacible que habían llevado.

Habían llamado los chicos. Tampoco este año podían venir para su cumpleaños, aunque Francesca cumplía sesenta y siete años. Ella lo comprendía, como siempre lo había comprendido y siempre lo comprendería. Los dos estaban muy atareados, en un momento importante de su vida profesional, dirigiendo un hospital, dando clases. Michael iniciaba su segundo matrimonio, Carolyn luchaba por el

primero. En secreto Francesca se alegraba de que nunca la visitaran para su cumpleaños; reservaba sus propias ceremonias para ese día.

Por la mañana, habían venido sus amigos desde Winterset con una tarta de cumpleaños. Francesca había hecho café, mientras hablaban de los nietos y de la ciudad, del día de Acción de Gracias y de los regalos de Navidad. La tranquila alegría y las voces de la conversación eran familiares y reconfortantes, y le recordaron la razón por la que se había quedado ahí después de la muerte de Richard.

Michael se había instalado en Florida, Carolyn en Nueva Inglaterra. Pero Francesca se había quedado en el sur de Iowa, que era su tierra, conservando su antiguo domicilio por una razón especial, y ahora se alegraba de haberlo hecho.

Sus invitados se fueron a mediodía. Se alejaron por el sendero con sus Buick y sus Ford, cogieron la carretera asfaltada del distrito y se dirigieron hacia Winterset; los limpiaparabrisas iban y venían sobre los cristales. Eran buenos amigos, aunque nunca comprenderían lo que había dentro de Francesca. Ni lo comprenderían aunque ella se lo explicase.

Su marido dijo que encontraría buenos amigos, cuando la trajo de Nápoles a Madison County después de la guerra. Le dijo: «La gente de Iowa tiene sus defectos, pero al menos se preocupan por los demás». Y era cierto, es cierto.

Cuando se conocieron, ella tenía veinticinco años. Había regresado de la universidad tres años antes, y había sido profesora en un colegio de niñas, sin saber muy bien qué hacer con su vida. La mayor parte de los italianos jóvenes estaban muertos o heridos, en campos de prisioneros o deshechos por la guerra.

Un año atrás había terminado su relación con Niccolo, un profesor de arte de la universidad que pintaba todo el día y la llevaba a hacer paseos temerarios de noche por los barrios bajos de Nápoles. La incesante desaprobación de los padres conservadores de Francesca había conseguido separarles.

Ella se adornaba con cintas el cabello negro y seguía fiel a sus sueños. Pero no habían apuestos maridos que desembarcaran en su busca, ni voces que llegaran hasta su ventana desde la calle. La dura realidad la obligó a reconocer que no tenía mucho para elegir. Richard le ofrecía una alternativa razonable: un buen trato y la dulce promesa de Norteamérica.

Francesca observó a Richard con su uniforme de soldado, sentados los dos en un café al sol del Mediterráneo. Vio que él la miraba seriamente, al estilo del medio este, y se fue con él a Iowa. Fue a tener hijos, a mirar jugar al fútbol a Michael en las frías noches de octubre, a llevar a Carolyn a Des Moines a comprarse vestidos para las fiestas de graduación.

Se escribía con su hermana de Nápoles varias veces por año, y volvió allí dos veces, al morir sus padres. Pero ahora Madison County era su tierra y no deseaba regresar a Italia.

La lluvia cesó a media tarde y recomenzó al caer la noche. Al oscurecer, Francesca se sirvió una copita de coñac y abrió el escritorio

de tapa corrediza. Era un mueble de nogal que había pertenecido a tres generaciones de la familia de Richard. Sacó un sobre de papel manila y lo acarició lentamente, como hacía cada año en esa fecha.

El matasellos del correo decía «Seattle, WA, Sept 12/65». Siempre empezaba mirando el matasellos. Era parte del ritual. Luego leía el nombre y domicilio escritos sin abreviaturas:

«Francesca Johnson, RR 2, Winterset, Iowa» y, por fin, el remitente, descuidadamente garabateado en el ángulo superior izquierdo: «Apdo. 642, Bellingham, Washington».

Se sentó en un sillón junto a la ventana, miró las direcciones y se concentró, porque en ellas estaba el movimiento de esas manos como había sido veintidós años antes.

Cuando llegó a sentir que sus manos la tocaban, abrió el sobre, sacó cuidadosamente tres cartas, un breve manuscrito, dos fotografías y un número completo del *National Geographic*, junto con recortes de otros números de la revista.

Allí, a la luz grisácea que quedaba, bebió el coñac a sorbitos, mirando por encima del marco de las gafas la nota manuscrita sujeta con una grapa a las páginas dactilografiadas.

La carta estaba escrita en unas hojas con su membrete, que decía simplemente: «Robert Kincaid, Autor-Fotógrafo» en letra discreta.

*10 de septiembre de 1965*

*Querida Francesca:*

*Te envío dos fotografías. Una es la que te hice en el campo a mediodía. Espero que te guste tanto como a mí. La otra es de Roseman Bridge antes de que yo retirara la nota que hablas clavado allí con una tachuela.*

*Estoy sentado aquí, recorriendo las zonas grises de mi mente en busca de cada detalle, de cada momento que pasamos juntos. Me pregunto una y otra vez, «¿Qué pasó en Madison County?», y trato de juntarlo todo. Por eso escribí el breve texto «Al caer de la dimensión Z» que te envío, en un intento de aclarar mi confusión.*

*Miro a través de un objetivo, y estás tú en el otro extremo. Empiezo a escribir un artículo, y estoy escribiendo sobre ti. Ni siquiera sé bien cómo volví aquí desde Iowa. De alguna manera, el viejo camión me trajo a casa, pero apenas recuerdo los kilómetros que recorrí.*

*Hace unas semanas me sentía equilibrado, razonablemente satisfecho. Tal vez no profundamente feliz, tal vez un poco solo, pero al menos contento. Ahora todo ha cambiado.*

*Ahora sé que estuve yendo hacia ti, y tú hacia mí desde hace largo tiempo. Aunque ninguno de los dos percibía al otro antes de que nos conociéramos, había una especie de inconsciente certeza que cantaba alegremente bajo nuestra ignorancia, asegurando que nos reuniríamos. Como dos pájaros solitarios que vuelan por las grandes praderas por designio de Dios, en todos estos años y estas vidas hemos estado yendo el uno hacia el otro.*

*El camino es un lugar extraño. Por él andaba yo arrastrando los pies, y ahí estabas tú, caminando por la hierba hacia mi camión, un día de agosto. Viéndolo retrospectivamente, parece inevitable (no pudo haber sido de ninguna otra manera): es un caso de lo que yo llamo la alta probabilidad de lo improbable. De manera que ahora estoy viviendo con otra persona dentro de mí. Aunque creo que lo expresé mejor el día que nos separamos, cuando dije que hemos creado una tercera persona a partir de nosotros dos. Y ahora me acecha ese otro ser.*

*De alguna manera tenemos que volver a vernos. En cualquier parte, en cualquier momento. Puedo ocuparme de los pasajes de avión, si eso es un problema. Me voy al sudeste de la India la semana que viene, pero estaré de vuelta a finales de octubre.*

*Te amo.*

*Robert.*

*P.D.: El proyecto de fotografía en Madison County salió muy bien. Búscalo en el «National Geographic» el año que viene. O dime si quieres que te mande un ejemplar del número cuando se publique.*

Francesca Johnson dejó la copa de coñac en el ancho alféizar de roble de la ventana y miró la fotografía de ocho por diez en blanco y negro que le había sacado Robert. A veces le resultaba difícil recordar qué aspecto tenía ella entonces, veintidós años atrás. Se apoyaba en un poste del cerco, llevaba tejanos ajustados y descoloridos, sandalias y una camiseta blanca; su cabello ondeaba al viento.

Desde su lugar junto a la ventana veía, en medio de la lluvia, el poste del viejo cerco que todavía circunscribía los pastos. Al alquilar la tierra, después de la muerte de Richard, había determinado que la pastura se mantuviese intacta y quedase así, aunque ahora estaba despoblada y se había convertido en un pastizal.

La fotografía descubría en su rostro las primeras arrugas evidentes. La cámara de Robert las había encontrado. Sin embargo, le complacía lo que veía. El cabello negro, el cuerpo lleno y cálido, bien dibujado por los tejanos. Pero era su rostro lo que miraba con fijeza. Era el rostro de una mujer desesperadamente enamorada del hombre que le estaba sacando la foto.

Ahora lo veía con claridad en el fluir de su memoria. Cada año repasaba mentalmente todas las imágenes, con meticulosidad, recordando todo, sin olvidar nada, grabándolo todo, para siempre, como los miembros de una tribu que transmiten oralmente una historia de generación en generación. Él era alto, delgado, duro, y se movía como la hierba, sin esfuerzo, con gracia. Sus cabellos plateados colgaban más abajo de las orejas y casi siempre estaban despeinados, como si acabara de llegar de un largo viaje por mar con fuerte viento y hubiera tratado de arreglárselos con las manos.

Su rostro delgado, de pómulos salientes, y el cabello que le caía sobre la frente hacían resaltar los ojos azules que nunca parecían

dejar de buscar la próxima foto. Él le sonrió, le dijo que se la veía muy bien y muy cálida con la luz de la mañana, le pidió que se apoyara en el poste, y luego caminó alrededor de ella describiendo un gran arco. La fotografió primero arrodillándose, luego de pie, luego tendido de espaldas con la cámara vuelta hacia ella.

Ella se sentía abrumada por la cantidad de película que invertía, pero contenta por la atención que le prestaba. Esperaba que ningún vecino hubiera salido temprano con el tractor. Aunque esa mañana en particular, no le importaban mucho los vecinos ni lo que pudieran pensar.

Él fotografió, cambió el rollo, cambió los lentes, cambió de cámara y fotografió un poco más, hablando tranquilamente con ella mientras trabajaba, repitiéndole qué bien la veía y cuánto la amaba. «Francesca, eres increíblemente hermosa.» A veces se detenía y la miraba, miraba a través de ella, alrededor de ella, dentro de ella.

Los pezones se marcaban con nitidez en su camiseta. Curiosamente, no le había importado no llevar nada debajo. Es más: se alegraba de ello y la excitaba saber que él veía sus pechos a través del objetivo. Nunca se hubiera vestido así para estar con Richard. Él no lo habría aprobado. En realidad, antes de conocer a Robert Kincaid, no se hubiera vestido así en ningún momento.

Robert le había pedido que arqueara un poco la espalda, y entonces susurró: «Eso es, eso es, quédate así». Fue en el momento en que tomó la foto que ella miraba ahora. La luz era perfecta, eso había dicho él (nebulosa brillante, la llamó), y se oyó muchas veces seguidas el chasquido del obturador mientras él se movía alrededor de ella.

Robert era flexible; ésa era la palabra que pensaba Francesca mientras lo miraba. A los cincuenta y dos años, su cuerpo era puro músculo, sin grasa, músculo que se movía con la clase de intensidad y potencia que sólo poseen los hombres que trabajan mucho y se cuidan. Robert le contó que había sido reportero de guerra en el Pacífico, y Francesca lo imaginó en las playas saturadas de humo con los marines, con las cámaras colgando de los hombros, una ante su ojo, y el obturador recalentado por la velocidad con que fotografiaba.

Volvió a mirar la foto. La estudió. Sí, realmente estaba guapa, pensó, sonriendo ante esaligera admiración que sentía por sí misma. Nunca lo he estado tanto, ni antes ni después. Fue por él. Y bebió otro sorbito de coñac mientras la lluvia cabalgaba furiosamente sobre el viento de noviembre.

Robert Kincaid era un verdadero mago, que vivía dentro de sí mismo en lugares extraños, casi amenazadores. Francesca lo había percibido inmediatamente, aquel lunes caluroso y seco del mes de agosto de 1965, cuando él bajó de la furgoneta, enfrente de su casa. Richard y los chicos estaban en la feria del estado de Illinois, exhibiendo el novillo campeón que recibía más atenciones que ella. Esa semana era suya.

Estaba sentada en el columpio del porche de la entrada, bebiendo té helado, mirando distraídamente la espiral de polvo que levantaba una camioneta en la carretera del condado.

El coche se movía con lentitud, como si el que lo conducía buscara algo; se detuvo justo al llegar al sendero de Francesca y giró por él en dirección a la casa. Dios mío, pensó Francesca, ¿quién es éste?

Estaba descalza, y llevaba tejanos y una camisa desteñida y arremangada por encima del pantalón. Los largos cabellos negros estaban sujetos con la peineta de carey que su padre le había regalado cuando ella se marchó de su país natal. La camioneta recorrió el sendero y se detuvo cerca de la puerta del cerco de alambre que rodeaba la casa.

Francesca bajó los escalones del porche y caminó sin prisa por la hierba hacia la entrada. Y de la camioneta bajó Robert Kincaid, como una visión surgida de un libro jamás escrito: *Historia ilustrada de los chamanes*.

La camisa marrón de estilo militar se le pegaba a la espalda por la transpiración; tenía grandes círculos oscuros debajo de los brazos. Los tres botones de arriba estaban desabrochados, y ella veía los tensos músculos del pecho bajo la simple cadenita de plata que llevaba al cuello. Sobre los hombros lucía unos anchos tirantes de color naranja, del tipo que siempre usa la gente que pasa mucho tiempo en lugares agrestes.

Robert sonrió.

—Perdone la molestia, pero estoy buscando un puente cubierto que hay por aquí y no lo encuentro. Creo que me he perdido.

Se enjugó la frente con un pañuelo azul y volvió a sonreír.

Tenía una mirada directa, y algo dio un salto dentro de ella. Los ojos, la voz, la cara, el cabello plateado, la flexibilidad con que se movía su cuerpo, todo eso despertaba sensaciones familiares en Francesca, sensaciones perturbadoras e irresistibles. Todo en él evocaba una de esas imágenes que hablan en susurros cuando uno está a punto de dormirse, cuando han caído todas las barreras. Una de esas imágenes que reorganizan el espacio molecular entre macho y hembra, independientemente de la especie.

Las generaciones pasan, pero esas emociones que Robert provocaba en Francesca sólo murmuran acerca de una exigencia única, nada más. Son inamovibles, y sus metas, claras. Y son simples; nosotros somos quienes las hemos vuelto complicadas. Francesca percibía todo esto sin saber que lo percibía; lo experimentaba físicamente. Y allí empezó aquello que habría de cambiarse para siempre.

Un coche pasó por el camino, levantando polvo, y se oyó la bocina. Francesca saludó con la mano al brazo marrón de Floyd Clark que salía del Chevy, y se volvió hacia el desconocido.

—Ya casi ha llegado. El puente está a sólo tres kilómetros de aquí.

Y entonces, después de veinte años de vivir una vida estrecha, una vida de conducta rígida y sentimientos ocultos, impuesta por las tradiciones rurales, Francesca Johnson se sorprendió a sí misma diciendo:

—Se lo mostraré con mucho gusto, si quiere.

Nunca supo muy bien por qué lo hizo. Eran los sentimientos de una

muchacha joven que aparecían como una burbuja en el agua y estallaban, tal vez, después de todos esos años. No era tímida, pero tampoco muy directa. Lo único que podía pensar era que Robert Kincaid la había atraído intensamente, después de sólo unos segundos de mirado.

Era obvio que él se había sorprendido un poco con el ofrecimiento. Pero se recuperó pronto, y con expresión seria le dijo que se lo agradecería. Francesca cogió de los escalones de atrás las botas de vaquero que usaba para trabajar en la granja, fue hasta el camión y se detuvo junto al asiento del acompañante.

—Espera, te haré sitio; hay un montón de material y otras cosas ahí. —Hablaba mientras iba ordenando, principalmente para sí, y ella advertía que estaba un poco confundido y un poco azorado por esa situación.

Trasladó bolsos de lona y trípodes, un termo, y bolsas de papel a la parte trasera de la camioneta, donde una vieja maleta Samsonite marrón y un estuche de guitarra polvoriento y deteriorado permanecían atados a una rueda de repuesto con una cuerda de tender ropa.

La puerta de la furgoneta se cerró, golpeándolo por detrás, mientras él murmuraba, juntaba y metía vasitos de plástico para café y cáscaras de plátano en una bolsa de papel. Arrojó la bolsa a la caja de los residuos. Finalmente quitó del asiento delantero la nevera y la puso también detrás. En la puerta verde del camión, unas letras rojas descoloridas rezaban: «Kincaid, Fotografía, Bellingham, Washington».

—Bien, creo que ahora puedes meterte ahí. Sostuvo la puerta, la cerró tras ella, luego fue al asiento del conductor y con una peculiar gracia animal se sentó frente al volante. Le echó una sola mirada rápida a Francesca, sonrió apenas y dijo:

—¿Hacia dónde voy?

—Hacia la derecha. —Le indicó con la mano. Él giró la llave, y se oyeron los gruñidos desafinados del motor. Recorrieron el sendero hacia el camino dando brincos. Las largas piernas de Robert se movían automáticamente al cambiar de velocidades; los viejos Levi's cubrían las botas de cuero con cordones que habían visto pasar muchos kilómetros a pie.

Se inclinó y buscó en la guantera, rozando accidentalmente con el antebrazo la parte inferior del muslo de Francesca. Con un ojo en el camino y otro en la guantera, sacó una tarjeta de visita y se la entregó. «Robert Kincaid, Autor-Fotógrafo.» Luego venían su dirección y su número de teléfono.

—Me envía aquí el National Geographic —dijo—. ¿Conoces la revista?

—Sí —respondió Francesca, y pensó: ¿Acaso no la conoce todo el mundo?

—Están haciendo un reportaje sobre puentes cubiertos, y parece que Madison County tiene algunos interesantes. He localizado seis, pero creo que hay por lo menos uno más, y tiene que estar en esta dirección.

—Se llama Roseman Bridge —informó Francesca en medio del ruido del viento, de los neumáticos y del motor.

Su voz sonaba rara, como si perteneciera a otra persona, a una adolescente asomada a una ventana, en Nápoles, viendo a lo lejos calles de ciudades, trenes y puertos, mientras soñaba con sus lejanos y futuros amantes. Mientras hablaba miraba los músculos de su antebrazo, que se movían cuando él cambiaba de velocidad.

Junto a Francesca había dos mochilas. Una estaba cerrada, pero la solapa de la otra, doblada hacia atrás, dejaba ver la parte superior plateada y la posterior negra de una cámara. En la parte posterior, tenía la etiqueta de un carrete, que decía «Kodachrome II 25. 36 fotos». Detrás de los bultos, había una chaqueta de color tostado con muchos bolsillos. De un bolsillo colgaba una delgada cuerda con un émbolo en el extremo.

Francesca tenía dos trípodes entre los pies. Estaban muy rayados, pero en uno se podía leer la gastada etiqueta: «Gitzo». Cuando Robert abrió la guantera, Francesca vio que estaba abarrotada de cuadernos, mapas, lápices, cajas de película vacías, monedas y cigarrillos Camel.

—Dobla a la derecha en la próxima curva —dijo. Eso le dio una excusa para mirar el perfil de Roben Kincaid. La piel tostada y suave brillaba con la transpiración. Sus labios eran bonitos; por alguna razón, Francesca lo había notado de inmediato. Y la nariz era como la de los indios que había visto en unas vacaciones que se había tomado la familia en el oeste, cuando los hijos eran pequeños.

Robert no era apuesto en el sentido convencional. Ni tampoco feo. Esas palabras no se aplicaban a él. Pero había algo en ese hombre. Algo muy antiguo, algo ligeramente deteriorado por los años; no en su apariencia, sino en sus ojos.

En la muñeca izquierda llevaba un reloj de aspecto complicado, con una correa de cuero marrón manchada por el sudor. En la derecha tenía una pulsera de plata con arabescos. Le vendría bien una limpieza con limpiametales, pensó Francesca, y enseguida se condenó por haber caído en la trivialidad de la vida pueblerina, contra la que se rebelaba en silencio desde hacía años.

Robert Kincaid sacó un paquete de Camel del bolsillo de la camisa y le ofreció uno. Francesca aceptó el cigarrillo y, por segunda vez en cinco minutos, se sorprendió a sí misma. ¿Qué estoy haciendo?, pensó. Hacía años que había dejado de fumar, debido a la presión constante de la crítica de Richard. Robert se puso el cigarrillo entre los labios y encendió el de Francesca con un Zippo de oro, sin dejar de mirar la carretera.

Ella ahuecó las manos a ambos lados de la llama para protegerla del viento, y tocó la mano de Robert para que no la sacudieran los saltos de la camioneta. Sólo le llevó un instante encender el cigarrillo, pero fue suficiente para sentir el calor de la mano de él y su ligero vello en el dorso. Volvió a apoyarse en el respaldo y Robert acercó el encendedor a su propio cigarrillo, defendiéndolo del viento con mano experta y retirando sólo un segundo las manos del volante.

Francesca Johnson, esposa de granjero, apoyada en el asiento

polvoriento de la camioneta, fumando un cigarrillo, señaló:

—Es allí, al doblar la curva.

El viejo puente rojo, descascarillado, ligeramente inclinado por los años, cruzaba un arroyo.

Entonces Robert Kincaid sonrió. La miró rápidamente y dijo:

—Fantástico. Una foto del crepúsculo.

Se detuvo a cien metros del puente y bajó, llevándose la mochila abierta.

—Voy a hacer un pequeño reconocimiento, ¿no te molesta?

Ella le devolvió la sonrisa.

Lo observó mientras él caminaba por el sendero de campo, mientras sacaba la cámara de la mochila y luego se echaba el bolso sobre el hombro izquierdo. Ese movimiento exacto lo había hecho miles de veces. Francesca se dio cuenta por la fluidez con que lo hizo. Mientras caminaba, su cabeza no dejaba de moverse, mirando de un lado a otro, el puente, y los árboles detrás del puente. Se volvió una vez y fijó la vista en ella, con el rostro serio.

En contraste con la gente del lugar, que se alimentaba de salsas, patatas y carnes rojas, Robert daba la impresión de no comer otra cosa que fruta, nueces y vegetales. Duro, pensó Francesca. Parece físicamente duro. Reparó en lo pequeño que era su trasero dentro de los tejanos ajustados; veía el contorno de la billetera en el bolsillo izquierdo y el del pañuelo en el derecho. Robert parecía andar por el terreno sin un solo movimiento innecesario.

No había ruidos. Un mirlo de alas rojas posado en una alambrada la miró. Una alondra gritó desde el pasto, junto al camino. Nada más se movía bajo el sol blanco de agosto.

Robert se detuvo justo antes de llegar al puente. Se quedó un momento allí, luego se puso en cuclillas y escudriñó a través de la cámara. Fue hasta el otro lado del camino e hizo lo mismo. Luego se paró en el puente y estudió las vigas y las planchas del suelo, y contempló la corriente por un agujero que había en un lado.

Francesca apagó el cigarrillo en el cenicero, abrió la puerta y apoyó las botas en la grava. Echó una mirada alrededor para asegurarse de que no venía el coche de un vecino, y caminó hasta el puente. El sol era como un martillazo al final de la tarde, y el interior del puente parecía estar más fresco. Veía recortarse la silueta de Robert en el otro extremo, hasta que desapareció en la pendiente de la orilla.

Francesca oía el suave arrullo de las palomas en sus nidos, debajo del tejado del puente. Pasó mano por la barandilla; la madera estaba caliente. En algunas planchas había pintadas: «Jimbo-Denison, Iowa»; «Sherry + Dubby»; «¡Arriba, Hawks!» Las palomas seguían arrullándose suavemente.

Francesca espía por una grieta de las dos planchas laterales hacia el arroyo adonde había ido Robert Kincaid. Estaba de pie sobre una roca en medio del riachuelo, mirando hacia el puente, y ella se sobresaltó al ver que él la saludaba con la mano. Robert saltó otra vez a la orilla, moviéndose con soltura por el terreno inclinado. Francesca siguió mirando el agua hasta que sintió las botas de él en el suelo del

puente.

—Se está muy bien aquí, es muy agradable —dijo Robert, y su voz resonó dentro del puente cubierto.

Francesca asintió.

—Sí. A estos puentes nosotros no les prestamos ninguna atención, no pensamos que sean gran cosa.

Él fue hacia ella con un ramillete de flores silvestres.

—Gracias por hacer de guía —le dijo, sonriendo con dulzura—. Uno de estos días vendré al amanecer a hacer fotos.

Una vez más, ella sintió algo por dentro, Flores. Nadie le regalaba flores, ni siquiera en ocasiones especiales.

—No conozco tu nombre —dijo Robert. Entonces ella se dio cuenta de que no se lo había dicho, y se sintió como una tonta. Cuando se lo dijo, él hizo un gesto afirmativo y respondió:

—Me había parecido notar un levísimo acento. ¿Italiana?

—Sí. Vine hace mucho tiempo.

Volvieron a subirse a la camioneta verde y volvieron a recorrer los caminos de grava mientras bajaba el sol. Se cruzaron con dos coches, pero no era nadie que Francesca conociera. En los cuatro minutos que tardaron en llegar a la granja dejó vagar los pensamientos, sintiéndose liberada y extraña. Quería más de Robert Kincaid, autor y fotógrafo. Quería saber más y apretaba el ramillete que llevaba en la falda, con las flores hacia arriba, como una colegiala que vuelve de un paseo.

Estaba ruborizada. Lo sentía. No había hecho ni dicho nada, pero sentía como si algo hubiera sucedido. La radio de la furgoneta, casi inaudible en medio del rugido del camino y del viento, transmitió el sonido de una guitarra eléctrica y después las noticias de las cinco.

La furgoneta entró en el sendero.

—¿Richard es tu marido? —Había visto el nombre en el buzón.

—Sí —respondió Francesca, ligeramente agitada. Una vez que pronunció esa palabra, pudo seguir hablando—. Hace mucho calor. ¿Te apetece un té helado?

Él la miró.

—Si no es molestia, ya lo creo que sí.

—No es molestia —dijo ella.

Le indicó sin revelar ansiedad, o al menos eso esperaba, que estacionara la camioneta detrás de la casa. No deseaba que, al volver Richard, uno de los vecinos le dijera: «Ah, Dick, ¿estáis en obras? La semana pasada vi una furgoneta verde en tu casa. Sabía que Frannie estaba allí, de manera que no me preocupé por controlar».

Subieron por los escalones rotos hasta la puerta del porche trasero. Robert sostuvo la puerta para que ella pasara; llevaba consigo las bolsas con las cámaras.

—Hace demasiado calor para dejar el equipo en el coche —había dicho al retirarlos.

En la cocina se estaba un poco más fresco, pero de todos modos hacía mucho calor. El collie husmeó las botas de Kincaid, luego salió al porche y se echó pesadamente, mientras Francesca sacaba cubitos de

hielo y vertía el té en una enorme jarra. Robert se había sentado a la mesa de la cocina, y se alisaba el pelo con las dos manos; y ella sabía que él la observaba.

—¿Limón?

—Sí, por favor.

—¿Azúcar?

—No, gracias.

El jugo de limón goteó lentamente por la pared del vaso, y él notó eso también. Robert Kincaid no se perdía ningún detalle.

Francesca colocó un vaso frente a él y el otro al otro lado de la mesa de formica. Puso las flores en agua, en un viejo frasco de jalea con dibujos del pato Donald. Apoyada en la repisa, levantó una pierna y se quitó la bota.

Luego se apoyó en el pie descalzo y se quitó la otra.

Robert bebió un sorbito de té y la miró. Ella medía menos de un metro setenta, andaba por los cuarenta o poco más, tenía una linda cara y un cuerpo hermoso, cálido. Pero dondequiera que fuera encontraba mujeres bonitas. El aspecto físico podía tener cierta importancia, pero, para Robert, lo que realmente contaba era la inteligencia y la pasión de vivir, la capacidad de conmover y de conmoverse con sutilezas de la mente y del espíritu. Por eso, siendo indiferente a una belleza exterior, no encontraba atractivas a la mayoría de las mujeres jóvenes. No habían vivido ni sufrido lo suficiente para poseer esas cualidades que le interesaban.

Pero había algo en Francesca Johnson que realmente le atraía. Había inteligencia; Robert lo sentía. Y había pasión, aunque no sabía hacia qué iba dirigida esa pasión, si es que iba dirigida a algo.

Más tarde él le dijo que, de alguna manera indefinible, veda quitarse las botas esa tarde había sido uno de los momentos más sensuales que recordaba, No importaba por qué. Él no se acercaba a la vida con porqués.

«El análisis destruye los conjuntos. Algunas cosas, las cosas mágicas, han sido hechas para permanecer enteras. Si uno las observa por partes, desaparecen.» Eso había dicho.

Ella estaba sentada a la mesa con una pierna doblada bajo su cuerpo, y apartaba los mechones de cabello negro que le caían sobre la cara sujetándolos nuevamente con la peineta de carey. Luego recordó algo, se levantó y se acercó al aparador; cogió un cenicero y lo puso en la mesa al alcance de la mano de Robert.

Con ese permiso tácito, él sacó un paquete de Camel y se lo ofreció. Francesca cogió un cigarrillo y advirtió que estaba levemente húmedo por la intensa transpiración de él. Repitieron los mismos movimientos que en el coche. Él encendió el Zippo, ella le tocó la mano para que no la moviera, sintió su piel con las yemas de los dedos y se apoyó en el respaldo de la silla. El sabor del cigarrillo era maravilloso. Francesca sonrió.

—¿Qué haces, exactamente? Me refiero a la fotografía.

Robert observó su cigarrillo y contestó con calma:

—Bueno, trabajo para... soy un fotógrafo del *National Geographic*.

Esto ocupa parte de mi tiempo. Vendo ideas a la revista y tomo las fotos. O ellos me llaman cuando quieren hacer algo. No hay mucho espacio para la expresión artística; es una publicación muy conservadora. No es extraordinaria, pero sí decente y segura. El resto del tiempo, escribo y fotografío por mi cuenta y mando material a otras revistas. Si las cosas se ponen duras, hago trabajo de equipo, pero eso me limita mucho. A veces, escribo poesía para mí mismo. De vez en cuando trato de escribir un poco de ficción, pero parece que no tengo talento para ello. Vivo al norte de Seattle y trabajo bastante en esa zona. Me gusta sacar fotografías de barcos pesqueros, poblaciones indias y paisajes. El trabajo para el Geographic a veces me retiene en el mismo lugar un par de meses, especialmente cuando es algo de envergadura, por ejemplo una parte del Amazonas o el desierto de África del Norte. Suelo viajar en avión para esos trabajos y alquilar después un coche. Pero tenía ganas de visitar en coche algunos lugares y explorados para reportajes futuros. Vine bordeando el Lago Superior; volveré por Black Hills. ¿Y tú?

Francesca no esperaba que se lo preguntara. Tartamudeó unos instantes.

—Ah, por Dios, nada parecido a lo tuyo., Me gradué en literatura comparada. Cuando llegué a Winterset en 1946, había problemas para encontrar profesores, y como estaba casada con un veterano, me cogieron. De manera que obtuve un certificado de enseñanza y enseñé literatura inglesa unos años en la escuela secundaria. Pero a Richard no le gustaba que yo trabajase. Decía que él podía mantenernos, que no era necesario, sobre todo cuando nuestros hijos eran pequeños, así que lo dejé y dediqué mi jornada completa a ser esposa de granjero. Eso es todo.

Advirtió que Robert había terminado el té helado y le sirvió más de la jarra.

—Gracias. ¿Te gusta vivir en Iowa?

La situación le permitía ser sincera. Francesca lo sintió. La respuesta estereotipada era: «Mucho. Es muy tranquilo. La gente es muy buena».

No contestó de inmediato.

—¿Me das otro cigarrillo?

Otra vez el paquete de Camel, otra vez el encendedor, otra vez el ligero contacto de las manos. El sol entraba en el porche de atrás y caía sobre el perro, que se levantó y desapareció. Francesca, por primera vez, miró a los ojos a Robert Kincaid.

—Tengo que responder: «Me gusta. Es muy tranquilo. La gente es muy buena». En general, todo eso es cierto. Es tranquilo. La gente es buena, en cierto sentido. Todos nos ayudamos. Si alguien se lastima o enferma, los vecinos cosechan su maíz o su avena o hacen lo que sea necesario. En la ciudad se puede dejar el coche abierto y permitir a los chicos que corran de acá para allá sin peligro. La gente de aquí tiene un montón de buenas cualidades, y yo la respeto por eso. Pero —vaciló, echó una calada, miró a Robert Kincaid sentado frente a ella—, no es lo que yo soñaba de jovencita.

La confesión, por fin. Hacía años que las palabras estaban ahí, y nunca las había pronunciado. Ahora se las había dicho a un hombre que venía de Bellingham, del estado de Washington, en una camioneta verde.

Durante unos momentos, él guardó silencio. Luego, dijo:

—El otro día anoté algo en mi cuaderno para usado algún día; se me ocurrió mientras viajaba. Es algo que sucede a menudo. Dice así: «Los viejos sueños eran sueños buenos; no se realizaron, pero me alegro de haberlos tenido». No estoy seguro de lo que significa, pero lo usaré en alguna parte. De manera que creo que entiendo lo que sientes.

Francesca le sonrió entonces, por primera vez, con una sonrisa cálida y profunda. Y el instinto del jugador se impuso en ella.

—¿Quieres quedarte a cenar? Mi familia está fuera, de modo que no tengo mucho en casa, pero algo inventaré.

—Desde luego, estoy cansado de los supermercados y de los restaurantes. Así que si no es mucha molestia, me encantaría.

—¿Te gustan las chuletas de cerdo? Puedo servir las con verduras de la huerta.

—Prefiero las verduras solas. No como carne. Hace años que ya no la como. No es por ninguna razón en especial, simplemente me siento mejor así.

Francesca volvió a sonreír.

—Aquí tu punto de vista no sería muy popular. Richard y sus amigos dirían que estás tratando de destruir su medio de subsistencia. Yo misma no como mucha carne; no sé muy bien por qué, sencillamente no me gusta. Pero cada vez que intento hacer una cena sin carne para mi familia hay gritos de rebelión, de manera que he abandonado el intento. Será agradable de pensar en algo diferente para variar.

—Bueno, pero no te tomes muchas molestias por mí. Escucha, tengo película en la nevera. Necesito tirar el agua del hielo derretido y ordenar un poco las cosas. Me llevará un rato. —Se levantó y bebió lo que quedaba del té.

Ella lo vio salir por la puerta de la cocina, cruzar el porche y salir al patio. No dejó golpear la puerta de alambre tejido como hacían todos, sino que la cerró suavemente. Justo antes de salir se agachó para palmear al collie, que le agradeció la atención con varias buenas lamidas en los brazos. Francesca fue a las habitaciones de arriba, se dio un rápido baño y, mientras se secaba, miró por encima de la cortina que cubría la mitad inferior de la ventana. La maleta de Robert estaba abierta, y él se estaba lavando con la vieja bomba de mano. Francesca pensó que debería haberle dicho que podía ducharse en la casa si lo deseaba. Lo había pensado antes, pero la había retenido la familiaridad que eso implicaba, y luego, flotando en su propia confusión, se había olvidado y no había dicho nada.

Pero Robert Kincaid se había lavado en peores condiciones. Con baldes de agua estancada en la patria de los tigres, con el agua de su cantimplora en el desierto. En la granja de Francesca, se había desnudado hasta la cintura y usaba la camisa sucia como una

combinación de esponja y toalla. Una toalla, se reprochó Francesca; al menos podría haberle dado una toalla.

La navaja de afeitar reflejaba el sol; ella lo vio enjabonarse la cara y afeitarse. Era —otra vez esa palabra, pensó Francesca—, era duro. No era corpulento, medía un poco más de uno ochenta y era más bien delgado. Pero tenía la musculatura de los hombros grande, y el abdomen liso como la hoja de un cuchillo. No representaba la edad que tenía y no se parecía a los hombres del lugar, que comían demasiados dulces en el desayuno.

La última vez que había ido a Des Moines, Francesca se había comprado un perfume nuevo: Windsong, y ahora lo usó con moderación. ¿Qué se pondría? No le pareció bien arreglarse demasiado, puesto que él seguía con su ropa de trabajo. Camisa blanca de manga larga, unos tejanos limpios, sandalias. Los aretes que, según Richard, le daban aspecto de gitana, y una pulsera de oro. El cabello recogido con una hebilla en la nuca, caído sobre la espalda. Así estaría bien.

Cuando volvió a la cocina, Robert estaba sentado ahí con sus mochilas y su nevera; se había puesto una camisa caqui limpia con los mismos tirantes naranja de antes. En la mesa había tres cámaras, dos lentes cortos, dos medianos y uno largo, y un nuevo paquete de Camel. Las cámaras y los lentes eran de la marca Nikon. El equipo estaba rayado, en algunas partes abollado. Pero Robert lo manejaba cuidadosamente, aunque sin obsesionarse. Pulía, cepillaba, soplabla.

Volvió a mirada; ella estaba seria otra vez, tímida,

—Tengo cerveza en la nevera. ¿Quieres una?

—No estaría mal. —Sacó dos botellas de Budweiser. Cuando levantó la tapa de la nevera, Francesca vio cajas de plástico transparente con película apiladas en el interior. Quedaban otras cuatro botellas de cerveza.

Francesca abrió un cajón para coger un abridor, pero él dijo: «Yo tengo». Sacó de su vaina el cortaplumas múltiple que llevaba en el cinturón, extendió una de sus hojas y la usó con pericia.

Le entregó una botella a Francesca y alzó la suya en una especie de brindis:

—A los puentes cubiertos en el atardecer, o, mejor aún, en las mañanas cálidas, rojas. —Sonrió.

Francesca no dijo nada, pero sonrió con suavidad y levantó un poco su botella con gesto vacilante, incómodo. Un extraño desconocido, las flores, el perfume, la cerveza y un brindis un caluroso lunes del final del verano. Era más de lo que podía resistir.

—Alguna vez alguien tuvo sed una tarde de agosto. Quienquiera que fuese, se paró a estudiar su sed, improvisó alguna bebida e inventó la cerveza. De allí proviene, y se resolvió el problema de la sed. —Estaba ocupado con una cámara, y parecía que le hablaba a ella mientras ajustaba un tornillo en la parte superior, con un destornillador de joyero.

—Voy un minuto al jardín. Ahora vuelvo.

Robert levantó los ojos.

—¿Necesitas ayuda?

Ella hizo un gesto negativo y pasó junto él, sintiendo su mirada en las caderas, preguntándose si la seguiría mirando mientras cruzaba el porche, adivinando que sí lo haría.

No se equivocaba. Él la observaba. Movi6 la cabeza y volvi6 a mirada. Observ6 su cuerpo, pens6 en la inteligencia que 6l sabía que poseía, se pregunt6 qu6 otras cosas percibía de ella. Se sentía atraído y luchaba contra esa atracci6n.

Ahora el jardín estaba en sombra. Francesca llevaba una cascada cazuela de esmalte blanco. Recogió zanahorias y perejil, nabos, cebollas.

Cuando volvi6 a la cocina, Robert Kincaid estaba colocando nuevamente el equipo en las bolsas. Con cuidado y precisi6n, observ6 Francesca. Evidentemente, había un lugar para cada cosa y cada cosa estaba en su lugar. Robert había terminado su cerveza y había abierto dos m6s, aunque Francesca a ún no había terminado la suya. Entonces, ella ech6 la cabeza hacia atr6s, vaci6 la botella y se la entreg6.

—¿Puedo hacer algo? —pregunt6 6l.

—Puedes traer el mel6n del porche y unas patatas de ese balde que est6 allí.

6l se movi6 con tanta agilidad que a Francesca le asombr6 el poquísimo tiempo que tard6 en ir al porche y volver, con el mel6n bajo el brazo y cuatro patatas en las manos.

—¿Bastar6n?

Asinti6, pensando que 6l tenía algo fantasmal. Dej6 las patatas y el mel6n junto al fregadero donde ella limpiaba las verduras y volvi6 a su silla, encendiendo un *Carne!* mientras se sentaba.

—¿Cuánto tiempo estar6s por aquí? —pregunt6 Francesca, mirando las verduras que limpiaba.

—No estoy seguro. No tengo mucha prisa, no debo entregar las fotos de los puentes hasta dentro de tres semanas. Me quedaré hasta que acabe el trabajo, supongo. Probablemente ser6 una semana.

—¿D6nde te alojas? ¿En la ciudad?

—SÍ, en un peque ño lugar con cabañas. «Motor Court» no sé qu6 m6s. He llegado esta ma ñana. Ni siquiera he sacado todavía mis cosas del coche.

—Es el ú nico hotel que hay, excepto el de la se ñora Carison, que aloja pensionistas. Los restaurantes no te gustar6n, especialmente por tu forma de comer.

—Lo sé. Es una vieja historia. Pero he aprendido a arregl6rmelas. En esta 6poca del a ño no es tan dif ícil; encuentro productos frescos en tiendas y en puestos por el camino. Pan y otras cosas, y m6s o menos me arreglo. Pero es bueno que a uno lo inviten como tú lo haces ahora. Yo lo agradezco mucho.

Francesca extendi6 la mano sobre la repisa y encendi6 una peque ña radio con s6lo dos diales y con unos altavoces cubiertos por una tela beige.

«Siéntate a mi lado, tan cerca como el aire», cant6 una voz, acompa ñada del rasgueo de las guitarras. Francesca dej6 la radio a

bajo volumen.

—Soy bastante bueno para picar verduras —ofreció él.

—Bueno, ahí está la tabla de madera; debajo, en el cajón, hay un cuchillo. Voy a hacer un guiso, de manera que tienes que cortarlas en cubos.

Él estaba a medio metro de ella, mirando hacia abajo, cortando las zanahorias y los nabos, el apio y las cebollas. Francesca pelaba patatas en el fregadero, consciente de estar muy cerca de un hombre extraño. Nunca se le había ocurrido que pelar patatas podía provocar esas pequeñas sensaciones extrañas.

—¿Tocas la guitarra? He visto el estuche en tu camión.

—Un poquito. Me hace compañía, no es más que eso. Mi esposa fue una cantante folk de la primera época, mucho antes de que esa música se hiciera popular, y me enseñó algo.

Francesca se había puesto un poco rígida al oír la palabra «esposa», no sabía bien por qué. Tenía derecho a estar casado, pero de alguna manera eso no encajaba con él. Ella no quería que estuviese casado.

—Mi esposa no soportaba mis viajes, ni que yo pasara meses fuera. No la critico. Me dejó hace nueve años. No tuvimos hijos, así que no fue complicado. Se llevó una guitarra y me dejó otra a mí.

—¿La has vuelto a ver?

—No, nunca. —Eso fue todo lo que dijo.

Francesca no insistió. Pero se sintió mejor, egoístamente, y otra vez se preguntó por qué le importaba el asunto, ya fuese de una u otra manera.

—He estado dos veces en Italia —dijo Robert—. ¿Dónde naciste tú?

—En Nápoles.

—No he ido nunca a Nápoles. Estuve una vez en el norte, fotografiando el río Po. Y, otra vez, para otro trabajo, en Sicilia.

Francesca pelaba patatas pensando en Italia y sintiendo la presencia de Robert Kincaid.

Las nubes se habían acumulado en el oeste dividiendo el sol en rayos que se extendían en varias direcciones. Robert miró por la ventana que estaba encima del fregadero y dijo:

—La luz de Dios. A las fábricas de calendarios les encanta. Y a las revistas religiosas.

—Tu trabajo parece interesante —dijo Francesca. Sentía la necesidad de mantener la conversación en un terreno neutro.

—Lo es. Me gusta muchísimo. Me gusta el camino y me gusta hacer fotos.

Ella advirtió que decía «hacer» fotos.

—¿Tú «haces» fotos, no las tomas?

—Así es. Al menos así es como me gusta pensado. Ésa es la diferencia entre los que sacan instantáneas los domingos y los fotógrafos profesionales. Cuando haya terminado con el puente que vimos hoy, no tendrá el aspecto que tú piensas. Lo habré convertido en algo mío, por la elección de la lente, o el ángulo de la cámara, o la composición general, o probable mente por la combinación de todo eso. Yo no me limito a tomar las cosas como se presentan; trato de

convertidas en algo que refleje mi conciencia personal, mi espíritu. Trato de encontrar la poesía en la imagen. La revista tiene su propio estilo y sus exigencias, y yo no siempre estoy de acuerdo con el gusto del editor; en realidad, casi nunca lo estoy. Y eso les molesta, aunque ellos deciden lo que guardan y lo que suprimen. Supongo que conocen a sus lectores, pero a mí me gustaría que, de vez en cuando, se arriesgaran un poco. Se lo digo y les molesta. Ése es el problema de ganarse la vida con el arte. Siempre se trabaja con mercados, y los mercados, los mercados masivos, están diseñados para satisfacer un gusto intermedio. Ahí están los números. Supongo que es la realidad. Pero, como te dije, puede limitar mucho. Me permiten conservar las fotos que no publican, de manera que al menos tengo mis propios archivos privados con el material que me gusta. Y, de tanto en tanto, otra revista compra alguna de esas fotos, o puedo escribir un artículo sobre un lugar donde he estado e ilustrado con poco más de audacia de lo que le gusta al *National Geographic*.

«Un día, escribiré un ensayo titulado *Las virtudes del amateurismo*, para todos aquellos que desean ganarse la vida con el arte. El mercado mata más pasión artística que cualquier otra cosa. Para la mayoría de la gente representa la seguridad. Quieren seguridad; las revistas y los fabricantes les dan seguridad, les dan homogeneidad, les dan lo conocido y lo cómodo, no los desafían. Las ganancias y las suscripciones y todo eso domina el arte. Todos estamos atados a la gran rueda de la uniformidad.

»Los responsables de márketing siempre hablan de los "consumidores". Cuando oigo esta palabra, me imagino a un hombrecito gordo en bermudas, con camisa hawaiana y un sombrero de paja del que cuelgan abridores para latas de cerveza, y con montones de dólares en sus puños cerrados.

Francesca se rió suavemente, pensando en la seguridad y en la comodidad.

—Pero me quejo demasiado. Como te dije, viajar es agradable, y a mí me gusta jugar con las cámaras y estar al aire libre. La realidad no es exactamente lo que prometía la canción, pero la canción no es mala.

Francesca suponía que, para Robert Kincaid, eso era una charla sobre temas cotidianos. Para ella era un tema literario. La gente de Madison County no hablaba así, ni de esas cosas. Ellos hablaban del tiempo y de los precios de los productos de la granja, de los recién nacidos y de los funerales, de los programas del gobierno y de los equipos de deporte. No del arte y los sueños. No de las realidades que hacían cesar la música y encerraban los ideales en una caja.

Robert terminó de cortar las verduras.

—¿Algo más que pueda hacer?

Ella dijo que no con la cabeza.

—No. Está todo bajo control.

Él volvió a sentarse a la mesa. Fumaba y tomaba un trago de cerveza de vez en cuando. Ella cocinaba y bebía entre una tarea y otra. Sentía los efectos del alcohol a pesar de que no había bebido casi

nada. La víspera de año nuevo, en la Legion Hall, ella y Richard bebían unas copas. Pero no solía beber, y casi nunca había bebidas alcohólicas en casa. Sin embargo, hacía algún tiempo, Francesca había comprado una botella de coñac con la esperanza de resucitar el amor en sus vidas campesinas. La botella todavía estaba sin abrir.

Aceite vegetal, una taza y media de verduras. Cocinar hasta que estén doradas. Agregar harina y mezclar bien. Agregar un cuarto de litro de agua. Agregar las verduras que quedan y los condimentos. Cocinar a fuego lento unos cuarenta minutos.

Mientras las verduras se cocían Francesca volvió a sentarse frente a él. En la cocina se respiraba una cierta intimidad, que de alguna manera se producía por estar guisando. Preparar la cena para un desconocido, que había estado cortando nabos junto a ella, borraba en parte el sentimiento de extrañeza. Y, al no estar cohibidos, había un espacio para la intimidad. Robert le acercó los Camel con el encendedor sobre el paquete. Ella sacó uno, manipuló el encendedor, se sintió torpe. No lograba encenderlo. Él sonrió un poco, cogió cuidadosamente el encendedor de la mano de ella y movió dos veces la ruedecita hasta que surgió la llama. Lo sostuvo para que ella encendiera el cigarrillo. Cuando estaba con hombres, Francesca se sentía agraciada en comparación con ellos. Pero con Robert Kincaid no.

El sol blanco se había puesto rojo sobre los campos de maíz. Por la ventana de la cocina se veía un halcón volando en las primeras ráfagas del anochecer. Por la radio daban las noticias de las siete y un resumen de la bolsa. Y Francesca miraba, por encima de la formica amarilla, a Robert Kincaid, que había llegado desde tan lejos a su cocina. Un largo camino que no se contaba sólo en kilómetros.

—Ya huele bien —dijo Robert, señalando la olla—. Es un olor tranquilo. —La miró.

—¿Tranquilo? ¿Existe un olor tranquilo? Pensaba en la frase, intentaba contestarse.

Él tenía razón. Después de las chuletas de cerdo y los asados que cocinaba para su familia, eso era un guiso tranquilo. No había violencia en ningún punto de la cadena alimenticia, excepto en el hecho de arrancar los vegetales. El guiso se preparaba lentamente y olía a tranquilidad. Se estaba tranquilo ahí, en la cocina.

—Si no te molesta háblame un poco de tu vida en Italia.

Estaba estirado en la silla, con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda a la altura de los tobillos.

A Francesca le inquietaba el silencio cuando estaba con él, de manera que habló. Le habló de cuando era niña, de la escuela primaria, de las monjas, de su padre, que era gerente de un banco, de su madre, que era ama de casa. Le contó que cuando era adolescente iba al malecón a ver los barcos de todo el mundo. Le habló de los soldados norteamericanos que llegaron después. De cómo conoció a Richard, en un café donde estaba con unas amigas. La guerra había destrozado sus vidas, no sabían si algún día se casarían. No mencionó a Niccolo.

Él escuchaba en silencio, indicando de vez en cuando con un gesto de la cabeza que entendía, que comprendía. Cuando por fin ella hizo una pausa, dijo;

—¿Y me dices que tienes hijos?

—Sí. Michael, de diecisiete, y Carolyn de dieciséis. Los dos van al colegio en Winterset. Están en el instituto de formación profesional agraria; pero se han ido a la feria estatal de Illinois a exhibir el novillo de Richard. Nunca he podido llegar a entender, a adaptarme a la forma en que prodigan amor y cuidados a los animales que luego venden para sacrificar. Pero no me atrevo a decir nada. Richard y sus amigos caerían sobre mí como rayos. Creo que es contradictorio, que hay algo frío e insensible en ello.

Se sintió culpable al mencionar el nombre de Richard. No había hecho nada, nada en ah salmo. Sin embargo se sentía culpable por la lejana posibilidad de que ocurriera algo. Y se preguntó cómo lo llevaría el resto de la noche y si no se habría metido en algo que no podría controlar. Tal vez Roben Kincaid se iría. Parecía muy tranquilo, bastante simpático, hasta un poco tímido.

Mientras hablaban el anochecer tomó un tono azul, con una ligera niebla sobre la hierba de la pradera. Roben abrió otras dos cervezas mientras el guiso de Francesca se cocinaba, lentamente. Francesca se levantó, dejó caer las bolas de masa en agua hirviendo, se volvió y se apoyó en el fregadero, sintiéndose conmovida por Robert Kincaid, de Bellingham. Esperaba que no se fuera demasiado temprano.

Él se sirvió dos veces, con buenos modales, y le dijo dos veces que estaba excelente. El melón estaba perfecto; la cerveza muy fría. La noche azul. Francesca Johnson tenía cuarenta y cinco años, y en la radio de su cocina, Hank Snow cantaba una canción por la emisora KMA de Shenandoah, Iowa.

## **Antiguas noches, música lejana**

---

¿Y ahora?, pensó Francesca. Habían terminado de comer, y estaban ahí sentados.

Él hizo una sugerencia.

—¿Vamos a caminar por la pradera? Está un poco más fresco. — Cuando ella dijo que sí, sacó una cámara de una de las bolsas y se echó la correa al hombro.

Kincaid abrió la puerta del porche de atrás y la sujetó para que ella pasara, la siguió afuera y cerró la puerta con suavidad. Caminaron por el sendero agrietado, por el patio de grava, y siguieron por los pastos al este del cobertizo de las máquinas. El cobertizo olía a grasa tibia.

Cuando llegaron al cerco, Francesca sostuvo el alambre de púa con una mano y pasó por encima, sintiendo el rocío en los pies, alrededor de las estrechas tiras de las sandalias. Robert ejecutó la misma maniobra, pasando fácilmente las botas sobre el alambre.

—¿A esto lo llamas pradera o pastizal?

—Pradera, creo. El ganado mantiene corto el pasto. Cuidado con el estiércol.

Por el este ascendía una luna casi llena, que se había vuelto azulada ahora que acababa de ocultarse el sol. Un coche pasó por el camino como una exhalación, y se oyó el ruido sordo de la bocina. El chico de los Clark. Cuarto trasero en el equipo de Winterset. De novio con Judy Leverenson.

Hacía mucho tiempo que Francesca no daba un paseo así. Después de la cena, que era siempre a las cinco, venían las noticias por televisión, luego los programas de la noche, que miraban Richard y sus hijos después de hacer los deberes. En general Francesca leía libros de la biblioteca de Winterset y del círculo de lectores al que pertenecía —historia, poesía y acción— en la cocina o en el porche delantero, cuando hacía buen tiempo. La televisión la aburría.

Cuando Richard la llamaba: «¡Frannie, tienes que ver esto!», iba y se sentaba un momento con él. Elvis siempre suscitaba esas llamadas. También los Beatles, cuando aparecieron por primera vez en *El show de Ed Sullivan*. Richard les miraba el pelo y sacudía la cabeza con aire de desaprobación,

Durante un momento, surgieron estrías rojas en una parte del cielo.

—A eso yo lo llamo «el salto» —dijo Robert—. Casi toda la gente guarda la cámara demasiado temprano. Después de la puesta de sol, siempre hay unos minutos en los que la luz es magnífica y el cielo tiene un hermoso color, justo cuando el sol acaba de esconderse en el horizonte y sigue difundiendo su luz.

Francesca no respondió, intrigada por ese hombre que daba importancia a la diferencia entre un pastizal y una pradera, que se entusiasmaba por el color del cielo, que escribía un poco de poesía pero no mucha ficción. Que tocaba la guitarra, se ganaba la vida con las imágenes y llevaba su equipo de trabajo en mochilas. Que era como el viento, Y se movía como el viento. Que venía del viento, tal vez.

Robert miró hacia arriba, con las manos en los bolsillos de los Levi's, la cámara colgando contra la cadera izquierda.

—«...las manzanas de plata de la luna, las manzanas de oro del sol». —Su voz de barítono dijo las palabras como un actor profesional.

Ella lo miró.

—W. B. Yeats, *Canción de Aengus vagabundo*.

—Exacto. Buen material, el de Yeats. Realismo, economía, sensualidad, belleza, magia. Cuadra con mi herencia irlandesa.

Lo había dicho todo con cinco palabras. Francesca se había esforzado por explicar Yeats a los alumnos de Winterset, pero no lograba conectar con la mayoría de ellos. Había citado a Yeats en parte por lo que acababa de decir Kincaid, pensando que esas cualidades atraerían a esos adolescentes, físicamente adultos, tanto como la banda marcial del colegio en los descansos. Pero ni siquiera Yeats podía superar sus prejuicios contra la poesía, que consideraban poco viril.

Recordaba a Matthew Clark, mirando al chico que estaba a su lado, ahuecando las manos como para oprimir los pechos de una mujer, mientras ella leía: «...las manzanas de oro del sol». Soltaron risitas, y las chicas detrás suyo se ruborizaron.

Conservarían esas actitudes toda la vida. Eso la desalentó, saberlo y sentirse comprometida y sola a pesar de la simpatía aparente de la comunidad. Allí los poetas no eran bien recibidos. A la gente de Madison County le gustaba decir, para compensar el sentido de inferioridad cultural que se atribuían a sí mismos: «Éste es un buen lugar para criar niños». Y Francesca siempre tenía ganas de responder: «Pero ¿es un buen lugar para criar adultos?».

Sin darse cuenta habían caminado lentamente por la pradera un largo trecho; entonces, volvieron sobre sus pasos hacia la casa. Ya estaba oscuro cuando pasaron por el cerco, que esta vez él sostuvo para que pasara ella.

Francesca recordó el coñac.

—Tengo coñac. ¿O quieres café?

—¿Hay alguna posibilidad de que sean las dos cosas? —Sus palabras llegaban en la oscuridad. Ella sabía que él estaba sonriendo.

Cuando llegaron al círculo de luz que el farol del patio proyectaba en la hierba y en la grava, ella respondió:

—Por supuesto —y percibió en propia su voz un sonido que la perturbó. Era el sonido de las risas espontáneas en los cafés de Nápoles.

Le costó encontrar dos tazas que no tuviesen rajadas. Aunque sabía que las tazas con bordes rotos eran parte de la vida de Robert, esa vez quería tazas perfectas. Habían dos copas de coñac, vueltas hacia abajo, en el fondo del armario; nunca se habían usado, ni tampoco la botella de coñac. Tuvo que ponerse de puntillas para alcanzadas y se dio cuenta de que tenía las sandalias mojadas y los tejanos muy ajustados al trasero.

Él estaba sentado en el mismo sillón de antes, y la observaba. Las cosas de siempre. Las cosas de siempre que volvían a él. Se preguntó cómo sería su cabello al tacto, como apoyaría la mano en la curva de su espalda, qué sentiría al tener a debajo de él.

Los viejos hábitos que trataban de imponerse a todo lo que había aprendido, a la «buena conducta» impuesta por siglos de cultura, a las duras reglas del hombre civilizado. Trató de pensar en otra cosa, en la fotografía, o en el camino o en los puentes cubiertos. En cualquier cosa menos en el aspecto de Francesca, en ese momento.

Pero fracasó, y volvió a pensar en cómo sería tocar su piel, apoyar su vientre contra el de ella. Las eternas preguntas, siempre las mismas. Los malditos viejos hábitos que luchaban por subir a la superficie. Los rechazó, los empujó hacia abajo, encendió un Camel y respiró hondo.

Ella sentía constantemente la mirada de él, aunque su forma de mirar era circunspecta, nunca directa, nunca invasora. Sabía que él sabía que nunca se había servido coñac en esos vasos. Y con el sentido irlandés de lo trágico que él tenía, Francesca no ignoraba

tampoco que Robert sentía algo acerca de ese vacío. No era lástima. No se trataba de eso. Tristeza, tal vez. Casi oía la mente de él que formaba las palabras:

*la botella sin abrir,  
las copas vacías,  
ella se estiró para alcanzarlas  
en un lugar al norte de Middle River  
en Iowa.  
La miré con ojos  
que habían visto el Amazonas del jíbaro  
y el camino de seda  
con el polvo de la caravana  
alzándose a mis espaldas,  
hasta los espacios vírgenes  
del cielo de Asia.*

Mientras quitaba el sello de Iowa de la botella de coñac, Francesca miró sus uñas y se lamentó de que no estuvieran más largas y cuidadas. La vida en la granja no permitía uñas largas. Hasta entonces no le había importado.

La botella de coñac y dos vasos sobre la mesa. Mientras preparaba el café, Robert abrió la botella y sirvió la cantidad justa en los dos vasos. No era la primera vez que Robert Kincaid servía coñac después de la cena.

Francesca se preguntó en cuántas cocinas, en cuántos buenos restaurantes, en cuántas habitaciones con luces tenues había realizado ese pequeño gesto. Cuántas manos con uñas largas —apoyadas en los pies de las copas, delicadamente dirigidas hacia él— había mirado, cuántos pares de ojos azules o de oblicuos ojos castaños lo habrían mirado en noches extranjeras, mientras veleros anclados se balanceaban cerca de una costa y el agua golpeaba contra los muelles de antiguos puertos.

La luz en el techo de la cocina era demasiado fuerte para el café y el coñac. Francesca Johnson, la esposa de Richard Johnson, la dejaría encendida; Francesca Johnson, una mujer que caminaba por la pastura después de la cena evocaba sus sueños de muchacha, la apagaría. Lo mejor sería encender una vela, pero eso sería demasiado. Robert podría interpretarlo mal. Francesca encendió una pequeña luz encima del fregadero y apagó la del techo. No era la solución perfecta, pero así estaba un poco mejor.

Él levantó la copa para un brindis y la acercó a ella.

—Por las noches antiguas y la música lejana.

Por alguna razón, esas palabras le aceleraron la respiración. Pero Robert chocó su copa con la suya, y aunque ella quería decir: «Por las noches antiguas y la música lejana», se limitó a sonreír.

Los dos fumaron en silencio y bebieron el café y el coñac. Se oyó el grito de un faisán a lo lejos, en el campo. Jack, el collie, ladró dos veces en el patio. Los mosquitos golpeaban la red metálica de la

ventana que había cerca de la mesa, y una sola mariposa nocturna, con vuelo tortuoso pero instinto seguro, fue atraída por las posibilidades de luz de la bombilla del fregadero.

Todavía hacía calor, no había brisa, y estaba un poco más húmedo. Robert Kincaid sudaba ligeramente; los dos primeros botones de su camisa estaban desabrochados. No miraba directamente a Francesca, pero ella sentía que estaba dentro de su campo de visión, aunque parecía mirar por la ventana. Desde su sitio, Francesca alcanzaba a ver el pecho y las gotitas de sudor en la piel.

Francesca sentía cosas agradables, viejas sensaciones unidas a la música y a la poesía. Pero pensó que era hora de que él se fuese. El reloj sobre la nevera indicaba las nueve y cincuenta y dos. Por la radio se oía la voz de Faron Young. Una melodía de años atrás, *El santuario de Santa Cecilia*. Una mártir romana del siglo III después de Cristo, recordó Francesca. Patrona de la música.

La copa de Robert estaba vacía. Cuando él dejó de mirar por la ventana, Francesca cogió la botella de coñac y la acercó a la copa. Él hizo un gesto negativo.

—Roseman Bridge a la madrugada. Será mejor que me vaya.

Ella se sintió aliviada. Pero también sufrió una decepción. Se sentía perpleja, Sí, por favor vete. Toma un poco más de coñac. Quédate. Vete. A Faron Young no le importaba lo que sentía Francesca. Ni a la polilla que giraba alrededor de la lamparita del fregadero. Francesca no sabía muy bien qué pensaba Robert Kincaid.

Él se levantó, se echó una de las bolsas sobre el hombro izquierdo y puso la otra sobre la nevera. Ella se acercó a él. Él le dio la mano, y ella la cogió.

—Gracias por esta noche, por la cena, por el paseo. Todo ha sido muy agradable. Eres una buena persona, Francesca. Deja el coñac en la parte delantera del armario. Con el tiempo tal vez dé resultado.

Como había pensado Francesca, él comprendía. Pero no se ofendió con sus palabras. Él hablaba de amor, y de la mejor manera posible. Ella lo percibía por la suavidad del lenguaje, la forma en que decía las palabras. Lo que no sabía era que él quería gritarles a las paredes de la cocina, estampando las palabras como un bajorrelieve en el yeso: «Por Dios, Richard Johnson, ¿de veras eres tan estúpido como pienso que eres?»

Francesca lo siguió hasta la camioneta y se quedó ahí de pie mientras él guardaba el equipo. El collie cruzó el patio y se puso a olisquear alrededor de la camioneta.

—Jack, ven aquí—murmuró de inmediato Francesca, y el perro se echó junto a ella, jadeando.

—Adiós. Cuídate —dijo Robert, deteniéndose un momento junto a la puerta de la furgoneta para mirada a los ojos.

Luego, con un solo movimiento, se sentó al volante y cerró la puerta. Puso en marcha el motor, pisó el acelerador y arrancó con muchos ruidos. Se asomó por la ventanilla.

—Creo que no le vendría mal una revisión —comentó con una sonrisa.

Cogió el volante, retrocedió, cambió de velocidad y avanzó por la zona iluminada del patio. Justo antes de llegar a la parte oscura, sacó la mano izquierda por la ventanilla para saludar a Francesca. Ella también lo saludó, aunque sabía que él no podía verla.

Mientras la camioneta se alejaba por el sendero, Francesca caminó hasta la zona oscura, mirando las luces rojas que subían y bajaban en los baches. Robert Kincaid dobló a la izquierda y tomó el camino principal hacia Winterset, mientras relámpagos de una tormenta de verano cruzaban el cielo y Jack iba cansadamente hacia el porche de atrás.

Momentos después, Francesca se contemplaba en el espejo de la cómoda, desnuda. Las caderas apenas ensanchadas por la maternidad, los pechos todavía bellos y firmes, no demasiado grandes, el vientre apenas redondeado. No se veía las piernas en el espejo, pero sabía que se conservaban bien. Pensó que debería depilarse más a menudo, pero no le encontraba mucho sentido.

A Richard le interesaba el sexo sólo de vez en cuando, más o menos cada dos meses; pero todo terminaba muy rápido, y era rudimentario y nada excitante, y a él no parecían importarles mucho los perfumes o la depilación o cosas parecidas. Era fácil caer en cierta dejadez.

Francesca era más que nada una socia comercial de Richard. Una parte de ella valoraba esa relación. Pero, dentro de Francesca, bullía otra persona que quería bañarse y perfumarse, y quería que una fuerza que sentía, pero que no podía nombrar ni aun confusamente, la apresara, la llevara a otra parte, le arrancara la vieja piel.

Se vistió y se sentó a la mesa de la cocina, y escribió algo en media hoja de papel corriente. Jack la siguió hasta la camioneta Ford y saltó junto a ella cuando abrió la puerta. Se sentó en el asiento delantero y sacó la cabeza por la ventanilla mientras Francesca retrocedía para salir del cobertizo. El perro la miró; luego volvió a mirar por la ventanilla, mientras ella doblaba a la derecha para coger la carretera.

Roseman Bridge estaba a oscuras. Pero Jack corrió adelante, controlándolo todo, mientras Francesca bajaba de la camioneta con una linterna. Fijó la nota a la izquierda de la entrada del puente y volvió a su casa.

## **Los puentes del martes**

---

Robert Kincaid pasó junto al buzón de Richard Johnson una hora antes del amanecer; comía una manzana acompañada de una tableta de chocolate blanco, y sostenía un vasito de café entre las rodillas para que no se volcara. Miró la casa blanca a la tenue luz de la luna y sacudió la cabeza pensando en la estupidez de los hombres, de algunos hombres, de la mayoría de los hombres. Al menos podrían beber coñac y no golpear la puerta de alambre al salir.

Francesca oyó el motor desafinado. Estaba en la cama; había

dormido desnuda después de muchísimo tiempo de no hacerlo. Imaginaba los cabellos de Kincaid al viento que entraba por la ventanilla, ya él con una mano en el volante y en la otra un Camel.

Oyó esfumarse el ruido de los neumáticos en dirección a Roseman Bridge. Y las palabras del poema de Yeats comenzaron a fluir en su mente: «Fui al bosque de avellanos, porque tenía un incendio en la cabeza...». El tono era un poco el de una profesora y un poco el de una mujer que implora.

Robert dejó la camioneta lejos del puente para que no interfiriera en sus composiciones. Del pequeño espacio detrás del asiento sacó un par de botas de goma; se sentó en el estribo a quitarse las de cuero para ponerse las otras. Con una de las mochilas en la espalda, el trípode colgado del hombro izquierdo por la correa de cuero, el otro en la mano derecha, inició el descenso por la empinada pendiente de la orilla.

Quería poner el puente en un ángulo para dar tensión a la composición, sacar al mismo tiempo una parte del arroyo y que no aparecieran las pintadas de las paredes cerca de la entrada. Los cables de teléfono en el fondo también constituían un problema, pero podía resolverse con un cuidadoso encuadre.

Sacó la Nikon y la colocó en el pesado trípode. Ahora se veía una luz gris por el este, y Robert comenzó a preparar la composición. Movié el trípode, reajustó las patas.

Ascendía un color rojizo, el cielo se iluminaba. El cuarenta por ciento del sol estaba sobre el horizonte, la vieja pintura del puente adquiriría una tonalidad roja, cálida, precisamente lo que quería Robert.

Una segunda exposición. En el momento en que soltó el obturador, algo le sorprendió. Volvió a mirar por el visor. ¿Qué diablos hay en la entrada del puente?, se preguntó. Un pedazo de papel. No estaba allí el día anterior.

Se aseguró de que el trípode estuviera firme y echó a correr por la orilla mientras a sus espaldas salía el sol con rapidez. El papel estaba cuidadosamente fijado en el puente. Lo arrancó y metió el papel y la tachuela en el bolsillo del chaleco. Volvió a la orilla, bajó y se colocó detrás de la cámara. El sesenta por ciento del sol había salido.

Robert jadeaba después de la carrera. Sacó otra foto. No había viento, la hierba estaba inmóvil. Repitió todo el proceso. Llevó el trípode y la cámara en medio del arroyo, los acomodó, sacó una fotografía y se acercó al puente, remontando el riachuelo.

Regresó a la orilla, cruzó el puente corriendo con el equipo a cuestas, echándole una carrera al sol. Ahora la foto más difícil: coger la segunda cámara con la película más rápida, colgarse las dos cámaras del cuello, trepar al árbol detrás del puente. Se raspó el brazo con la corteza, «¡Caray!», masculló. Estaba bastante alto y, más abajo, veía el puente; desde ese ángulo el sol daba en el agua. Tomó nueve fotos. Cambió de cámara y de película. Hizo doce fotos más.

Bajó del árbol. Bajó hasta la orilla. Sacó una tercera cámara de la mochila. Después de veinte minutos de trabajo intenso como sólo lo conocen los soldados, los cirujanos y los fotógrafos, Robert Kincaid

metió las mochilas en la camioneta y volvió por la misma carretera que lo había traído. Si se daba prisa, en quince minutos podía llegar al puente Hogbach, al noroeste de la ciudad, y tomar algunas fotos más.

Levantaba el polvo; encendió un Camel. La furgoneta corría velozmente, pasó frente a la casa de madera blanca, el buzón de Richard Johnson. No había señales de Francesca. ¿Qué esperabas? Está casada, se porta bien. Tú te portas bien. Quién necesita ese tipo de complicaciones. Una noche estupenda, buena cena, bonita mujer. Dejémoslo así. Dios mío, es hermosa y tiene un no sé qué. Algo. Me cuesta dejar de mirada.

Francesca estaba atareada en el granero cuando él pasó como una tromba delante de la casa. Los ruidos del ganado ahogaban cualquier sonido procedente de la carretera. Y Robert Kincaid iba hacia Hogback Bridge, persiguiendo la luz, compitiendo con el tiempo.

Todo salió bien en el segundo puente, que estaba en un valle, todavía rodeado de niebla cuando llegó Robert.

La lente de trescientos milímetros le daba un sol grande en la parte superior izquierda del encuadre, y la foto incluía el sinuoso camino entre las rocas y el puente mismo.

Luego vio a un granjero en un carro tirado por dos percherones de color castaño claro en el camino blanco. Uno de los últimos muchachos de ese estilo, pensó Kincaid con una sonrisa. Sabía reconocer cuándo las fotos iban a ser buenas, y mientras trabajaba veía ya cuál sería el producto final. En las tomas verticales dejó un poco de luz para el título.

Cuando plegó el trípode a las ocho y treinta y cinco se sentía contento. Del trabajo de esa mañana podría guardar muchas fotos. Era un material bucólico, conservador, pero hermoso y sólido. Las fotos del granjero y de los caballos podían servir hasta para una portada; por eso había dejado un espacio en la parte superior para las letras y el logotipo. A los editores les gustaba ese tipo de artesanía cuidadosa. Por eso Robert Kincaid siempre tenía trabajo.

Había usado los siete rollos de película o parte de ellos, descargado las tres cámaras, y metió la mano en el bolsillo inferior izquierdo del chaleco para sacar los cuatro carretes que quedaban. «¡Mierda!» Se había pinchado el dedo índice con la tachuela. Había olvidado que la había guardado en su bolsillo después de retirar el papel de Roseman Bridge. De hecho, hasta había olvidado el papel. Lo sacó, lo abrió y lo leyó:

«Si quieres cenar otra vez *cuando las mariposas nocturnas estén en vuelo*, ven esta noche al terminar. A la hora que deseas.»

No pudo evitar sonreír un poco, imaginando a Francesca Johnson con la nota y la tachuela, conduciendo la camioneta en la oscuridad hasta el puente. En cinco minutos estuvo de vuelta al pueblo. Mientras el empleado de Texaco llenaba el depósito y controlaba el aceite, Kincaid habló por el teléfono público de la estación de servicio. La delgada guía telefónica estaba manchada por las manos grasientas de los mecánicos. Había dos Johnson R., pero uno vivía en la ciudad.

Marcó el número rural y esperó. Francesca estaba dándole de comer

al perro en el porche de atrás cuando sonó el teléfono en la cocina. Dejó que sonara dos veces y luego atendió:

—Familia Johnson.

—Hola, habla Robert Kincaid. —Francesca sintió que algo daba un salto dentro de su pecho y le caía en el estómago—. Tengo tu nota. Acepto la invitación, pero es posible que llegue tarde. El tiempo es bastante bueno, así que pienso fotografiar el... veamos, ¿cómo se llama?... el Cedar Bridge... esta noche. Puede que termine después de las nueve. Y entonces habrá que hacer un poco de limpieza. De manera que no llegaría antes de las nueve y media o diez. ¿No importa?

Sí, importa. Ella no quería esperar tanto tiempo, pero se limitó a decir:

—Ah, perfecto. Lo que importa es que hagas tu trabajo. Prepararé algo que se pueda calentar fácilmente cuando llegues.

Él enseguida añadió:

—Si quieres venir mientras trabaje, ven. No me molestará, puedo pasar a buscarte a las cinco y media.

La mente de Francesca estudió el problema. Quería ir con él. Pero ¿y si la veía alguien? ¿Qué podía decirle a Richard si se enteraba?

Cedar Bridge estaba a unos cincuenta metros río arriba, paralelo al nuevo camino y su puente de hormigón. No era fácil que la vieran. ¿O sí? Se decidió en menos de dos segundos.

—Sí, me gustaría. Pero iré en la camioneta y me encontraré contigo allí. ¿A qué hora?

—A eso de las seis. Hasta entonces, ¿de acuerdo? Hasta luego.

Robert pasó el resto del día en las oficinas del diario local, revisando viejas ediciones. Era una bonita ciudad, con una bonita plaza frente a los Tribunales. Se sentó allí y almorzó fruta y pan, y una Coca-Cola que había comprado en el café de enfrente.

Había entrado a buscar la bebida poco después del mediodía. Como sucede en los salones del Lejano Oeste al aparecer el pistolero, cesaron todas las conversaciones por un momento y todos lo miraron. Le molestó, se sintió azorado; pero era el procedimiento habitual en los pueblos pequeños. ¡Alguien nuevo!, ¡distinto! ¿Quién es? ¿Qué hace aquí?

Parecen ardillas, pensó.

—Dicen que es fotógrafo. Lo vieron en Hogback Bridge esta mañana con toda clase de cámaras.

—En su camioneta pone que es del estado de Washington, del oeste.

—Estuvo toda la mañana en el diario. Jim dice que está buscando información sobre puentes cubiertos.

—Sí, el joven Fisher de Texaco dijo que estuvo ayer y pidió indicaciones para ir a todos los puentes cubiertos.

—¿Pero para qué quiere saber algo sobre esos puentes?

—¿Y por qué a alguien le puede interesar sacarles fotos? Se están cayendo a pedazos.

—Ése sí que lleva el pelo largo. Parece uno de esos Beatles, o los

otros, no me acuerdo cómo se llaman... hippies, ¿no? —esto provocó risas en el compartimiento del fondo y en la mesa de al lado.

Kincaid compró la Coca-Cola y se fue. Tal vez había cometido un error al invitar a Francesca, un error por ella, no por él. Si la veía alguien en Cedar Bridge, el rumor llegaría al café a la mañana siguiente, a la hora del desayuno, transmitido por el joven Fisher de la Texaco después de recibir información de los transeúntes. Tal vez incluso antes.

Robert había aprendido a no subestimar nunca la rápida transmisión de las noticias triviales en los pueblecitos. Dos millones de niños podían estar muriéndose de hambre en Sudán, y eso no revolvía la conciencia de nadie. Pero ver a la esposa de Richard Johnson con un desconocido de pelo largo... ¡qué noticia! Una noticia para pasar, para masticar, una noticia que despierta una vaga sensación física en la mente de quienes la oyen, la primera y la última de ese año. Robert terminó de comer y fue hasta el teléfono público del aparcamiento del juzgado. Marcó el número de Francesca. Ella respondió, algo agitada, a la tercera llamada.

—Hola, habla otra vez Robert Kincaid. Francesca sintió de inmediato un nudo en el estómago, al pensar que él le diría que no podía ir.

—Mira, francamente, si para ti es un problema venir conmigo esta tarde, considerando la curiosidad de la gente de un pueblo pequeño, no te sientas obligada. En realidad a mí me importa menos lo que piensen de mí, y me las arreglaré para ir más tarde. Lo que quiero decirte es que tal vez cometí un error al invitarte, de manera que no te sientas obligada a venir. Aunque me encantaría que estuvieras conmigo.

Ella había estado pensando más o menos lo mismo desde la conversación anterior. Pero estaba decidida.

—No, quiero verte hacer tu trabajo. No me preocupa lo que digan. —Le preocupaba, pero algo se imponía dentro de ella, algo relacionado con el riesgo. Iría a Cedar Bridge a cualquier precio.

—Magnífico. Sólo quería saberlo. Hasta luego.

—Muy bien.

Era sensible, cosa que ella ya sabía.

A las cuatro, Robert pasó por el hotel y lavó un poco de ropa en el lavabo, se puso una camisa limpia y metió otra en la furgoneta, junto con unos pantalones caqui y sandalias marrones que había comprado en la India en 1962, mientras hacía un reportaje sobre el pequeño ferrocarril de Darjaleen. Compró dos cajas de cerveza Budweiser en una taberna. Puso ocho botellas, todo lo que cabía, alrededor de la película en la nevera.

Volvía a hacer mucho calor. Los últimos rayos de sol calentaban todavía un poco más el cemento, los ladrillos y la tierra. El calor era intenso en todas las zonas orientadas al oeste.

La taberna estaba oscura y pasablemente fresca: la puerta de entrada permanecía abierta, había grandes ventiladores en el techo y hasta uno en el suelo, que giraba velozmente junto a la puerta. Pero el ruido que producían los ventiladores, el olor de la cerveza rancia, el

humo, el estruendo del tocadiscos y los rostros medio hostiles que lo contemplaban a lo largo de la barra la hacían parecer más calurosa de lo que realmente era.

Fuera, en el camino, el sol casi lastimaba, y Robert pensó en las cascadas y en los abetos del estrecho de San Juan de Fuca, cerca de Kydaka Point.

Sin embargo, Francesca Johnson no parecía tener calor. Estaba apoyada contra el parachoques de su furgoneta Ford, detrás de unos árboles, cerca del puente. Tenía puestos los mismos pantalones que le quedaban tan bien, sandalias y una camiseta blanca muy apropiada. Robert la saludó con la mano cuando paró su coche junto a la camioneta de ella.

—Hola. Me alegro de verte. Hace mucho calor —comentó él.

Charla inocua, conversación periférica. Otra vez esa vieja inquietud, que se debía a la presencia de una mujer por la que sentía algo. Nunca sabía muy bien qué decir, a menos que la conversación fuera seria. Aunque su sentido del humor estaba muy desarrollado, si bien era un poco extraño, fundamentalmente tenía una mente seria y se tomaba las cosas en serio. Su madre siempre había dicho que a los cuatro años Robert ya era un adulto. Eso le sirvió en su profesión, pero era un inconveniente cuando estaba junto a una mujer como Francesca Johnson.

—Quería verte hacer fotos.

—Bien, ahora lo verás, y te parecerá bastante aburrido. Al menos, eso le parece a otra gente. No es como escuchar a alguien que practica piano, que te permite ser parte de lo que sucede. En la fotografía la producción y la realización están separadas por un largo periodo de tiempo. Hoy, yo hago la producción. La realización sólo llega cuando las fotos se publican. Lo que verás es una serie de movimientos. Pero me encanta que estés conmigo. En realidad, me alegro mucho de que hayas venido.

Ella se aferró a esas últimas palabras. No era necesario decididas. Podía haber parado en «me encanta que estés aquí», pero no lo hizo. Se alegraba auténticamente de verla, eso estaba claro, Francesca esperaba que el hecho de que estuviera allí implicara algo parecido para él.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó, mientras Robert se ponía las botas de goma.

—Pues, puedes llevar esa bolsa azul. Yo llevaré la marrón y el trípode.

Y Francesca se transformó en ayudante de fotógrafo. Robert se había equivocado: había mucho que ver. En cierto modo, ella estaba presenciando una gran actuación, aunque él no lo percibiera. Era lo que había notado el día anterior, y parte de lo que la atraía en él. Su gracia, sus ojos rápidos, el trabajo de los músculos de sus antebrazos y, sobre todo, la forma en que movía el cuerpo. Los hombres que conocía parecían pesados en comparación con él.

No es que se apresurara. En realidad, no se apresuraba en absoluto. Tenía la agilidad de una gacela, aunque Francesca advertía

que era tan fuerte como flexible. Tal vez se pareciera más a un leopardo que a una gacela. Sí. Un leopardo, eso era. No era una presa. Todo lo contrario, sintió Francesca.

—Francesca, dame la cámara con la correa azul, por favor.

Ella abrió la mochila, procediendo de manera más que cuidadosa con el costoso equipo que él manejaba distraídamente, y sacó la cámara. Decía «Nikon» en la chapa plateada del visor; había una F a la izquierda y encima del nombre.

Robert estaba arrodillado en la parte nordeste del puente, con el trípode bajo. Extendió la mano sin apartar el ojo del objetivo y ella le dio la cámara, mirando cómo se cerraba su mano alrededor de la lente cuando sintió que estaba a su alcance. Robert tomó dos fotos.

Reemplazó la cámara que estaba en el trípode por otra. Mientras lo hacía volvió la cabeza hacia Francesca y sonrió:

—¡Gracias, eres una ayudante de primera! Ella se sonrojó un poco. Por Dios, ¿qué había en ese hombre? Era como un ser de otro mundo que hubiera llegado en la cola de un cometa y hubiera caído en la entrada de su casa. ¿Por qué no puedo decidir simplemente «De nada»?», pensó Francesca. Me siento un poco lenta cuando estoy con él, aunque no es por lo que él hace. Soy yo, no él. Simplemente no estoy acostumbrada a estar con gente cuya mente trabaja tan rápido.

Él cruzó el agua del arroyo y subió por la otra orilla. Ella atravesó el puente con la mochila azul y se quedó detrás de él, feliz, extrañamente feliz. En la forma en que él trabajaba había energía, potencia. No se limitaba a esperar a la naturaleza; la abordaba con delicadeza, conformándola con su visión, adaptándola a lo que veía en su mente.

Imponía su voluntad al escenario, enfrentando los cambios en la luz con distintas lentes, distintas películas, un filtro de vez en cuando. No sólo luchaba con las cosas, las dominaba usando su habilidad y su inteligencia. Los granjeros también dominaban la tierra con productos químicos y aplanadoras, pero la forma de cambiar la naturaleza de Robert Kincaid era elástica y, al terminar, siempre dejaba las cosas en su estado original.

Francesca vio cómo se ceñían los tejanos a los muslos de Robert cuando él se arrodilló. La camisa de dril desteñido pegada a la espalda, el cabello gris cubriendo el cuello. Lo miró apoyar las nalgas en el suelo para sentarse mientras ajustaba una parte del equipo y, por primera vez en tanto tiempo, notó humedad entre las piernas con sólo mirar a alguien. Al sentir esa humedad, miró el cielo del atardecer y respiró profundamente, oyéndolo maldecir en voz baja a un filtro atascado que no podía desatornillar de la lente.

Robert volvió a cruzar el arroyo hacia los coches, chapoteando con las botas de goma. Francesca entró en el puente cubierto y, cuando llegó al otro extremo, lo encontró agachado y con la cámara vuelta hacia ella. Soltó el obturador y, enseguida, tomó una segunda y una tercera foto mientras ella avanzaba hacia él. Ella se sintió sonreír apenas, un poco avergonzada.

—No te preocupes —bromeó él—. No las usaré en ninguna parte sin

tu permiso. Aquí ya he terminado. Creo que pasaré por el motel a lavarme un poco antes de salir.

—Bueno, como quieras, pero yo puedo prestarte una toalla y te das una ducha, o usas la bomba o lo que quieras —dijo Francesca en voz baja, con ansiedad.

—Bien, de acuerdo. Ve para allí. Cargo el equipo en Harry, así se llama mi camioneta, y voy para tu casa.

Francesca retrocedió con la nueva Ford de Richard, salió de entre los árboles, cogió el camino principal a la derecha y se dirigió a Winterset, donde cortó por el sudoeste hacia su casa. La nube de polvo que levantaba era demasiado densa como para ver si él la seguía, aunque, después de doblar una curva, creyó ver las luces de Robert más de un kilómetro atrás, saltando en la furgoneta que llamaba Harry.

Sin duda era él, porque oyó su motor por el sendero cuando llegó. Al principio Jack ladró, pero enseguida se mostró tranquilo, murmuró algo para sí; seguramente se dijo: El mismo tío que anoche, supongo que no hay problema. Kincaid se detuvo un momento a hablarle al perro.

Francesca salió por la puerta del porche de atrás.

—¿Quieres darte una ducha?

—Sería estupendo. ¿Dónde está?

Lo llevó al baño de arriba. Había logrado que Richard lo construyera cuando los chicos estaban creciendo. Fue una de las pocas exigencias en las que se mantuvo firme. Le gustaban los baños calientes y prolongados por la noche, y no quería que los adolescentes irrumpieran en sus espacios privados. Richard usaba el otro baño. Había dicho que se sentía incómodo con todas las cosas femeninas que Francesca había puesto en el suyo. «Demasiada complicación»; ésas fueron sus palabras.

Sólo se podía pasar a ese baño desde el dormitorio. Francesca abrió la puerta del baño y sacó un juego de toallas y una esponja del armario debajo del lavabo.

—Usa lo que quieras —dijo, mordiéndose un poco el labio inferior.

—Te pediría un poco de champú. El mío está en el motel.

—Cómo no. Elige. —Puso tres frascos a medio usar en el estante.

—Gracias.

Robert colocó su ropa limpia sobre la cama.

Francesca miró los pantalones caqui, la camisa blanca y las sandalias. Ninguno de los hombres del lugar calzaba sandalias. Algunos de la ciudad empezaban a usar bermudas en el campo de golf, pero los granjeros no. Y sandalias... nunca.

Francesca bajó las escaleras y oyó el ruido de la ducha. Ahora está desnudo, pensó, y sintió algo en el vientre.

Después de la llamada de Robert, había hecho los sesenta y cinco kilómetros a Des Moines para ir a la tienda de bebidas alcohólicas. No tenía experiencia en este terreno, de modo que le pidió al empleado que le recomendara un buen vino. Él no sabía más que ella; es decir, no sabía nada. De manera que Francesca recorrió las hileras de

botellas hasta dar con una etiqueta que decía: VALPOLICELLA. Recordaba esa marca de mucho tiempo atrás. Un tinto italiano, seco. Compró dos botellas de ese vino y una de coñac, sintiéndose sensual y mundana.

Luego buscó un nuevo vestido de verano en un comercio del centro. Encontró uno de color rosa pálido con tirantes estrechos. Tenía un gran escote en la espalda y también en la parte delantera, de manera que dejaba ver el nacimiento de los senos, y se ceñía en la cintura con un fino lazo. Se compró también sandalias blancas, caras, sin tacón, con delicados motivos en las correas.

Por la tarde preparó pimientos rellenos con una mezcla de salsa de tomates, arroz integral, queso y perejil picado. Luego, una simple ensalada de espinacas, pan de maíz y de postre, suflé de manzanas. Todo, excepto el suflé, fue a la nevera.

Se dio prisa para tener tiempo de acortar el vestido hasta la rodilla. El *Des Moines Register* había publicado un artículo ese mismo verano que decía que así se llevaban aquella temporada. Francesca siempre había pensado que la moda, y todo lo que ésta implica, era algo bastante extraño. La gente obedecía, sumisa, los mandatos de los diseñadores europeos. Pero las faldas más cortas le sentaban bien, de manera que subió el dobladillo.

El vino era un problema. La gente del lugar lo guardaba en la nevera, aunque en Italia nadie lo enfriaba. Pero hacía demasiado calor para dejado simplemente sobre la repisa. Entonces se acordó del sótano. Allí hacía quince grados en verano, de modo que puso la botella junto a la pared.

La ducha se cerró arriba en el mismo momento en que sonó el teléfono. Era Richard, que llamaba desde Illinois.

—¿Todo bien?

—Sí.

—El novillo de Carolyn será juzgado el miércoles. Queremos ver algunas cosas el jueves. Estaremos en casa el viernes, tarde.

—Bueno. Que os divirtáis, y conduce con cuidado.

—Frannie, ¿seguro que estás bien? Tu voz suena un poco rara.

—No, estoy bien. Hace mucho calor. Estaré mejor después de un baño.

—Bien. Dale saludos a Jack.

—Se los daré. —Francesca echó una mirada a Jack, tendido en el cemento del porche trasero.

Robert Kincaid bajó la escalera y entró en la cocina. Camisa blanca de cuello abierto, mangas arremangadas por encima del codo, pantalones ligeros color caqui, sandalias marrones, pulsera de plata. El pelo todavía estaba mojado y cuidadosamente peinado con raya al medio. Francesca admiró sus sandalias.

—Voy a llevar todos los trastos al coche y a traer el equipo para limpiado un poco.

—Adelante, voy a darme un baño.

—¿Quieres una cerveza para llevarte al baño?

—Si te sobra una.

Robert trajo primero la nevera, sacó una cerveza para Francesca y la abrió, mientras ella buscaba dos vasos altos que hicieran las veces de jarras. Cuando él volvió a la furgoneta para buscar las cámaras, ella subió con la cerveza. Se dio cuenta de que él había aseado la bañera, y tomó un gran baño caliente. Colocó el vaso en el suelo mientras se enjabonaba y se depilaba. Robert había estado ahí unos minutos antes; Francesca estaba en el lugar donde había corrido agua sobre el cuerpo de él, y le pareció muy erótico. Casi todo lo relacionado con Robert Kincaid empezaba a parecerle erótico.

Algo tan simple como un vaso de cerveza fría a la hora del baño quedaba tan elegante. ¿Por qué ella y Richard no vivían de esa manera? Parte del problema, pensó, se debía a la inercia de una convivencia prolongada. Todos los matrimonios, todas las relaciones corrían el mismo riesgo. La costumbre trae lo predecible, y lo predecible conlleva sus propias ventajas; eso también lo entendía.

Y estaba la granja, que reclamaba una atención constante, como una inválida exigente. Aunque las máquinas reemplazaban cada vez más el trabajo humano, que resultaba mucho menos agotador que en el pasado.

Pero aquí pasaba algo más. Lo predecible una cosa, el temor al cambio es otra. Y Richard tenía miedo al cambio, a cualquier tipo de cambio en su matrimonio. En general, no quería hablar de eso y, en particular, no quería hablar del sexo. En cierto modo, el erotismo era un asunto peligroso, que no se adecuaba a su manera de pensar. Pero no era el único así y, en realidad, no tenía la culpa. ¿Cuál era esa barrera contra la libertad que se había erigido allí? No sólo en la granja, sino en la vida rural. Y tal vez también en la vida urbana. ¿Por qué habían paredes y cercos que impedían las relaciones naturales entre los hombres y las mujeres? ¿Por qué esa falta de intimidad, esa ausencia de erotismo?

Las revistas de mujeres hablaban de esos temas. Y las mujeres empezaban a concebir esperanzas acerca del lugar que ocupaban en la organización general del mundo, así como acerca de lo que ocurría en los dormitorios y en sus vidas. Los hombres como Richard —la mayoría de los hombres, suponía Francesca— estaban amenazados por esas esperanzas. De alguna manera, las mujeres les pedían a los hombres que fueran poetas y, a la vez, amantes impulsivos y apasionados.

Las mujeres no veían en eso ninguna contradicción, Los hombres sí. Los vestuarios, las reuniones de hombres solos, las salas de billar y todas las reuniones que excluían a las mujeres, definían una serie de características masculinas que no dejaban sitio para la poesía ni para cualquier tipo de sutileza. Por lo tanto, si el erotismo era cuestión de sutileza, una forma de arte per se, como Francesca sabía que era, tampoco tenía ningún lugar. De modo que continuaban con esas maniobras de diversión —hábilmente oportunas— que los mantenían alejados, mientras las mujeres suspiraban y se volvían de cara a la pared en las noches de Madison County.

En la mente de Robert Kincaid, había algo que comprendía

implícitamente todo esto; Francesca estaba segura.

Mientras iba al dormitorio secándose con la toalla, se dio cuenta de que eran más de las diez. Todavía tenía calor, pero el baño la había refrescado. Sacó el vestido nuevo del armario. Cepilló sus largos cabellos negros hacia atrás y los sujetó con una hebilla de plata. Grandes aretes de plata y una pulsera de plata, de eslabones, que había comprado en Des Moines por la mañana.

Otra vez el perfume Windsong. Un poco de barra de labios en el rostro latino, de pómulos salientes, de un tono rosado más claro que el del vestido. Estaba morena por el trabajo al aire libre en pantalones cortos y top, y el bronceado hacía resaltar todo el conjunto. Sus piernas aparecían esbeltas y bonitas debajo del vestido.

Se miró en el espejo de la cómoda, moviéndose primero hacia un lado, luego hacia otro. Es lo mejor que puedo lograr, pensó. Luego, satisfecha, dijo casi en voz alta: «No está mal».

Robert Kincaid iba por la segunda cerveza y estaba guardando las cámaras cuando Francesca entró en la cocina. Levantó la mirada hacia ella.

—Dios mío —dijo con suavidad. Todos los sentimientos, todas las búsquedas y las reflexiones, toda una vida de sentir, buscar y reflexionar se le juntaron en ese momento. Y se enamoró de Francesca Johnson, la esposa de un granjero, de Madison County, que había venido mucho tiempo atrás de Nápoles—. Bueno... le temblaba un poquito la voz, le salía un poco ronca—. Perdona la audacia, pero estás guapísima. Guapísima como para que los hombres salgan corriendo, gritando por la desesperación de no poseerte. Lo digo en serio. Estás elegante como para las grandes ocasiones, Francesca.

Ella sentía que su admiración era sincera. La disfrutaba, se dejaba invadir y rodear por ella, le entraba por todos los poros como un aceite suave, de manos de alguna divinidad que la había abandonado años atrás y ahora había vuelto.

Y, en ese mismo momento se enamoró de Robert Kincaid, autor y fotógrafo, de Bellingham, que conducía una vieja camioneta llamada Harry.

## Otra vez hay un lugar para bailar

---

Ese martes de agosto de 1965, por la noche, Robert Kincaid miró detenidamente a Francesca Johnson. Ella lo miró de la misma manera. Estaban a tres metros de distancia, pero quedaron unidos de una forma sólida, íntima, inseparable.

Sonó el teléfono. Francesca no dejó de mirar a Robert, ni se movió durante las dos primeras señales. En el largo silencio después de la segunda, y antes de la tercera, Robert respiró hondo y miró las bolsas de las cámaras. Eso le permitió a Francesca cruzar la cocina para acercarse al teléfono, que estaba en la pared detrás de la silla de

Robert.

—Familia Johnson... Hola, Marge... Sí, muy bien. ¿El jueves por la noche? —Francesca calculó: Robert dijo que se quedaría una semana, llegó ayer, hoy es martes. No le costó tomar la decisión de mentir.

Francesca estaba junto a la puerta del porche con el teléfono en la mano izquierda. Él estaba muy cerca, de espaldas a ella. Francesca extendió la mano derecha y la apoyó en su hombro, un gesto habitual de algunas mujeres con los hombres que quieren. En sólo veinticuatro horas, había llegado a querer a Robert Kincaid.

—Ay, Marge, voy a estar ocupada. Debo ir de compras a Des Moines. Quiero aprovechar para hacer un montón de cosas que vengo postergando, ahora que Richard y los chicos no están.

Su mano se apoyaba tranquilamente en Robert. Sentía el músculo que iba desde el cuello hasta el hombro, detrás de la clavícula. Miraba sus cabellos grises con raya en medio, que caían sobre el cuello de la camisa. Marge seguía parlotando.

—Sí, Richard llamó hace un rato... No, el premio se da el miércoles, mañana. Richard dijo que estarían de regreso el viernes a última hora. Quieren ver algo el jueves. Es un viaje largo, sobre todo en el camión del ganado... No, el entrenamiento de fútbol sólo comienza dentro de una semana. Sí, sí, una semana. Al menos eso dijo Michael.

Francesca sentía el calor del cuerpo de Robert debajo de la camisa. El calor se transmitía a su mano, ascendía por el brazo y, desde ahí, se irradiaba por todo su cuerpo, sin esfuerzo, en realidad sin control por parte de ella. Robert estaba inmóvil; no quería hacer ningún ruido que despertara la curiosidad de Marge. Francesca lo comprendía.

—Ah, sí, un hombre que pedía indicaciones. —Como suponía, Floyd Clark había ido a su casa e inmediatamente le había contado a su esposa lo de la camioneta verde que había visto al pasar por la casa de los Johnson.

—¿Un fotógrafo? Por Dios, no lo sé. No presté mucha atención. Es posible. —Cada vez era más fácil mentir—. Buscaba Roseman Bridge... ¿En serio? ¿Estuvo tomando fotos de los viejos puentes? Bueno, parece inofensivo. ¿Un hippie? —Francesca se rió y vio que Kincaid sacudía la cabeza—. Bueno, no sé muy bien cómo es un hippie. Este hombre era muy educado. Sólo estuvo uno o dos minutos, y se fue... No sé si hay hippies en Italia, Marge. Hace ocho años que no voy por allá. Además, como te he dicho, no sé si reconocería a un hippie en caso de encontrarme con uno.

Marge habló del amor libre y las comunas y las drogas; acababa de leer algo sobre eso.

—Marge, estaba a punto de meterme en la bañera cuando has llamado, será mejor que vaya antes de que se enfríe el agua... Bien, te llamaré. Adiós.

No deseaba retirar la mano del hombro el Robert, pero no tenía ninguna buena excusa para dejada ahí. De manera que fue hasta el fregadero y encendió la radio. Más música country. Movié el dial hasta que se oyó una orquesta y lo dejó ahí.

—*Mandarina* —dijo Robert.

—¿Qué?

—La canción. Se llama *Mandarina*. Es sobre una mujer argentina. Hablar otra vez de la periferia de las cosas.

Decir cualquier cosa, cualquier cosa. Luchar con el momento y el sentido de todo esto, oyendo en las profundidades de su mente el golpe de una puerta que se cierra detrás de dos personas, en una cocina de Iowa.

Francesca sonrió a Robert.

—¿Tienes hambre? La comida está lista para cuando quieras.

Ha sido un día largo, y bueno. Preferiría tomar otra cerveza antes de comer. ¿Me acompañas?

Ir dando vueltas, buscando el centro, perdiéndolo minuto a minuto.

Ella dijo que sí. Robert abrió dos cervezas y le acercó una.

A Francesca le gustaba su aspecto, y cómo se sentía. Se encontraba femenina. Liviana, y cálida, y femenina. Se sentó en la silla de la cocina, cruzó las piernas y el dobladillo de la falda quedó bastante por encima de la rodilla derecha. Kincaid estaba apoyado en la nevera, con los brazos cruzados sobre el pecho, la botella de Budweiser en la mano derecha. A ella le complacía que se fijara en sus piernas, y él lo hizo.

Se fijó en ella de pies a cabeza. Podría haberse retirado antes; todavía podía retirarse. La razón le gritaba: «Abandona, Kincaid, vuelve al camino. Fotografía los puentes y márchate a la India. Haz un alto en Bangkok y busca a la hija del comerciante en sedas que conoce todos los secretos del éxtasis de la antigüedad. Nada desnudo con ella, al amanecer, en las lagunas de la jungla y óyela gritar mientras la posees en el crepúsculo». Y la voz añadió, ahora en un susurro: «Abandona eso, te supera».

Pero el lento tango callejero había comenzado. Se oía desde alguna parte; Robert lo oía, era un vieja acordeón. Venía desde muy atrás, o de muy adelante; no estaba seguro. Pero se acercaba firmemente a él. Y ese sonido oscurecía su razonamiento y reducía sus esperanzas de armonía, inexorablemente, hasta que no le quedaba adónde ir sino hacia Francesca Johnson.

—Si quieres podemos bailar con esta música —dijo Robert en ese tono tímido y serio característico de él. Y enseguida advirtió—: No soy buen bailarín, pero si quieres, creo que puedo arreglármelas en una cocina.

Jack arañaba la puerta del porche; quería entrar. Que se quedara fuera.

Francesca se sonrojó un poquito.

—Bueno. Yo no bailo mucho... ahora. Bailaba cuando era jovencita, en Italia, pero ahora casi exclusivamente en la víspera de Año Nuevo, y sólo un poco.

Él sonrió y dejó la cerveza en la repisa. Ella se levantó y se acercaron el uno al otro.

«Este es el baile de los martes por la noche, por la W.G.N., de Chicago», dijo una untuosa voz de barítono. «Volveremos después de algunos mensajes.»

Los dos se rieron. Llamadas telefónicas y anuncios publicitarios. Había algo que seguía interponiendo la realidad entre ellos. Lo sabían sin necesidad de decirlo.

Pero de todos modos, él había extendido el brazo izquierdo para cogerle la mano derecha, y se apoyó cómodamente en la repisa, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, la pierna derecha sobre la otra. Francesca estaba a su lado, contra el fregadero, y miraba por la ventana, sintiendo los dedos finos de Robert que rodeaban su mano. No había brisa, y el maíz crecía.

—Ah, espera un minuto.

Retiró con desgana su mano de la de él y abrió el último cajón de la derecha en la alacena. Sacó dos velas que había comprado en Des Moines esa mañana, junto con un pequeño candelabro de bronce para cada una, y las puso sobre la mesa.

Robert se acercó y encendió las dos velas mientras ella apagaba la luz del techo. Ahora estaban casi a oscuras. Las llamas de las velas apuntaban hacia arriba, agitándose apenas en la noche sin viento. La sencilla cocina nunca había estado tan bonita.

Recomenzó la música. Afortunadamente para los dos era una versión de *Hojas muertas*.

Ella se sentía extraña. Él también. Pero le cogió la mano, le rodeó la cintura con un brazo, ella se aproximó a él, y la sensación de extrañeza se desvaneció. De alguna manera, dio paso a un cierto bienestar. Él movió el brazo en la cintura de Francesca y la atrajo más hacia él.

Ella sentía el olor de Robert, olor a limpio, a jabón; un olor cálido. El buen olor fundamental de un hombre civilizado, que parecía innato en él.

—Qué buen perfume —dijo Robert, apoyando las manos de los dos sobre su pecho, cerca del hombro.

—Gracias.

Bailaron. Lentamente. Sin desplazarse mucho en ninguna dirección. Ella sentía las piernas de Robert contra las suyas, y, a veces, el vientre de él contra su vientre.

Terminó la canción, pero él seguía abrazándola, tarareando la melodía que acababa de terminar, y así se quedaron hasta que comenzó la siguiente canción. Él comenzó a bailar automáticamente y el baile continuó mientras las langostas protestaban por la llegada de septiembre.

Francesca sentía los músculos del hombro de Robert a través de la delgada camisa de algodón. Era real, más real que cualquier cosa que hubiera conocido. Él se inclinó ligeramente para apoyar la mejilla en la de ella.

Durante el tiempo que pasaron juntos, más de una vez Robert se describió a sí mismo como a uno de los últimos cowboys. Estaban sentados sobre la hierba, junto a la bomba, detrás de la casa. Francesca no entendía y le pidió que se lo explicara.

—Cierta clase de seres humanos están anticuados —dijo Robert—. O casi. El mundo se está organizando demasiado para mí y para otros.

Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar. Bueno, mi equipo fotográfico está bastante ordenado, es cierto, pero hablo de algo más que eso. Hablo de las reglas y de las leyes y de las convenciones sociales. La jerarquía del poder, las zonas de control, los planes a largo plazo y los presupuestos. El poder corporativo. Un mundo de trajes arrugados y tarjetas de identificación en la solapa. No todos los hombres son iguales. A algunos les irá muy bien en el mundo del futuro. A otros, tal vez a unos pocos, no. Eso se ve en los ordenadores y en los robots y en lo que representan. En el mundo de antes, había cosas que podíamos hacer, que estábamos destinados a hacer, que ninguna persona ni ninguna máquina salvo nosotros podía hacer. Corríamos velozmente, éramos fuertes y rápidos, agresivos y duros. Nos habían dado valor. Arrojábamos lanzas a gran distancia y luchábamos en peleas cuerpo a cuerpo.

»Algún día, los ordenadores y los robots dirigirán el mundo. Los seres humanos harán funcionar las máquinas, pero para eso no se requiere coraje ni fuerza ni otras características así. En realidad, los hombres están dejando de ser útiles. Sólo se necesitan bancos de esperma para que la especie se perpetúe, y ya los hay. La mayoría de los hombres son pésimos amantes, según dicen las mujeres, de manera que no se pierde mucho al reemplazar el sexo por la ciencia.

»Estamos renunciando a los tiempos y a las distancias sin límites, organizándonos, censurando nuestras emociones. Eficiencia y eficacia y todos esos otros elementos del artificio intelectual. Y, con la pérdida de esa libertad, el cowboy desaparece junto con el león de la montaña y el lobo gris. No queda mucho sitio para los viajeros.

»Yo soy uno de los últimos cowboys. Mi trabajo me concede algo de esa libertad; todo lo que es posible encontrar hoy. Eso no es lo que me entristece. Tal vez siento nostalgia. Pero tiene que suceder; será la única forma de evitar nuestra propia destrucción. Lo que creo es que las hormonas masculinas son la verdadera causa de los problemas de este planeta. Una cosa era dominar a una tribu o a otro guerrero. Pero es muy distinto tener misiles. También es muy distinto tener el poder de destruir el medio ambiente como lo estamos haciendo. Rachel Carson tiene razón. Y también John Muir y Aldo Leopold.

»La maldición de los tiempos modernos es la preponderancia de las hormonas masculinas allí donde pueden causar estragos a largo plazo. Aunque no hablemos de guerra entre naciones o de agresiones contra la naturaleza, sigue existiendo la agresividad, lo que nos mantiene apartados a los unos de los otros, y apartados de los problemas en los que necesitamos trabajar. De alguna manera tenemos que sublimar esas hormonas masculinas, o al menos, controlarlas.

»Probablemente es hora de guardar las cosas de la infancia y crecer. Qué diablos, lo reconozco. Lo admito. Sólo trato de tomar algunas buenas fotos y dejar la vida antes de estar demasiado anticuado o de hacer algún daño importante.

Mucho tiempo después, Francesca había pensado en estas palabras de Robert. En cierto modo, le parecían bien, pero sólo superficialmente. Las actitudes de Robert contradecían sus palabras.

Tenía cierta agresividad impulsiva, pero parecía poder controlada, encenderla y apagada cuando quisiera. Y eso era lo que a la vez confundía y atraía a Francesca... esa increíble fuerza, controlada, medida, esa fuerza tensa como un arco, que se mezclaba con la ternura, sin rastro de maldad.

Ese martes por la noche, gradualmente y sin proponérselo, se acercaron cada vez más, bailando en la cocina. Él la estrechaba en sus brazos, y Francesca se preguntaba si sentiría sus pechos a través del vestido y de la camisa, estaba segura de que sí.

Le gustaba tanto sentirlo cerca. Quería que eso durara eternamente. Más viejas canciones, más baile, y más veces su cuerpo contra el de él. Volvía a ser mujer. Otra vez había un lugar para bailar. Lentamente pero sin vacilaciones, Francesca volvía a casa, en donde nunca había estado.

Hacía calor. La humedad era alta, y la tormenta sonaba a lo lejos. Las mariposas nocturnas se pegaban contra las celosías, atraídas por las velas en pos del fuego.

Ahora él la invadía. Y ella a él. Apartó la mejilla de la de él, lo miró con sus ojos oscuros y él la besó, y ella le devolvió el beso, un beso suave y largo, cantidades de besos.

Dejaron de fingir que bailaban y ella le rodeó el cuello con los brazos. La mano izquierda de Robert se apoyaba en la cintura de Francesca, por detrás la otra le acariciaba el cuello, la mejilla y los cabellos. Thomas Wolfe hablaba del «fantasma del antiguo deseo». El fantasma se había despertado en Francesca Johnson. En los dos.

Sentada junto a la ventana el día en que cumplía sesenta y siete años, Francesca miraba la lluvia y recordaba. Llevó el coñac a la cocina y se detuvo un momento, observando el punto exacto en que habían estado de pie los dos. Las sensaciones en su interior eran avasalladoras, como siempre. Tan fuertes que, a través de los años, sólo se había atrevido a evocarlas detalladamente una vez por año porque, de otro modo, se habría desmoronado con esa tremenda fuerza emocional.

Para sobrevivir había tenido que abstenerse de recordar. Aunque, en los últimos tiempos, los detalles la asaltaban cada vez con mayor frecuencia. Ya no trataba de impedir que Robert volviera a ella. Las imágenes eran claras y reales y estaban ahí. Después de tanto tiempo. Veintidós años. Pero lentamente volvían a ser su realidad, la única en la que le importaba vivir.

Sabía que cumplía sesenta y siete años y lo aceptaba, pero no podía imaginar que Robert Kincaid tuviera cerca de setenta y cinco. No podía pensarlo, no podía concebirlo, ni siquiera concebir que pudiera concebirlo. Él estaba con ella, ahí, en la cocina, con la camisa blanca, los largos cabellos grises, los pantalones caqui, las sandalias marrones, la pulsera y la cadena de plata alrededor del cuello. Él estaba ahí abrazándola.

Finalmente, ella se apartó y lo cogió de la mano, lo llevó arriba, pasaron por el cuarto de Carolyn, por el de Michael, y entraron en la habitación de Francesca. Sólo encendió un pequeño velador en la

mesita de noche.

Ahora, tantos años después, Francesca subió lentamente la escalera con la botella de coñac extendiendo el brazo derecho hacia atrás como si Robert todavía la siguiera, como para evocar el recuerdo de él cuando iba detrás suyo, por el pasillo, hasta el dormitorio.

Las imágenes físicas grabadas en la mente de Francesca eran tan claras que podían ser una de las precisas fotografías de Robert. Recordaba a Robert sosteniéndose encima de ella, avanzando lentamente el pecho contra su vientre y sobre sus senos. Lo había hecho una y otra vez, como cumpliendo con un ritual de cortejo animal sacado de un viejo libro de zoología. Se movía sobre su cuerpo, besando alternativamente sus labios, sus orejas, pasándole la lengua por el cuello, lamiéndola como un imponente leopardo en la hierba alta de una sabana.

Era un animal. Un animal soberbio, duro, macho, que no hacía nada manifiesto por dominarla, pero que la dominaba completamente, en la forma exacta en la que ella deseaba que sucediera en ese momento.

Pero había algo que iba más allá de lo físico, a pesar de que el hecho de que él pudiera hacer el amor durante tanto tiempo sin cansarse tenía su importancia. Amado —ahora, después de pensar tanto en ello, durante todos esos años, casi le parecía algo normal y corriente era un asunto espiritual. Espiritual, pero no corriente.

Mientras hacían el amor ella se lo había susurrado, captándolo en una sola frase: «Robert, eres tan fuerte que me da miedo». Él era físicamente poderoso, pero usaba su fuerza con cuidado. Sin embargo, era algo más que eso.

El sexo era una cosa. Desde que se habían conocido, ella preveía o, al menos, percibía la posibilidad de algo placentero, una ruptura de la monotonía de la rutina. No había contado con la extraordinaria fuerza de Robert.

Era casi como si hubiera tomado posesión de ella en todas sus dimensiones. Eso era lo que le daba miedo, Al principio, no dudaba de que una parte de ella podía permanecer libre de cualquier cosa que hiciera con Robert; era la parte que pertenecía a su familia y a su vida allí, en Madison County. Pero él, simplemente, se apropió de todo. Francesca debería haberlo sabido en el mismo momento en que él había bajado de su furgoneta para pedirle información. Entonces le había parecido un chamán, y ese juicio original se había confirmado.

Hacían el amor durante una hora, a veces más, luego él se apartaba lentamente y la miraba, y encendía un cigarrillo para él y otro para ella. O bien simplemente se quedaba tendido a su lado, siempre con una mano moviéndose sobre su cuerpo. Después volvía a penetrada, susurrándole suavemente al oído mientras la amaba, besándola entre una y otra frase, entre una y otra palabra, rodeándole la cintura con el brazo, atrayéndola hacia él, entrando en ella.

Y ella, a perder la conciencia, a respirar más fuerte, a dejarlo que la llevara adonde él vivía y vivía en lugares extraños, embrujados, muy anteriores a la lógica de Darwin.

Con la cara hundida en el cuello de Robert y la piel contra la de él,

Francesca olía ríos y humo de leña, oía trenes de vapor que salían de estaciones invernales en noches de un pasado remoto, veía viajeros vestidos de negro que avanzaban sin cesar por ríos helados y praderas estivales, marchando hacia el fin de las cosas. El leopardo saltaba sobre ella, una y otra vez, y otra, y otra, como el vendaval en las llanuras, y, deslizándose sobre él, ella cabalgaba en ese viento como una sacerdotisa hacia los dulces fuegos obedientes que marcaban la suave curva del olvido.

Ella murmuraba suavemente, sin aliento:

—Ay, Robert... Robert... me pierdo.

Ella, que desde hacía años no tenía orgasmos, los tenía ahora en largas secuencias con ese ser que era mitad hombre y mitad otra criatura. Francesca se preguntaba cómo él resistía tanto, y Robert le dijo que podía llegar a los orgasmos de la mente lo mismo que a los físicos, y que los orgasmos de la mente tenían un carácter especial.

Francesca no tenía idea de lo que quería decir. Sólo sabía que, en cierto modo, él los había atado a los dos y había apretado tanto la cuerda alrededor de ambos que ella se habría sofocado a no ser por la liberación de sí misma que sentía.

La noche avanzaba, y la gran danza en espiral continuaba. Robert Kincaid rechazaba la idea de lo lineal y se refugiaba en una parte de sí mismo que sólo tenía que ver con la forma, el sonido y la sombra. Recorría los caminos de los viejos hábitos, encontrando su dirección a la luz de los reflejos del sol, que se dispersaba sobre la hierba del verano y las hojas rojas del otoño.

Y Robert oía las palabras que él mismo le susurraba a Francesca como si otra voz que no era la suya estuviera diciéndolas. Fragmentos de un poema de Rilke: «...alrededor de la antigua torre... giré durante mil años». La letra de un cántico al sol de los indios navajas. Le habló en susurros de las visiones que ella le traía..., de la arena que volaba, los vientos de color fucsia y los pelícanos marrones que cabalgaban en el lomo de los delfines hacia el norte, por la costa de África.

Sonidos, pequeños sonidos ininteligibles salían de la boca de Francesca cuando se arqueaba hacia él. Pero era un lenguaje que él comprendía a la perfección, y en esa mujer estaba debajo de él, el vientre contra el suyo, a la que penetraba profundamente, terminaba la larga búsqueda de Robert Kincaid.

Ahora, por fin, descubría el significado de todas las pequeñas huellas en todas las playas desiertas por las que había caminado, y el de todas las cargas secretas que llevaban los barcos en que nunca había navegado, y el de todos los rostros velados que había visto pasar por calles sinuosas de ciudades crepusculares. Y, como le sucedería a un gran cazador de la Antigüedad que hubiera viajado a tierras lejanas y ahora viera el resplandor de las hogueras de su país natal, su soledad desapareció. Por fin. Por fin. Venía desde tan lejos... desde tan lejos. Y estaba tendido sobre ella, perfectamente realizado e inalterablemente completo en su amor por ella. Por fin.

Hacia el amanecer se incorporó ligeramente, y dijo, mirándola a los ojos:

—Para esto estoy aquí, en este planeta, en este momento, Francesca. No para viajar ni para tomar fotos, sino para amarte. Ahora lo sé. He estado cayendo desde el borde de un sitio muy grande, muy alto, en algún lugar del pasado, durante más años que los que he vivido en esta vida. Durante todos esos años, he estado cayendo hacia ti.

Cuando bajaron, la radio todavía estaba encendida. Ya había amanecido, pero el sol se ocultaba tras una delgada capa de nubes.

—Francesca, quiero pedirte un favor. —Robert le sonrió mientras ella preparaba el café.

—¿Sí? —Lo miró. Dios mío, cómo lo amo, pensó, sintiéndose trémula, deseándolo todavía más, sin descanso.

—Ponte los tejanos y la camiseta que llevabas anoche, y unas sandalias. Nada más. Quiero hacer una foto tuya tal como estabas esta mañana. Una foto sólo para nosotros dos.

Francesca fue arriba, con las piernas flojas de haber rodeado el cuerpo de Robert toda la noche. Se vistió y salió con él a la pradera. Allí había hecho la foto que ella miraba todos los años.

## **El camino y el peregrino**

---

Robert Kincaid abandonó la fotografía los días siguientes. Y, excepto las tareas domésticas, que cumplía mínimamente, Francesca abandonó el trabajo de la granja. Los dos pasaron todo el tiempo juntos, charlando o haciendo el amor. Dos veces, cuando Francesca se lo pidió, Robert tocó la guitarra y cantó para ella, con una voz entre correcta y buena, un poco cohibida, adviniéndole que era su primera oyente. Cuando él decía eso, ella sonreía y le besaba, replegándose después sobre sus sentimientos y escuchando sus canciones de balleneros y vientos desérticos.

Francesca fue con Robert, en Harry, al aeropuerto de Des Moines cuando él mandó sus carretes a Nueva York. Cuando podía, mandaba siempre los primeros carretes, de manera que los editores vieran lo que estaba haciendo y los técnicos controlaran que los obturadores de sus cámaras funcionaban bien.

Después la llevó a un restaurante elegante a almorzar y se cogieron de las manos sobre la mesa, mirándose con intensidad. El camarero sonreía al mirarlos, y deseaba sentir algún día lo que ellos sentían entonces.

Francesca se maravillaba de cómo percibía Robert que las cosas llegaban a su fin, y la facilidad con que lo aceptaba. Veía la próxima muerte de los cowboys y de los que se les parecen, como él mismo. Y empezó a entender lo que quería decir con eso de que estaba en el extremo de una rama de la evolución y que estaba en el extremo era un punto final. Una vez, hablando de lo que él llamaba «las últimas cosas», susurró: «"Nunca más", gritó el dueño del Alto Desierto.

"Nunca, nunca, nunca más"». Más allá de él, no veía nada en la rama. Su especie se extinguía.

El jueves por la tarde hablaron, después de hacer el amor. Los dos sabían que esa conversación debía tener lugar. Los dos habían tratado de evitada.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Robert. Ella guardó silencio, un silencio desgarrado. Luego dijo con suavidad:

—No lo sé.

—Mira, si tú quieres me quedaré aquí o en la ciudad o donde sea. Cuando tu familia vuelva a casa, simplemente hablaré con tu esposo y le explicaré lo que ocurre. No será fácil, pero lo haré.

Ella dijo que no con la cabeza.

—Richard jamás lo entendería; no piensa en estos términos. No entiende la magia ni la pasión, ni todas esas cosas de las que nosotros hablamos y que experimentamos, y nunca lo entenderá. No por eso es un ser inferior. Son cosas que están demasiado lejos de todo lo que él ha sentido o pensado en su vida. No puede saber cómo tratadas.

—¿Entonces vamos a dejar que todo esto se pierda? —Robert estaba serio, no sonreía.

—No lo sé. Robert, en cierta extraña forma tú me posees. Yo no deseaba que me poseyeran, no lo necesitaba, y sé que tú no te lo propusiste, pero eso es lo que ha sucedido. Ya no estoy sentada a tu lado, aquí, sobre la hierba. Me tienes dentro de ti, como una prisionera voluntaria.

Él replicó:

—No estoy seguro de que estés dentro de mí, o de que yo esté dentro de ti, o de que te posea. Al menos no deseo poseerte. Creo que los dos estamos dentro de otro ser que hemos creado y que se llama «nosotros».

—En realidad no estamos dentro de otro ser. Somos ese ser. Los dos nos hemos perdido a nosotros mismos y hemos creado otra cosa. Algo que sólo existe como la unión de nosotros dos. Dios mío, estamos enamorados. De la manera más profunda que es posible enamorarse.

—Ven a viajar conmigo, Francesca. No es ningún problema. Haremos el amor en las arenas del desierto y beberemos coñac en los balcones de Mombasa, mirando izar las velas. Te enseñaré el país de los leones y una vieja ciudad francesa en la bahía de Bengala, donde hay un hermoso restaurante en una terraza, y trenes que trepan por los pasos de las montañas y pequeñas hosterías vascas en lo alto de los Pirineos. En una reserva de tigres en el sur de la India, en una isla en medio de un enorme lago, hay un lugar muy especial. Si no te gusta viajar, abriré una tienda en cualquier parte y haré fotos del lugar o retratos o lo que sea para mantenernos.

—Robert, anoche, cuando hacíamos el amor, dijiste algo que todavía recuerdo. Yo murmuraba algo sobre tu fuerza... y, por Dios, esa fuerza la tienes. Dijiste: «Soy el camino y un peregrino y todas las velas que fueron al mar». Tenías razón. Eso es lo que sientes; sientes el camino dentro de ti. Más aún: de una manera que no logro explicar, tú eres el camino. Donde la ilusión se encuentra con la realidad, allí

estás tú, allá en el camino, y tú eres el camino. Tú eres las viejas mochilas y una furgoneta llamada Harry, y los aviones que van a Asia. Y eso es lo que quiero que seas. Si estás en el extremo de una rama de la evolución, y si este extremo es el punto final, entonces quiero que llegues a ese final a toda velocidad. No creo que puedas hacerlo conmigo. ¿No ves que te amo tanto que no podría refrenarte un solo momento? Hacerlo significaría matar al magnífico animal salvaje que hay en ti, y la fuerza moriría con él.

Él empezó a hablar, pero Francesca lo detuvo.

—Robert, no he terminado todavía. Si me llevaras en tus brazos y me llevaras a tu furgoneta y me obligaras a ir contigo no emitiría una queja. Eres demasiado sensible, percibes demasiado bien mis sentimientos como para hacerla. Y yo tengo sentimientos de responsabilidad aquí. Sí, en cierto modo es aburrido. Me refiero a mi vida. Le falta amor, erotismo, bailar en la cocina a la luz de las velas, y la maravillosa sensación de un hombre que sabe cómo amar a una mujer. Más que nada le faltas tú. Pero está este maldito sentido de la responsabilidad que tengo. Hacia Richard, hacia mis hijos. El solo hecho de que me fuera, de que faltara mi presencia física sería extremadamente duro para Richard. Eso solo podría destruirlo.

»Además de eso, y tal vez sería lo peor, tendría que vivir el resto de su vida con las murmuraciones de la gente de aquí. «Allá va Richard Johnson. Su mujer, esa italianita calentona, se escapó con un fotógrafo de pelo largo hace unos años.» Richard tendría que sufrir eso, y los chicos oírían las burlas de Winterset mientras siguieran viviendo aquí. También ellos sufrirían. Y me odiarían por ello.

»Por más que te desee y quiera estar contigo y ser parte tuya no puedo arrancarme a la realidad de mis responsabilidades. Si me obligas, física o mentalmente a irme contigo, como te dije antes, no podré luchar. No tendré fuerzas, si pienso en mis sentimientos por ti. A pesar de mis razones para no lanzarme contigo al camino, me maldeciría, porque mi deseo es egoísta.

»Así que, por favor, no me hagas ir. No me hagas abandonar esto, mis responsabilidades. No puedo hacerla y vivir pensando en ello. Si me marcho ahora, ese pensamiento me convertirá en una mujer diferente de la que has llegado a amar.

Robert Kincaid guardó silencio. Entendía lo que Francesca decía sobre el camino y las responsabilidades y cómo la transformaría la culpa. Sabía que, en cierto modo, tenía razón. Miraba por la ventana luchando consigo mismo, luchando por comprender los sentimientos de Francesca. Ella se echó a llorar.

Finalmente se abrazaron durante largo tiempo. Y él le susurró:

—Sólo tengo una cosa que decir, una sola; nunca volveré a decírsela a nadie, y te pido que la recuerdes: en un universo de ambigüedades, esta certeza viene una sola vez, y nunca más, no importa cuántas vidas le toque a uno vivir.

Esa noche volvieron a hacer el amor. Era jueves. Estuvieron juntos hasta el amanecer, tocándose y susurrando. Luego Francesca durmió un poco, y cuando se despertó el sol estaba alto y ya calentaba

mucho. Oyó chirriar la puerta de Harry y se puso apresuradamente algo de ropa.

Robert había hecho café y estaba sentado a la mesa de la cocina, fumando, cuando entró Francesca. Le sonrió. Ella fue hacia él y hundió la cara en su cuello, las manos en sus cabellos. mientras él le rodeaba la cintura con los brazos. Robert la hizo sentarse en sus rodillas y la acarició suavemente.

Por fin, se levantó. Tenía puestos sus viejos tejanos, los tirantes naranjas sobre una camisa caqui limpia, las botas Red Wing bien atadas, el cortaplumas múltiple del ejército suizo en el cinturón. Sobre el respaldo de la silla estaba su chaleco de fotógrafo; el cable del disparador sobresalía de un bolsillo. El cowboy estaba listo.

—Será mejor que vaya saliendo.

Ella asintió con un movimiento de cabeza, y comenzó a llorar. Vio las lágrimas en los ojos de Robert, pero él no dejó de sonreír.

—¿Puedo escribirte de vez en cuando? Al menos quiero mandarte un par de fotos.

—Está bien —dijo Francesca, enjugándose los ojos con la toalla colgada en la puerta de la alacena—. Encontraré alguna excusa por recibir correspondencia de un fotógrafo hippie, siempre que no sea mucha.

—Tienes mi dirección y número de teléfono en Washington, ¿verdad? —Ella asintió con la cabeza—. Si no estoy allí, llama a las oficinas del *National Geographic*. Te anotaré el número. —Lo escribió en el bloc junto al teléfono, arrancó la hoja y se la dio—. También encontrarás el número en la revista. Pide que te comuniquen con las oficinas de la editorial. En general saben dónde estoy. Si quieres verme, o sólo hablarme, no vaciles. Llámame a cobro revertido a cualquier lugar del mundo; así las comunicaciones no aparecerán en tu factura de teléfono. Yo estaré por aquí unos días más. Piensa en lo que te he dicho. Puedo quedarme aquí y arreglar el asunto en poco tiempo. Luego partiríamos juntos hacia el noroeste.

Francesca no respondió. Sabía que era verdad que él podía arreglar el asunto en poco tiempo. Richard tenía cinco años menos que Robert, pero ni se le podía comparar, ni intelectual ni físicamente.

Se puso el chaleco. Francesca tenía la cabeza vacía, se sentía mareada.

—No te vayas, Robert Kincaid —se oyó gritar desde las entrañas.

Él la cogió de la mano y salieron por la puerta del fondo hacia la camioneta. Robert abrió la puerta, apoyó el pie en el estribo, luego volvió a apoyado en el suelo y abrazó otra vez a Francesca durante varios minutos, sin que ninguno de los dos dijera una palabra. Simplemente se quedaron allí, dándose y recibándose, imprimiéndose de modo indeleble el uno en el otro. Reafirmando la existencia de ese ser especial del que habían hablado.

Finalmente él la soltó, subió a la camioneta y se sentó al volante, dejando la puerta abierta. Le corrían las lágrimas por las mejillas. También a Francesca. Lentamente Robert cerró la puerta. Las bisagras chirriaban. Como de costumbre, a Harry le costó arrancar, pero

Francesca oyó la bota de Robert que pisaba el acelerador, y el viejo motor cedió.

Robert puso la marcha atrás y se quedó ahí, con la mano en la palanca de cambios. Primero serio, después con una leve sonrisa. Señaló el sendero:

—Ya sabes, el camino. El mes que viene estaré en el sudeste de la India. ¿Quieres que te mande una postal?

Ella no podía hablar, pero hizo un gesto negativo con la cabeza. Para Richard, sería demasiado encontrar eso en el buzón. Sabía que Robert comprendería. Él asintió.

El camión retrocedió sobre la grava hasta el patio; las gallinas se dispersaron. Jack persiguió a una hasta el cobertizo de las máquinas, ladrando.

Robert Kincaid saludó a Francesca sacando el brazo por la ventanilla de la derecha. Ella vio brillar el sol en su pulsera de plata. Los dos primeros botones de su camisa estaban desabrochados.

Robert se fue por el sendero. Francesca se enjugaba los ojos, intentaba ver, el sol creaba prismas extraños en sus lágrimas. Como había hecho la noche de su primer encuentro, corrió hasta la entrada del sendero y miró cómo se alejaba la vieja camioneta. Al final del sendero ésta se detuvo, se abrió la puerta y Robert apareció, de pie sobre el estribo. La veía, cien metros más allá, pequeña a causa de la distancia.

Se quedó allí, junto a Harry que protestaba por el calor, y la miró. Ninguno de los dos se movía; ya se habían despedido. Sólo se miraban, la esposa del granjero de Iowa y el ser del extremo de una rama de la evolución, uno de los últimos cowboys. Él se quedó allí treinta segundos, sin perderse nada con sus ojos de fotógrafo, construyendo una imagen de los dos que jamás perdería.

Cerró la puerta, movió la palanca de cambios y lloró otra vez cuando dobló a la izquierda y cogió la carretera de Winterset. Miró hacia atrás justo antes de que una arboleda al noroeste de la granja se lo impidiera, y la vio sentada en el suelo, en la entrada del sendero, con las piernas cruzadas y la cabeza entre las manos.

Richard y los chicos llegaron a primera hora de la noche con anécdotas de la feria y una cinta que había ganado el novillo, antes de ser vendido y sacrificado. Carolyn fue enseguida a hablar por teléfono. Era viernes; Michael llevó la camioneta a la ciudad, para esas cosas que hacen los chicos de diecisiete años los viernes por la noche. La mayoría pasean por la plaza y les hablan o les gritan a las chicas que pasan en los coches. Richard encendió la televisión y le dijo a Francesca que era muy bueno el pan de maíz que estaba comiendo con manteca y jarabe de arce.

Francesca se sentó en el columpio del porche delantero. Richard salió a las diez, cuando terminó el programa de la televisión. Se estiró y dijo:

—Es bueno estar en casa otra vez. —Y luego, mirándola—: ¿Tú estás bien, Frannie? Pareces un poco cansada o distraída o no sé

qué...

—Sí, estoy bien, Richard. Me alegro de que estés de vuelta, y bien.

—Bueno, me vaya la cama. Ha sido una semana larga, y estoy agotado. ¿Vienes, Frannie?

—Dentro de un rato. Se está bien aquí fuera, así que me quedo un poco más. —Estaba cansada, pero temía que a Richard se le ocurriese tener una relación sexual. No estaba en condiciones de soportarlo esa noche.

Lo oyó caminar dentro del dormitorio, encima del columpio en el que se estaba meciendo, con los pies descalzos, apoyados en el suelo. Oía la radio de Carolyn, al otro lado de la casa.

Evitó ir a la ciudad los días siguientes porque sabía que Robert Kincaid estaba sólo a unos kilómetros de distancia. Realmente no estaba segura de poder contenerse si lo veía. Podía correr hacia él gritando: «¡Ahora! ¡Vámonos ahora!» Había corrido el riesgo de verlo en Cedar Bridge; ahora era demasiado peligroso.

El martes siguiente, la alacena se estaba quedando vacía y Richard necesitaba un repuesto para la cosechadora de granos que estaba reparando. Había nubes bajas, llovía constantemente en medio de una ligera niebla, y hacía frío para un mes de agosto.

Richard compró el repuesto y tomó un café en el bar con otros hombres, mientras Francesca iba al supermercado. Sabía cuánto tardaría ella y estaba esperándola frente al Super Value cuando terminó. Bajó de un salto. Llevaba una gorra Allis Chalmers y la ayudó a cargar los paquetes en la camioneta Ford, en el asiento y en el suelo. Ella pensaba en trípodes y mochilas.

—Tengo que volver un momento a la tienda de herramientas. He olvidado una pieza que puedo necesitar.

Fueron hacia el norte por la carretera 169, que era la calle principal de Winterset. Cien metros después de la gasolinera Texaco vio a Robert, que salía de la gasolinera con los limpiaparabrisas barriendo el cristal y se alejaba por el camino.

Les tocó colocarse precisamente detrás de la vieja camioneta. Desde su asiento alto en la Ford, Francesca vio un bulto envuelto en tela plástica que revelaba los contornos de una maleta y un estuche de guitarra, junto a la rueda de repuesto. El cristal de atrás estaba mojado por la lluvia, pero se veía parte de la cabeza de Robert. Él se inclinó como para buscar algo en la guantera; ocho días antes, al hacer ese mismo movimiento, le había rozado la pierna con el brazo. Una semana antes, ella estaba en Des Moines comprando un vestido rosa.

—Ese camión viene de lejos —comentó Richard—. Del estado de Washington. Parece que lo conduce una mujer; al menos tiene el pelo muy largo. Pero, ahora que lo pienso debe de ser ese fotógrafo del que hablaban en el bar.

Siguieron a Robert Kincaid unos cientos de metros hacia el norte, donde la carretera 169 cruza la 92, orientada de este a oeste. Era un cruce de cuatro vías, con mucho tránsito en todas las direcciones, y la lluvia lo complicaba aún más y ahora la niebla era más espesa.

Estuvieron detenidos unos veinte segundos. Robert estaba delante de Francesca, a unos diez metros. Todavía podía hacerlo: saltar de la Ford y correr hacia la puerta derecha de la camioneta de Robert, trepar sobre las mochilas, la nevera y los trípodes.

Desde que Robert se había marchado el viernes anterior, Francesca se había dado cuenta de que, a pesar de todo lo que él le importaba entonces, había subestimado mucho sus propios sentimientos. No parecía posible pero era así. Comenzaba a entender lo que él ya había comprendido. Pero allí se quedaba, paralizada por sus responsabilidades, mirando la luna trasera de la camioneta con más intensidad con la que había mirado ninguna otra cosa en su vida.

Se encendió la luz trasera izquierda de Harry. Un momento más y Harry habría desaparecido, llevándose a Robert. Richard sintonizaba la radio de la Ford.

Por alguna travesura de la mente, Francesca empezó a ver las cosas como en cámara lenta. A Robert le llegó el turno y muy, muy lentamente, Harry se acercó a la intersección. Francesca entreveía las largas piernas de Robert moviéndose al conducir, la flexión de los músculos del antebrazo derecho al cambiar de velocidad.

Ahora la camioneta entraba en la carretera 92 en dirección a Council Bluffs, los bosques de Black Hills y el noroeste... lentamente... lentamente... la vieja camioneta muy lentamente pasó el cruce y giró al oeste.

A través de las lágrimas, la lluvia y la niebla, Francesca apenas veía la inscripción descolorida pintada de rojo en la puerta: «Kincaid, Fotografía-Bellingham, Washington».

Él había bajado la ventanilla para tener mejor visibilidad al doblar. Dio la vuelta a la esquina y Francesca vio sus cabellos al viento cuando aceleró por la carretera 92 hacia el oeste, mientras subía el cristal.

¡Ay, Dios mío, ay, Dios querido... no! Las palabras resonaban dentro de ella. Me equivoqué, Robert, me equivoqué al quedarme... pero no puedo irme... quiero decírtelo otra vez... decirte por qué no puedo irme... dime tú otra vez por qué debo irme.

Y oyó la voz de él que regresaba por la ruta: «En un universo de ambigüedades, este tipo de certidumbre llega una sola vez, y nunca más, no importa cuántas vidas le toque a uno vivir».

Richard pasó el cruce hacia el norte. Por un instante Francesca vio las luces traseras rojas de Harry que se alejaban en la niebla y la lluvia. La vieja camioneta Chevy parecía pequeña junto a un gigantesco camión con remolque que avanzaba rugiendo hacia Winterset, bañando en una ola de agua al último cowboy.

—Adiós, Robert Kincaid —susurró Francesca, y se echó a llorar sin disimulo.

Richard la miró.

—¿Qué pasa, Frannie? Por favor, dime qué te pasa.

—Richard, necesito un poco de tiempo. Estaré bien en unos minutos. —Richard sintonizó la bolsa del ganado de las doce, miró a Francesca y sacudió la cabeza.

## Cenizas

---

Ya era de noche en Madison County en 1987, el día que Francesca cumplía sesenta y siete años. Hacía dos horas que se había acostado. Veía, tocaba, olía y oía todo lo sucedido veintidós años atrás.

Había recordado y había vuelto a recordar. La imagen de esas luces rojas que avanzaban hacia el oeste por la carretera 92 la perseguía desde hacía dos décadas. Se tocó los senos y sintió deslizarse sobre ellos los músculos del pecho de Robert. Dios, cómo lo había amado. Lo había amado entonces más de lo que le parecía posible, y ahora lo amaba todavía más. Habría hecho cualquier cosa por él menos destruir a su familia, y destruido tal vez a él también.

Bajó la escalera y se sentó en la cocina, ante la vieja mesa de formica amarilla. Richard había insistido en comprar una nueva, pero Francesca pidió a su vez que conservaran la vieja en un cobertizo, y la envolvió cuidadosamente en plástico antes de guardada.

«Francamente, no sé por qué le tienes tanto apego a esta vieja mesa», protestó él la ayudaba a transportarla. Cuando Richard murió, Michael volvió a llevarla a la casa a petición de su madre, y nunca le preguntó por qué la quería en lugar de la nueva. Sólo la miró con aire inquisitivo, pero Francesca no dijo nada.

Ahora estaba sentada ante esa mesa. Luego fue hasta el armario y sacó dos velas blancas con pequeños candelabros de bronce. Las encendió y puso la radio, moviendo lentamente el dial hasta encontrar música suave.

Se quedó mucho tiempo de pie junto al fregadero, con la cabeza ligeramente erguida, mirándolo a la cara; y susurró: «Te recuerdo, Robert Kincaid. Tal vez el Gran Amo del Desierto tuviera razón. Tal vez fuiste el último. Tal vez todos los cowboys están ahora cerca de su extinción».

Antes de la muerte de Richard, nunca se había atrevido a llamar a Kincaid, ni siquiera a escribirle, aunque durante años había estado a punto de hacerlo. Si le hablaba una sola vez más, se iría con él. Si le escribía, sabía que él vendría a buscarla. Porque estaban muy cerca. A lo largo de esos años, Robert nunca había vuelto a llamar ni a escribir, después de enviarle un único paquete con las fotos y el manuscrito, Francesca sabía que él entendía sus sentimientos y las complicaciones que podía provocar en su vida.

Se suscribió al *National Geographic* en septiembre de 1965. El artículo sobre los puentes cubiertos apareció el año siguiente: allí estaba Roseman Bridge en la primera luz cálida de la mañana, cuando Robert había encontrado su nota. La portada era la foto que Robert había sacado a un tiro de caballos que arrastraban una carreta hacia Hogback Bridge. También él había escrito el artículo.

En la contraportada se mencionaban a los autores de los reportajes y a los fotógrafos, y de vez en cuando aparecían fotos. A veces estaba

Robert. Los mismos cabellos largos plateados, la pulsera, los tejanos o los pantalones caqui, las cámaras colgando de los hombros, las venas marcadas en los brazos. En el Kalahari, en los muros de Jaipur de la India, en una canoa en Guatemala, en el norte de Canadá. El camino y el cowboy.

Francesca las recortaba y las guardaba en el sobre marrón junto con el artículo sobre los puentes cubiertos, el manuscrito, las dos fotografías y la carta. Guardaba el sobre debajo de la ropa interior en un cajón de la cómoda donde a Richard nunca se le ocurriría buscar algo. Y, como una observadora lejana, siguiéndolo a través de los años, veía envejecer a Robert Kincaid.

La sonrisa seguía allí, también el cuerpo delgado y musculoso. Pero Francesca veía el paso de los años en las líneas alrededor de los ojos, en los fuertes hombros ligeramente encorvados, en los contornos de la cara más blandos. Lo veía. Había estudiado ese cuerpo con más detenimiento que cualquier otra cosa en su vida, más que el suyo propio. Y las señales de la edad hacían que lo deseara aún más, si era posible. Sospechaba, o más bien sabía, que él estaba solo. Y así era.

Sentada a la mesa, estudió los recortes a la luz de las velas. Él la miraba desde lugares lejanos. Encontró una foto especial en un número de 1967. Robert estaba junto a un río en el este de África, frente a la cámara y cerca de ella, en cuclillas, preparándose para tomar una foto.

Cuando, años antes, Francesca miró por primera vez ese recorte, vio que, de la cadena de plata que llevaba al cuello, colgaba ahora una medalla. Michael estaba lejos, en la universidad; cuando Richard y Carolyn se acostaron Francesca fue a buscar la poderosa lupa que Michael usaba cuando era pequeño para su colección de sellos, y la acercó a la foto.

—Dios mío —dijo casi sin aliento.

La medalla decía «Francesca». Una única y pequeña indiscreción, que ella le perdonó sonriendo. En todas las fotos posteriores aparecía la medalla en la cadena de plata.

Después de 1975, nunca volvió a vedo en la revista. Tampoco volvió a aparecer su firma. Buscó en todos los números, pero no encontró nada. Ese año Robert cumplía sesenta y dos años.

Cuando murió Richard en 1979, después del funeral —cuando sus hijos ya habían regresado a sus hogares respectivos— Francesca pensó en llamar a Robert Kincaid. Él tendría sesenta y seis años; ella cincuenta y nueve. Todavía había tiempo, a pesar de la pérdida de catorce años. Lo pensó mucho durante una semana, y finalmente buscó el número en su agenda y lo llamó.

Sintió que se le paraba la respiración cuando empezó a sonar el teléfono. Oyó que levantaban el receptor y estuvo a punto de colgar. Una voz de mujer dijo: «Seguros McGregor». Francesca se sobresaltó, pero se recuperó lo suficiente como para preguntar a la secretaria si había marcado el número correcto. Le respondieron que sí. Francesca agradeció y colgó.

Después probó en la información telefónica de Bellingham. Nada en

la guía telefónica. Probó en Seattle. Nada. Luego en las oficinas de la Cámara de Comercio de Bellingham y en Seattle. Pidió que buscaran en las guías telefónicas de cada ciudad. Lo hicieron, y no figuraba Robert Kincaid. Puede estar en cualquier parte, pensó Francesca.

Recordó la revista; él le había dicho que lo llamara allí. La recepcionista fue cortés, pero era nueva y tuvo que buscar a alguien que la ayudara. La llamada de Francesca fue transferida tres veces hasta que la comunicaron con un editor asociado que estaba en la revista desde hacía veinte años. Francesca le preguntó sobre Robert Kincaid. Por supuesto, el editor lo recordaba.

—Está tratando de localizarlo, ¿eh? Era un estupendo fotógrafo. Un poco quisquilloso, aunque no en el mal sentido: era tenaz. Le importaba el arte por el arte mismo, y eso no funciona muy bien con nuestros lectores. Nuestros lectores quieren buenas fotos, fotos bien hechas, pero nada demasiado audaz. Siempre decíamos que Kincaid era un poco extraño; ninguno de nosotros lo conocía fuera del trabajo. Pero era muy positivo. Podíamos mandarlo a cualquier parte y él hacía el trabajo, aunque casi siempre disintiera de nuestras decisiones editoriales. En cuanto a dónde puede estar ahora, he estado revisando los ficheros mientras hablábamos. Dejó la revista en 1975. La dirección y el número de teléfono que tengo aquí... —leyó los mismos datos que tenía Francesca.

Después de eso, Francesca renunció a sus investigaciones, un poco por miedo de lo que podría descubrir.

Siguió sin rumbo fijo, permitiéndose pensar cada vez más en Robert Kincaid. Todavía conducía bien y, varias veces por año, iba a Des Moines a almorzar en el restaurante donde él la había llevado. En uno de esos viajes compró un cuaderno con cubiertas de piel. Y, en esas páginas, comenzó a escribir en letra clara los detalles de sus amores con él y sus pensamientos acerca de él. Tuvo que llenar tres de esos cuadernos antes de considerar terminada la tarea.

Winterset mejoraba. Había una activa asociación artística compuesta en su mayor parte por mujeres, y desde hacía algunos años se hablaba de restaurar los viejos puentes. Gente joven e interesante construía casas en las colinas. Los principios ya no eran tan rígidos, nadie se quedaba mirando a los que llevaban el pelo largo, aunque todavía pocos hombres usaban sandalias y no había muchos poetas.

Sin embargo, Francesca se apartó de la comunidad; sólo veía aún a algunas amigas. La gente lo comentaba, y también que se la veía muy a menudo de pie junto a Roseman Bridge, y a veces junto a Cedar Bridge. Las personas de edad a veces se vuelven raras, decían, y se contentaban con esa explicación.

El 2 de febrero de 1982 un camión del United Parcel Service entró en su sendero. Ella no había encargado nada, y se sorprendió. Firmó al recibir el paquete y miró la dirección. «Francesca Johnson, RR2, Winterset, Iowa 50273». El remitente era un bufete de abogados de Seattle.

El paquete estaba cuidadosamente cerrado, y llevaba un seguro

suplementario. Francesca lo puso en la mesa de la cocina y lo abrió cuidadosamente. Contenía tres cajas, bien envueltas en un plástico grueso. Sobre una de ellas había un pequeño sobre acolchado. Sobre otra, un sobre comercial para ella, con remitente del bufete de abogados.

Retiró la cinta adhesiva del sobre y lo abrió, temblando.

25 de enero de 1982

*Sra. Francesca Johnson RR2  
Winterset, IA 50273*

*Estimada señora Johnson:  
Representamos el patrimonio de Robert L. Kincaid, recientemente fallecido...*

Francesca dejó la carta en la mesa. Fuera, la nieve volaba sobre los campos invernales. Francesca la vio azotar los rastrojos, arrancar espigas, amontonadas en una esquina de la alambrada. Leyó una vez más las palabras: «Representamos el patrimonio de Robert L. Kincaid, recientemente fallecido...».

—Ay, Robert, Robert, no —dijo suavemente Francesca, y bajó la cabeza.

Una hora después pudo seguir leyendo. El lenguaje llano de la ley, la precisión de sus palabras la enfurecían. «Representamos...» Simplemente un abogado que llevaba a cabo sus obligaciones con un diente.

Pero la fuerza, el leopardo que cabalgaba en la cola de un cometa, el chamán que buscaba Roseman Bridge en un caluroso día de agosto; el hombre de pie en el estribo de una furgoneta llamada Harry que se volvía para verla morir en el polvo de un sendero campestre en Iowa... ¿dónde estaba él en esas palabras?

La carta debería haber sido de mil páginas. Debería haber hablado de las ramas muertas de la evolución y de la desaparición de los grandes espacios, de los cowboys que luchaban por pasar por encima de las alambradas, como los rastrojos en invierno.

*El único testamento que dejó data del ocho de julio de 1967, donde da instrucciones para que se le envíen a usted los objetos adjuntos: Si no pudiéramos encontrarla, deberíamos incinerar los objetos.*

*Dentro de la caja señalada con la palabra «carta» hay un mensaje que él dejó para usted en 1978. Selló el sobre, que no ha sido abierto.*

*Los restos del señor Kincaid fueron incinerados. A petición suya no hay indicación alguna del lugar donde se encuentran. También a petición suya, sus cenizas fueron esparcidas cerca de su casa, señora, por un socio nuestro. Creo que la localidad se llama Roseman Bridge.*

*Si podemos ayudarle en algo, por favor no dude en ponerse en contacto con nosotros.*

*La saluda atentamente*

*Allen B, Quippen, abogado.*

Francesca ahogó un gemido, volvió a secarse los ojos y comenzó a examinar el resto del contenido de la caja.

Sabía lo que había en el pequeño sobre acolchado. Lo sabía con la seguridad con que sabía que después del invierno volvería a llegar la primavera. Lo abrió cuidadosamente y buscó dentro. Sacó la cadena de plata. La medalla estaba rayada, y decía «Francesca». En la parte posterior, grabado en letras minúsculas, se podía leer: «Quien lo encuentre, por favor envíelo a Francesca Johnson, RR2, Winterset, Iowa, USA».

La pulsera de plata de Robert estaba en el fondo del sobre, envuelta en un papel de seda. Junto con la pulsera había una hoja de papel. Decía: «Si quieres cenar otra vez cuando las mariposas nocturnas estén en vuelo, vuelve esta noche al terminar». La nota de Roseman Bridge. Hasta eso había guardado entre sus recuerdos.

Entonces pensó que esa nota era lo único que él tenía de ella, la única evidencia de que ella existía, aparte de las huidizas imágenes fotográficas en lento deterioro. La breve nota de Roseman Bridge estaba manchada y ajada, como si la hubiera llevado largo tiempo en la billetera.

Francesca se preguntó cuántas veces la habría leído a lo largo de esos años, lejos de las colinas que bordeaban Middle River. Imaginaba a Robert leyendo la nota a la escasa luz de una lámpara de un avión, volando a quién sabe adonde, o bien sentado en el suelo en una cabaña de bambú en el país de los tigres; lo imaginaba leyéndola a la luz de la linterna, doblándola y guardándola en una lluviosa noche de Bellingham, y mirando después las fotografías de una mujer apoyada en un cerco una mañana de verano, o bajando de un puente cubierto al atardecer.

Las tres cajas contenían una cámara con una lente. Estaban rayadas, deterioradas. Al dar la vuelta a una de ellas, leyó «Nikon» en el visor y, justo en la parte superior izquierda de la etiqueta, la letra «F». Era la cámara que ella le había entregado en Cedar Bridge.

Finalmente Francesca abrió la carta de Robert. Estaba escrita a mano en un papel con su membrete, y llevaba fecha del 16 de agosto de 1978.

*Querida Francesca:*

*Espero que te encuentres bien. No sé cuándo recibirás esta carta. Algún tiempo después de mi partida. Tengo sesenta y cinco años, y hoy hace trece que nos conocimos, cuando entré en tu sendero para pedirte una dirección.*

*Espero que este paquete no perturbe tu vida en modo alguno. No podría soportar que las cámaras queden en estuches de segunda mano, en alguna tienda de fotografía, o en poder de un desconocido. Estarán bastante estropeadas cuando lleguen. Pero*

*tengo a quien dejárselas, y te ruego que me perdones por ponerte en peligro enviándotelas.*

*Entre 1965 y 1975 estuve casi todo el tiempo viajando. Para alejar la tentación de llamarte o ir a verte, una tentación que tengo prácticamente en todos mis momentos de vigilia. Acepté todas las misiones que pude fuera del país. A veces, muchas veces, me dije: «Al diablo, me voy a Winterset, y me llevo a Francesca conmigo a cualquier precio».*

*Pero recuerdo tus palabras, y respeto tus sentimientos. Tal vez tengas razón; no lo sé. Lo que sé es que salir de tu sendero aquel viernes, en aquella calurosa mañana fue lo más duro que me tocó hacer en la vida. En realidad dudo de que muchos hombres hayan hecho algo tan difícil.*

*Dejé el National Geographic en 1975, y dedico el resto de mis años de fotógrafo a cosas que yo elijo. Hago algún trabajo donde lo encuentro, sobre temas locales o regionales que sólo me obligan a estar fuera unos días cada vez. Desde el punto de vista financiero es duro, pero me las arreglo. Siempre me las he arreglado.*

*Gran parte de mi trabajo gira alrededor de Puget Sound, y eso me gusta. Parece que cuando los hombres envejecen se acercan al agua.*

*Ahora tengo un perro, un perdiguero dorado. Lo llamo «Camino», y viaja conmigo casi todo el tiempo sacando la cabeza por la ventanilla, buscando presas.*

*En el setenta y dos, me caí de un acantilado en Maine, en el parque nacional de Acadia, y me fracturé un tobillo. Con la caída se rompieron la cadena y la medalla. Afortunadamente cayeron cerca. Las encontré y mandé reparar la cadena a un Joyero.*

*Vivo con el corazón lleno de polvo. Ésa es la mejor manera en que puedo expresarlo. Hubo mujeres antes de ti, algunas, pero después de ti ninguna. No hice ningún voto de celibato; sencillamente no me interesan.*

*Una vez, en Canadá, vi a un ganso salvaje cuya pareja había muerto a manos de unos cazadores. Sabes que se aparean para toda la vida. El ganso estuvo dando vueltas alrededor del estanque durante muchos días después de lo sucedido. Cuando lo vi por última vez, nadaba solo en medio del arroz silvestre, y seguía buscando a su compañera. Supongo que la analogía es demasiado obvia para el gusto literario, pero así es como me siento.*

*En mi imaginación, en mañanas neblinosas en tardes en que el sol se pone sobre las aguas al noroeste, trato de pensar qué puede ser de tu vida y qué estarás haciendo mientras pienso en ti. Nada complicado... salir al jardín, sentarse en el columpio del porche, estar de pie ante el fregadero de la cocina. Cosas así.*

*Lo recuerdo todo. Tu olor; tu sabor a verano, La sensación de tu piel contra la mía, tus susurros cuando te amaba.*

*Una vez Robert Penn Warren dijo esta frase: «...un mundo que parece abandonado de Dios...». No está mal se parece bastante a lo que siento a veces. Pero no puedo vivir siempre así. Cuando estos sentimientos se hacen demasiado intensos, cargo las cosas en Harry y*

*me voy de viaje unos días con Camino.*

*No me gusta tenerme lástima. No soy de esa clase de hombres. Y la mayor parte del tiempo no me siento así. Por el contrario, me siento agradecido por haberte encontrado. Podríamos haber pasado uno junto al otro, como dos partículas de polvo cósmico.*

*Dios o el universo, o lo que uno elija para nombrar los grandes sistemas de equilibrio y orden, no reconoce el tiempo terrestre. Para el universo, cuatro días no es distinto de cuatro mil millones de años luz. Trato de tenerlo siempre presente.*

*Pero, al fin y al cabo, no soy más que un hombre. Y todas las elucubraciones filosóficas que puedo conjurar no me salvan de desearte, todos los días, a cada momento, ni del despiadado lamento del tiempo, el tiempo que nunca puedo pasar contigo, dentro de mi cabeza.*

*Te amo profundamente, totalmente. Y así será siempre.*

*El último cowboy,*

*Robert*

*P.D.: El verano pasado le puse un motor nuevo a Harry. Va muy bien.*

El paquete había llegado cinco años antes. Y mirar el contenido se había convertido en uno de los rituales de cumpleaños de Francesca. Tenía las cámaras, la pulsera y la cadena con la medalla en un compartimiento especial del armario. Un carpintero local había construido una caja según el diseño de Francesca, de madera de nogal, con protección para el polvo y partes acolchonadas en el interior. «Muy bonita la caja», dijo el carpintero. Francesca se limitó a sonreír.

La última parte del ritual era el manuscrito. Siempre lo leía a la luz de las velas, al final del día. Lo llevaba del salón a la cocina y lo colocaba cuidadosamente sobre la formica amarilla, cerca de una de las velas, encendía su único cigarrillo del año, un Camel, bebía un sorbo de coñac y empezaba a leer.

## **La caída desde la dimensión Z**

Robert Kincaid

---

*Hay antiguos vientos que todavía no comprendo, aunque ahora me parece que siempre he cabalgado en su lomo. Me muevo en la Dimensión Z; el mundo pasa por otro lugar, en otro plano de las cosas, paralelo a mí. Como si, con las manos en los bolsillos e inclinándome un poco hacia adelante, lo viera en el interior del escaparate de una gran tienda.*

*En la Dimensión Z hay momentos extraños. Después de una curva*

---

*larga y lluviosa en Nuevo Méjico, al oeste de Magdalena, la carretera lleva a un camino y el camino a un sendero de animales. Un movimiento del limpiaparabrisas y el sendero se transforma en un bosque en el que nadie ha entrado nunca. Otra vuelta del limpiaparabrisas, y otra vez algo, más atrás. Esta vez es una vasta zona helada. Avanzo a través de los pastos cortos vestido con pieles, con el cabello enmarañado y una lanza, delgado y duro como el hielo mismo, todo músculo e impecable astucia. Más allá del hielo, siempre mucho más atrás en la medida de las cosas, están las profundas aguas saladas en las que nado, cubierto de agallas y escamas. No veo nada más, sólo que más allá del plancton está el dígito cero.*

*Euclides no siempre tenía razón. Pensaba que las paralelas seguían paralelas hasta el infinito, pero también es posible un modo de vida no euclidiano en las que las paralelas se tocan, allá, muy lejos. Un punto en el que todo desaparece. La ilusión de la convergencia.*

*Pero sé que es más que una ilusión. A veces es posible la unión, la fusión de una realidad con otra. Una especie de suave enlazado. Sin intersecciones nítidas en un mundo de precisión, sin el murmullo de la lanzadera. Sólo... sólo la respiración. Sí, así suena, y así se siente también. La respiración.*

*Y me muevo lentamente por encima de esta otra realidad, y junto a ella, y debajo y alrededor de ella, siempre con fuerza, siempre con potencia, y sin embargo siempre entregándome a ella. Y el otro ser lo percibe, se acerca con su propia potencia, y a su vez se entrega a mí.*

*En algún lugar, dentro de la respiración, suena la música, y entonces empieza la curiosa danza en espiral, con un ritmo propio que derrite al hombre de hielo con la lanza y el cabello desordenado. Y lentamente, girando y rodando en adagio, siempre en adagio, el hombre de hielo cae... desde la Dimensión Z... y dentro de ella.*

Al fin del día en que cumplía sesenta y siete años, cuando dejó de llover, Francesca puso el sobre marrón en el cajón de abajo del escritorio con tapa corrediza. Después de la muerte de Richard había decidido guardado en la caja fuerte del banco, pero todos los años en esta época lo llevaba unos días a su casa. La tapa de la caja de nogal se cerró sobre las cámaras, y Francesca colocó la caja en un estante del armario de su dormitorio. Después del mediodía había visitado Roseman Bridge. Salió al porche, secó el columpio con una toalla y se sentó. Hacía frío, pero se quedaría allí unos minutos, como siempre. Después fue hasta la puerta del patio y ahí se detuvo. Luego llegó hasta la entrada del sendero. Veintidós años después aún lo veía bajar del camión al atardecer, buscando su camino; veía a Harry dando saltos hacia la carretera principal, luego deteniéndose, y a Robert Kincaid de pie en el estribo, mirando por el sendero.

## **Una carta de Francesca**

Francesca Johnson murió en 1989. Tenía sesenta y nueve años. Ese año Robert Kincaid habría cumplido setenta y seis. La causa de la muerte figuraba como «natural». «Simplemente se murió», les dijo el médico a Michael y a Carolyn. «Realmente, estamos un poco perplejos. No encontramos una causa específica de su muerte. Un vecino la encontró con la cabeza apoyada sobre la mesa de la cocina.»

En una carta a su abogado con fecha de 1982 Francesca había pedido que sus restos fueran incinerados y sus cenizas esparcidas en Roseman Bridge. La incineración era una práctica poco frecuente en Madison County —en cierto modo se la consideraba demasiado radical— y la voluntad de Francesca provocó muchas discusiones en el café, en la estación Texaco y en la tienda de herramientas. No se comunicó la decisión de esparcir sus cenizas.

Después del funeral, Michael y Carolyn fueron lentamente hasta Roseman Bridge y cumplieron con las instrucciones de Francesca. Aunque estaba cerca de la casa, la familia Johnson son nunca se había interesado mucho en ese puente, y Michael y Carolyn se preguntaron una y otra vez por qué su madre, una persona bastante sensata, se comportaba de un modo tan enigmático, y por qué no había pedido que la enterraran junto a su marido, como era costumbre.

Después Michael y Carolyn procedieron detenidamente a examinar y clasificar los objetos que quedaban en la casa. Sacaron la caja fuerte del banco y, después de abrirla y revisar el contenido para la sucesión, el abogado se la entregó.

Cogieron cada uno una parte del contenido de la caja, y comenzaron a examinarlo. El sobre marrón estaba en la pila de Carolyn, debajo de otros objetos. Carolyn quedó atónita al ver el contenido. Leyó la carta que Robert había escrito a Francesca en 1965. Después leyó la carta de Robert de 1978, y por último la de 1982, del abogado de Seattle. Finalmente estudió los recortes de las revistas.

—Michael.

Michael captó la mezcla de sorpresa y pena en la voz de su hermana, e inmediatamente alzó la mirada.

—¿Sí?

Carolyn tenía los ojos llenos de lágrimas, la voz temblorosa.

—Mamá estuvo enamorada de un hombre llamado Robert Kincaid. Era fotógrafo. ¿Te acuerdas cuando todos vimos el número del *National Geographic* con el artículo sobre los puentes? Él fue quien hizo las fotos de los puentes de aquí. ¿Y te acuerdas de que todos los chicos hablaban en esa época del tío raro de las cámaras fotográficas? Era él.

Michael estaba sentado frente a Carolyn, con la corbata desatada y el cuello de la camisa abierto.

—A ver, dímelo otra vez. No puedo creer lo que he oído.

Después de leer las cartas, Michael buscó en el armario de la planta baja. Luego subió al dormitorio de Francesca. Nunca había visto la caja de nogal, ni conocía su contenido. La llevó a la mesa de la cocina.

—Carolyn, aquí están las cámaras.

En un ángulo de la caja había un sobre sellado con la inscripción «Carolyn y Michael», del puño y letra de Francesca, y entre las cámaras, tres cuadernos con cubierta de piel.

—No estoy seguro de poder leer lo que hay en ese sobre —dijo Michael—. Léemelo en voz alta, si te sientes capaz.

Carolyn abrió el sobre y leyó:

7 de enero de 1987

*Queridos Carolyn y Michael:*

*Aunque me siento muy bien, creo que es tiempo de poner mis cosas en orden (como suele decirse). Hay algo, algo muy importante, que debéis saber. Por eso, os escribo esta carta.*

*Después de abrir la caja fuerte y encontrar el sobre marrón que va dirigido a mí, con matasellos de 1965, con seguridad llegaréis a esta carta. Si es posible, por favor, sentaos a leerla a la mesa de la cocina. Pronto entenderéis por qué os lo pido.*

*Me resulta difícil escribir esto a mis propios hijos, pero debo hacerlo. Es algo demasiado fuerte, demasiado hermoso como para que muera conmigo. Y si queréis saber quién ha sido vuestra madre, con todo lo bueno y todo lo malo, debéis saber lo que voy a contaros. Ánimo.*

*Como ya habéis descubierto, se llama Robert Kincaid. No sé a qué corresponde la inicial L. que había después de Robert. Era fotógrafo, y estuvo aquí en el año 1965, fotografiando los puentes cubiertos.*

*¿Recordáis cómo se entusiasmó la gente de aquí cuando las fotos aparecieron en el National Geographic? También recordaréis que, por esa época, yo empecé a recibir la revista. Ahora comprenderéis mi repentino interés por ella. A propósito, yo estaba con él, le llevaba una de las mochilas de las cámaras, cuando hizo la foto en Cedar Bridge.*

*Quiero que sepáis que yo quise a vuestro padre con un amor tranquilo. Lo sabía entonces y lo sé ahora. Él ha sido bueno conmigo y me ha dado dos hijos, vosotros, a quienes adoro. No lo olvidéis.*

*Pero Robert Kincaid era alguien diferente; no se parecía a nadie a quien yo hubiera visto o de quien hubiera oído hablar o sobre quien hubiera leído algo en toda mi vida. Es imposible que lleguéis a entenderlo totalmente. En primer lugar, vosotros no sois yo. En segundo lugar, hubierais tenido que estar cerca de él mirarlo moverse, oírlo explicar que estaba en una rama muerta de la evolución. Tal vez os ayuden los cuadernos y los recortes de las*

*revistas, pero tampoco eso será suficiente.*

*Además, él no era de este mundo. Es lo más claro que puedo decir sobre Robert. Siempre me pareció que era un ser parecido a un leopardo que había llegado en la cola de un cometa. Así se movía, y así era su cuerpo. De algún modo, era, al mismo tiempo, fuerte, afectuoso y bueno, poseído por cierto sentido trágico. Sentía que se estaba tornando anticuado en un mundo de ordenadores y robots y de organización generalizada. Se veía como a uno de los últimos cowboys, según decía; y también decía que tenía los colmillos viejos.*

*La primera vez que lo vi fue cuando se detuvo a preguntar cómo podía llegar a Roseman Bridge, vosotros tres estabais en la Feria de Illinois. Creedme, yo no andaba buscando ninguna aventura. Nada más lejos de mi mente. Pero lo miré unos segundos y enseguida supe que lo deseaba, aunque no tanto como llegué a desearlo después.*

*Y, por favor, no penséis que él era un Casanova que corría detrás de las campesinas para aprovecharse de ellas. No era así en absoluto. En realidad, era un poco tímido, y yo tuve tanto que ver con lo que pasó como él. Seguramente más. La nota que está guardada junto a su pulsera la dejé yo en Roseman Bridge para que él la viera, la mañana después que nos conocimos. Aparte de esa foto mía, esa nota es la única evidencia de mi existencia que le quedó a través de los años, de que no era un sueño que había tenido.*

*Sé que los hijos tienden a pensar que sus padres son un poco asexuales, de manera que espero no perturbaros, y, por cierto, espero que esto no destruya el recuerdo que tenéis de mí.*

*Robert y yo pasamos horas juntos en la vieja cocina. Hablábamos y bailábamos a la luz de las velas. Y, sí, hicimos el amor ahí y en el dormitorio y en la pradera y en cualquier lugar que se nos ocurría, Eran amores increíbles, poderosos, trascendentes, y continuaron casi sin cesar durante días. Al pensar en él, muchas veces me viene a la mente la palabra «poderoso». Porque eso era él cuando nos conocimos.*

*Era como una flecha en su intensidad. Yo me sentía desvalida cuando él me hacía el amor. No débil, no es así como me sentía. Sólo invadida por su viva fuerza emocional y física. Una vez, cuando se lo susurré, dijo con sencillez: «Soy el camino y soy un peregrino y soy todas las velas que salieron al mar».*

*Después miré el diccionario. Lo primero en que pensé cuando oí la palabra «peregrino» fue en «halcón». Pero la palabra tiene otros significados, y él seguramente lo sabía. Uno es «extranjero, «extraño». Otro es «vagabundo, andariego, migratorio». El latín peregrinus, una de las raíces de la palabra, significa desconocido. Él era todo eso... un desconocido, un extranjero, un vagabundo y, ahora que lo pienso, también era como un halcón.*

*Entended, hijos míos, que estoy tratando de expresar algo que no se puede decir con palabras. Sólo deseo que un día vosotros podéis vivir lo que yo he experimentado; de todos modos, empiezo a pensar que no es probable. Aunque supongo que no se estila decir estas*

*cosas en nuestros tiempos más ilustrados, no creo que sea posible que una mujer posea el tipo particular de fuerza que tenía Robert Kincaid. De manera, Michael, que con eso quedas fuera. En cuanto a Carolyn, la mala noticia es que creo que sólo hubo un Robert Kincaid, y nada más.*

*Si no hubiera sido por vosotros y por vuestro padre yo me habría ido con él de inmediato. Me pidió, me rogó que me fuera con él. Pero yo no quise, y fue lo bastante sensible y atento como para no interferir en nuestras vidas después de eso.*

*La paradoja es que si no hubiera sido por Robert Kincaid no sé si hubiera podido quedarme en la granja todos estos años. En esos cuatro días me dio una vida, un universo. Nunca dejé de pensar en él ni por un momento. Aún cuando no pensaba en él conscientemente, lo sentía al alguna parte, siempre estaba ahí.*

*Eso no modificó nunca mis sentimientos por vosotros dos y por papá. Si pienso un momento solamente en mí, creo que no tomé una buena decisión. Pero teniendo en cuenta a mi familia, creo que sí.*

*Aunque debo ser honesta y admitirlo, Robert Kincaid comprendió desde el principio, mejor que yo, lo que formábamos entre ambos. Creo que sólo con el tiempo comencé, gradualmente, adarme cuenta. Si realmente lo hubiera comprendido, cuando me pidió cara a cara que me fuera con él probablemente lo habría hecho.*

*Robert pensaba que el mundo se había vuelto demasiado racional, que había dejado de confiar en la magia como debería. A menudo me he preguntado si yo no había sido demasiado racional al tomar mi decisión.*

*Estoy segura de que mi voluntad sobre mi entierro debe de haberos parecido incomprensible; tal vez pensasteis que era el producto de la confusión mental de una vieja. Después de leer la carta del abogado de Seattle de 1982 y mis cuadernos, comprenderéis por qué lo quise así. Le di mi vida a mi familia; a Robert lo que quedaba de mí.*

*Creo que Richard sabía que había algo en mí a lo que él no tenía acceso, y a veces me pregunto si encontró el sobre marrón que yo guardaba en casa, en el escritorio. Poco antes de su muerte, estaba sentada junto a él en el hospital de Des Moines y me dijo: «Francesca, sé que tú también tuviste tus propios sueños. Lamento no haber podido dártelos yo». Fue el momento más conmovedor de nuestra vida en común.*

*No quiero que os sintáis culpables ni tristes por estas cosas. No es lo que pretendo. Sólo quiero que sepáis cuánto he amado a Robert Kincaid. Lo he tenido en mis pensamientos todos los días, todos estos años, lo mismo que él a mí.*

*Aunque nunca volvimos a hablarnos, seguimos indisolublemente unidos; tanto como pueden estarlo dos personas. No encuentro las palabras para expresar esto adecuadamente. Él lo expresó mejor cuando dijo que ya no éramos dos seres distintos, y que nos habíamos convertido en una tercera persona, formada por los dos. Ninguno de lo dos existía en forma independiente de ese ser. Y ese*

*ser andaba a la deriva.*

*Carolyn, recordarás la terrible pelea que tuvimos una vez sobre un vestido color rosa que yo guardaba en mi armario. Tú lo habías visto y querías ponértelo. Decías que no recordabas habérmelo visto puesto nunca, entonces, ¿por qué no podía arreglarlo para que te sirviera a ti? Ése fue el vestido que me puse la noche que Robert y yo hicimos el amor por primera vez. Nunca en mi vida estuve tan bonita como esa noche. El vestido era un pequeño recuerdo tonto de aquella época. Por eso nunca volví a ponérmelo y me negué a permitirte usarlo.*

*Después que Robert se fue de aquí en 1965, me di cuenta de lo poco que sabía de él en cuanto a la historia de su familia. Aunque creo que me enteré de casi todo lo que le concernía, de todo lo que realmente importaba, en esos breves días. Era hijo único, sus padres habían muerto, y él había nacido en un pueblecito de Ohio.*

*Ni siquiera estoy segura de si fue a la universidad, o a la escuela secundaria, pero tenía una inteligencia brillante a su manera, pura, primitiva, casi mística. Ah, sí, fue fotógrafo de guerra con los Marines en el Pacífico Sur durante la Segunda Guerra Mundial.*

*Estuvo casado una vez y se divorció, mucho antes de conocerme. No tuvo hijos. Su mujer tenía algo que ver con la música, creo recordar que era cantante folk, y las largas ausencias de Robert para sus reportajes fotográficos eran difíciles de soportar. Él asumía la culpa por la separación.*

*Aparte de eso, que yo sepa, Robert no tenía familia. Os pido que lo consideréis parte de la nuestra, por muy duro que os parezca al principio. Al menos yo tenía una familia, una vida con otros. Robert estaba solo. No era justo, y yo lo sabía.*

*Prefiero, o al menos eso creo, por la memoria de Richard y por la firma en que habla la gente, que de alguna manera todo esto quede en el seno de la familia Johnson. Pero lo dejo a vuestro juicio.*

*De todas maneras no me avergüenzo de lo que ocurrió entre Robert Kincaid y yo. Al contrario. Todos estos años lo he amado desesperadamente, aunque por razones personales traté una sola vez de ponerme en contacto con él. Fue después de la muerte de vuestro padre. Mi intento fracasó, y temí que le hubiese sucedido «algo», y por ese miedo nunca volví a intentarlo. Simplemente no podía enfrentarme con la realidad. De manera que imaginaréis lo que sentí cuando llegó, en 1982, el paquete con la carta del abogado.*

*Como os he dicho, espero que comprendáis que no pienso mal de mí misma. Si me queréis, debéis comprender lo que hice.*

*Robert Kincaid me enseñó lo que es ser mujer de una forma que pocas mujeres, tal vez ninguna, experimentará jamás. Era un hombre agradable y cariñoso, y, por cierto, merece vuestro respeto y quizá vuestro amor. Espero que podáis brindarle las dos cosas. A su manera, a través de mí, ha sido bueno con vosotros.*

*Que Dios os acompañe, hijos míos.*

Silencio en la vieja cocina. Michael respiró profundamente y miró por la ventana. Carolyn miró en torno suyo, el fregadero, el suelo, la mesa y todo lo demás.

Cuando habló, su voz era casi un suspiro.

—Ay, Michael, Michael, piensa en ellos, todos estos años, deseándose tan desesperadamente. Ella renunció a él por nosotros y por papá. Y Robert Kincaid se mantuvo aparte por respeto a los sentimientos de mamá. Michael, me duele tanto pensado. Hemos tratado con tanta indiferencia nuestros matrimonios, después de que ese increíble amor terminara como terminó por nuestra causa. Estuvieron cuatro días juntos, sólo cuatro. En toda una vida. Cuando nosotros fuimos a esa ridícula feria en Illinois. Mira la foto de mamá. Nunca la había visto así. Tan increíblemente hermosa, y no es la fotografía. Es lo que él le hizo. Mírala, tan salvaje y libre. Con los cabellos al viento, el rostro lleno de vida. Está maravillosa.

—Dios mío —fue todo lo que pudo decir Michael, enjugándose la cara con un trapo de cocina, y también los ojos cuando Carolyn no lo miraba.

Carolyn volvió a hablar.

Aparentemente, él nunca ha intentado comunicarse con ella en esos años. Y debe de haber muerto solo; por eso le hizo enviar las cámaras. Recuerdo la pelea que tuvimos mamá y yo por el vestido rosa. Duró días y días. Ella se limitaba a decir: «No, Carolyn, ése no».

Y Michael recordó esa vieja mesa a la que estaban sentados. Ahora comprendía por qué Francesca le había pedido que volviera a traerla a la cocina después de la muerte de su padre.

Carolyn abrió el pequeño sobre acolchado.

—Aquí está su pulsera, y su cadena con la medalla de plata. Y la nota que menciona mamá en su carta, la que ella le dejó en Roseman Bridge. Por eso él le envió esta foto del puente: aquí se ve el papel clavado en la madera.

—Michael, ¿qué vamos a hacer? Piénsalo; ahora mismo vuelvo.

Carolyn subió corriendo la escalera y volvió unos minutos después con el vestido rosa cuidadosamente doblado en una funda de plástico. Lo desplegó para mostrárselo a Michael.

—Imagínala con este vestido y bailando con él aquí, en la cocina. Piensa en todo el tiempo que hemos pasado aquí y en las imágenes que ella debe de haber recordado mientras cocinaba y cuando estábamos todos aquí con ella, hablando de nuestros problemas, pensando a qué universidad ir, comentando lo difícil que es tener éxito en el matrimonio. Dios mío, qué inocentes e inmaduras somos comparados con ella.

Michael asintió con un gesto y se volvió hacia la alacena que había encima del fregadero.

—¿No tendría mamá alguna bebida por aquí? Por Dios, qué bien me vendría. Para contestar a tu pregunta, te diré que no sé lo que vamos

a hacer.

Buscando en la alacena encontró una botella de coñac casi vacía.

—Alcanza para dos copas, Carolyn. ¿Quieres?

—Sí.

Michael sacó las únicas dos copas de coñac que había en la alacena y las colocó en la mesa de formica amarilla. Vertió lo que quedaba del contenido de la botella, mientras Carolyn comenzaba a leer en silencio el primer volumen de las memorias de su madre.

«Roben Kincaid llegó a mi vida un lunes, el 16 de agosto de 1965. Estaba buscando Roseman Bridge. Era casi de noche, hacía calor, y él venía en una camioneta a la que llamaba Harry...»

## **Postdata**

### **Entrevista con «Nighthawk» Cummings**

---

Mientras escribía la historia de Robert Kincaid y Francesca Johnson, me sentía cada vez más intrigado por Kincaid y lo poco que sabíamos de él y de su vida. Unas pocas semanas antes de la impresión del libro fui a Seattle, e intenté nuevamente obtener más información sobre él.

Se me había ocurrido que, como le gustaba la música y era él mismo un artista, podría haber alguien en el mundo artístico y musical de Puget Sound que lo conociera. El jefe de la redacción artística de *Seattle Times* se mostró dispuesto a colaborar. Como no conocía a Kincaid, me permitió consultar las secciones de espectáculos y arte que se habían publicado desde 1975 hasta fines de 1982, el periodo que me interesaba.

Mientras revisaba las ediciones de 1980, me encontré con una foto de un músico de jazz negro, un saxofonista tenor llamado John «Nighthawk» Cummings. Y, junto a la foto, estaba la firma de Robert Kincaid. El sindicato de músicos local me facilitó el domicilio de Cummings. Y me dijo que hacía años que ya no trabajaba. La dirección indicaba una calle secundaria cerca de un barrio industrial de Tacoma, al que se llegaba, desde Seattle, por la carretera 5.

Fui varias veces a su casa antes de encontrarlo. Al principio se mostró receloso ante mis preguntas. Pero lo convencí de que mi interés por Kincaid era serio y bienintencionado, y entonces se volvió cordial y abierto. A continuación, transcribo una versión apenas modificada de mi entrevista con Cummings, que tenía entonces setenta años. Simplemente conecté mi magnetófono y lo dejé hablar sobre Robert Kincaid. Agradezco a mi editor que haya aceptado añadir esas informaciones en una postdata cuando el resto del libro ya estaba listo para la impresión, y habrían sido precisos cambios importantes para integrado en el texto ya existente.

## Entrevista con «Nighthawk» Cummings

---

Estaba dando unos conciertos en Shorty's, en Seattle, donde vivía entonces, y necesitaba una buena foto mía en blanco y negro para la publicidad. El contrabajista me dijo que conocía a un tío que vivía en una de las islas y que trabajaba bien. No tenía teléfono, de manera que le mandé una nota.

Vino a verme; era un individuo un poco estrafalario que llevaba tejanos, botas y tirantes de color naranja. El tío sacó unas cámaras viejas y estropeadas; no parecía posible que funcionaran; yo pensé: ¡Ay, Dios mío! Me colocó contra una pared de color claro con el saxofón y me dijo que simplemente tocara sin parar. Así que toqué. Los primeros tres minutos, se quedó ahí de pie, mirándome muy atentamente, con los ojos azules más serenos que he visto.

Después empezó a hacer fotos. Y me pidió que tocara *Las Hojas muertas*. Toqué. Toqué por lo menos diez minutos mientras él fotografiaba sin cesar, una foto tras otra. Después dijo: «Bueno, ya está. Mañana se las entrego».

Al día siguiente me las trajo y me quedé pasmado. A mí me han sacado muchas fotos, pero éstas eran las mejores, de lejos. Me cobró cincuenta dólares, lo que me pareció muy barato. Me dio las gracias, y al salir me preguntó dónde estaba tocando. «En Shorty's», le dije.

Una noche, algún tiempo después, miro al público y lo veo sentado en una mesa, en un rincón, escuchando con verdadera atención. Empezó a venir una vez por semana, siempre los martes; siempre bebía cerveza, aunque no mucho.

A veces, en los entreactos, yo iba a charlar unos minutos con él. Era un hombre reservado, no hablaba mucho, pero era muy agradable, y siempre me preguntaba cortésmente si no quería tocar *Las Hojas muertas*.

Él solía llevar a su perro. Un bonito perro.

Lo llamaba Camino.

Comprendía la magia. Los músicos de jazz también la conocen. Tal vez por eso nos llevábamos bien. Uno toca una melodía que ya ha tocado miles de veces, y de pronto surge un montón de ideas nuevas del saxo sin que las hayamos pensado conscientemente. Él decía que la fotografía y la vida eran así. Y añadió: «Como hacer el amor a la mujer que amas».

Él estaba trabajando en algo, intentaba convertir la música en imágenes. Me dijo: «John, ¿te acuerdas de ese adorno que casi siempre haces en el cuarto compás de *Dama sofisticada*? Pues, creo que hace un par de días logré fotografiarlo. La luz se reflejaba en el agua justo como quería, y una garza azul dio unas vueltas frente al visor al mismo tiempo. Se puede decir que vi ese adorno y lo oí en el instante en que sacaba la foto».

Dedicaba todo su tiempo a ese asunto de poner la música en imágenes. Estaba obsesionado. No sé de qué vivía.

Hablaba poco de su propia vida. Yo sabía que había viajado mucho haciendo reportajes fotográficos, pero no sabía nada más. Hasta un día en que le hice preguntas sobre el objeto de plata que llevaba colgado al cuello con una cadena. Al acercarme, había visto el nombre «Francesca» grabado en la medalla. Entonces le pregunté: «¿Eso tiene una historia?».

No respondió de inmediato; se quedó mirando el agua. Luego dijo: «¿Cuánto tiempo tienes?». Bien, era lunes, mi noche libre, de manera que le dije que tenía todo el tiempo que fuera necesario.

Empezó a hablar. Era como haber abierto un grifo. Habló toda la tarde y buena parte de la noche. Yo sentía que era algo que él guardaba para sí desde hacía mucho tiempo.

Nunca mencionó el apellido de la mujer, nunca dijo dónde había sucedido todo eso. Pero puede creerme, Robert Kincaid era un poeta cuando hablaba de ella. Debe de haber sido una mujer especial, una señora increíble. Kincaid citó una parte de algo que había escrito para ella, algo sobre la Dimensión Z, según recuerdo. Mientras lo escuchaba, pensé que se parecía a una de las improvisaciones de Ornette Coleman.

Y, mire, él lloraba mientras me lo contaba. Lloraba con grandes lágrimas, como lloran los viejos; como las lágrimas que se arrancan con un saxofón. Después entendí por qué siempre pedía *Las Hojas muertas*. Y, bueno, empecé a querer a ese hombre. Cualquiera que puede tener esos sentimientos por una mujer es digno de que lo quieran a él.

Así que me puse a pensar en eso, en la fuerza de eso que había entre la mujer y él. En lo que él llamaba «los viejos hábitos». Y me dije: «Tengo que tocar en el saxo esa fuerza, ese amor, hacer que los viejos hábitos salgan de mi instrumento». Había algo muy lírico en todo eso.

Y entonces escribí este tema. Me llevó tres meses. Yo quería que fuera algo simple, elegante. Es fácil hacer cosas complicadas. El verdadero desafío es la simplicidad. Trabajé todos los días hasta que conseguí lo que quería. Lo trabajé un poco más y escribí el acompañamiento para el piano y el contrabajo. Por fin, una noche lo toqué.

Él estaba allí, entre el público. Un martes por la noche, como de costumbre. Suele ser una noche floja, unas veinte personas en el bar, y nadie le presta mucha atención al grupo.

Él estaba sentado allí, en silencio, escuchando con gran atención, como siempre, y yo digo por el micrófono: «Voy a tocar un tema que he escrito para un amigo mío. Se llama *Francesca*».

Lo miraba mientras hablaba. Él miraba la botella de cerveza pero, cuando dije *Francesca*, levantó lentamente los ojos hacia mí, se echó hacia atrás con las dos manos los cabellos grises, encendió un Camel, y sus ojos azules ya no se apartaron de mí.

Hice sonar como nunca al instrumento, lo hice llorar por todos los kilómetros y los años que separaban a esos dos seres. En la primera parte había una pequeña figura melódica que, de alguna manera, pronunciaba el nombre: Fran-ces-ca.

Cuando terminé, él se levantó, muy erguido, sonrió y saludó con la cabeza, pagó la cuenta y se fue. Desde entonces, siempre tocaba el tema cuando él venía. Él le puso marco a una fotografía de un viejo puente cubierto y me la regaló para darme las gracias por la canción. Está colgada ahí. Nunca me dijo dónde la había sacado, pero dice «Roseman Bridge» debajo de su firma.

Un martes por la noche, hace siete años, tal vez ocho, no apareció. No vino tampoco a la semana siguiente. Pensé que estaría enfermo o que algo le pasaba. Empecé a preocuparme, fui al puerto, pregunté por ahí. Nadie sabía nada de él. Finalmente cogí un barco hasta la isla donde vivía. Su casa era una vieja cabaña, más bien una chabola junto a la orilla del mar.

Un vecino me vio vagando por allí y me preguntó qué hacía.

Se lo dije. El vecino me dijo que había muerto unos diez días atrás. Dios, cómo me dolió. Todavía me duele. Me gustaba mucho ese hombre. Tenía algo, no sé qué. Me daba la sensación de que sabía cosas que nosotros no sabemos.

Le pregunté al vecino por el perro. No sabía. Dijo que tampoco conocía a Kincaid. Llamé a la perrera municipal y allí estaba Camino. Fui a buscado y se lo regalé a mi sobrino. La última vez que los vi, el chico y el perro vivían un idilio. Eso me hizo sentir bien.

Bueno ésa es la historia. Poco después de enterarme de lo que le había ocurrido a Kincaid empecé a fallarme el brazo izquierdo. Se me entumece cuando toco más de veinte minutos. Es por un problema de columna. De manera que ya no trabajo.

Pero le aseguro que nunca he olvidado la historia que me contó sobre él y esa mujer. Y todos los martes, saco el saxo y toco la melodía que escribí para él. La toco aquí, para mí solo.

Y, por alguna razón, siempre miro la foto que me dio mientras la estoy tocando. No sé qué pasa, pero no puedo apartar los ojos de la foto mientras toco la melodía.

Ahí estoy yo, cada atardecer, haciendo llorar al viejo instrumento, tocando esa melodía para un hombre llamado Robert Kincaid y una mujer a la que llamaba Francesca.